

Las gradas de San Felipe y empeños de la lealtad

Lances y albures en el Madrid de antaño

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

Los que cuentan y escriben la historia

Cosme Esquivel, *el viejo* (COSME EL VIEJO).

GASPAR, *su nieto, niño*.

Los que la representan*

MARÍA Esquivel, *joven, que casi siempre vestirá de hombre*.

COSME Esquivel, *muchacho de unos catorce años, su hermano*.

BARTOLOMÉ García, *primo de ambos*.

Alonso Ojeda, «Alonsillo», NIÑO *perdido, al que por disimulo llaman Crispín*.

Doña CLARA, *joven dama de Bartolomé*.

EL CIEGO, *viejo mendigo de temible aspecto; se hace llamar Molina*.

EL FRAILE, *su compinche, cuando no su adversario*.

EL MARQUÉS (no sabemos su título).

SARABIA, *Secretario del marqués*.

Doña BEATRIZ Torrijos, *joven dama de elevadas prendas*.

DON LOPE de Encinas, *joven caballero y poeta que ama a doña Beatriz*.

El capitán ARANDA, *aposentado de Bartolomé*.

El capitán MERINO, *otro aposentado de Bartolomé*.

Los secundarios y casuales**

VARGAS, *capitán bandido*.

CAMPANO, *lugarteniente bandido*.
CHAMORRO, *fiel de don Lope*.
PEDRO Bueno, *muchacho de quince años*.
EL ENFERMO Juan Capillas, *moribundo*.
EL CONFESOR.
LA ANCIANA, *madre de Cabezas*.
EL LAZARILLO del ciego.
EL OFICIAL de las calaveras.
LA CALAVERA de Claudio Cabezas.
MARCELO, *fiel de don Lope*.
JUSTINA, *sierva en la casa del marqués*.
Doña ÁGUEDA, *dueña*.
Doña LEONOR, *dueña*.
Ramón MASIDE, *tercero en la pesquisa*.
ROMERO, *valentón de la taifa del ciego Molina*.
MANSILLA, *sicario del marqués*.
Los bandidos de Vargas y de otras tropillas.

* Varios pueden doblarse.

** Todos se doblan, triplican, y más aún.

La acción de la historia es en las calles, plazas y casas de la corte, en Madrid, en algún momento de los años treinta del siglo XVII. La historia la cuentan mucho más tarde el viejo Cosme y el niño Gaspar, en una ciudad castellana, dos décadas antes de terminar esa misma centuria.

Decorado múltiple y único, acción continua, en ágil e intensa sucesión de escenas. Éstas son casi siempre breves, y a menudo fugaces. Una lógica muy cinematográfica.

Hay en esta pieza algunos usos de la comedia del Siglo de Oro, como la mujer vestida de hombre o la unión y reunión final de las parejas. Pero sus tramas, aunque muy de aquel siglo, no podría haberlas tratado la época, unas por coacción, otras por los límites del nivel de conciencia

El lenguaje, una estilización, se simula añejo. Las palabras «raras» tienen sentido claro por cada contexto. Se añade un glosario al final del texto para el curioso lector y

para apoyar el trabajo de actores y dirección.

Prólogo

SANTIAGO MARTÍN BERMÚDEZ O EL DIFÍCIL ARTE DE ESCRIBIR COMEDIAS

Hace un año tuve la oportunidad, o acaso el privilegio, de defender una obra de Santiago Martín Bermúdez para el Premio nacional de literatura dramática. Era *Garcilaso, coloquio y silencio*. La defendí a capa y espada; al fin y al cabo, era una obra situada en el Siglo de Oro. Pese a mi furia luciferina en el mandoble, la obra quedó finalista ¡por un solo voto! Este autor teatral y musicólogo -su estudio sobre *Stravinski* es memorable-, y sobre todo y ante todo hombre de la cultura y escritor, me pide ahora un prólogo para una obra también con capas y con espadas. Debí de conmoverle mi defensa. Se trata de esta obra trepidante y muy cinematográfica -como dice el propio autor- que el lector tiene ahora en sus manos.

En *Las Gradass de San Felipe y Empeños de la lealtad* llueve sobre mojado, pues las obras de Santiago que se desarrollan en los Siglos de Oro son varias, y reflejan todas perfectamente la época en que España produjo su mejor literatura y en la que, sin embargo, los hidalgos de un imperio donde no se ponía el sol salpicaban su ropilla y sus gorgueras con migas de pan para simular que habían comido. Al ya citado *Garcilaso* le precedió *La más fingida ocasión* y *Quijotes encontrados* (1998). Esta última se ha estrenado en el Festival de Almagro, muy bien dirigida por Liuba Cid con el título *La noche de los Quijotes* en el verano de este 2005 tetracentenario. Bueno es señalar su anterioridad, para que su autor no sea tachado de oportunismo. Aunque como buen escritor, Santiago no sabe rechazar un encargo y acaba de terminar un entremés cervantino titulado *Entremés de los querellantes* que ya ha cruzado el charco con destino a Puerto Rico. Estas obras contrastan con otras del mismo autor en las que se tratan temas contemporáneos y políticos, como *El vals de los condenados*.

Hay quien piensa que escribir obras que se desarrollan en los Siglos de Oro es tarea fácil, opinión absolutamente errada. Para empezar hay que conocer la época y luego tomar decisiones importantes con respecto a los escenarios y sobre todo en el tratamiento del lenguaje. En el primer tercio del siglo XX hubo un autor muy simpático, Diego San José, al que le dio la chaladura de escribir siempre como si hubiera nacido en el siglo XVII, pero que tenía su público. Es más, uno de sus admiradores, el general Millán Astray, le salvó de la muerte porque el otro general lo condenó a la pena capital. Rafael Cansinos Assens, que era pelín cursi, incluyó a Diego San José y a Ramón del Valle-Inclán en el

mismo saco, es decir, en el grupo de los «arcaizantes», por más que el uno con respecto al otro tuvieran tanto que ver como un Santo Cristo y una percha. Ahora la afición literaria por tiempos pretéritos ha renacido con fuerza y he ahí el empeño de Santiago por ubicar algunas de sus comedias en la España de los Austrias. Pero la visión de la época en esta comedia es crítica, la disección de una sociedad enferma en su división en estamentos y clases, una sociedad cristiana ritualista, descreída, violenta, brutal. Y todo ello, curiosamente, en clave de comedia. Como muestra, aunque ahí adelante está la propia comedia, un botón sobre lo que pudiéramos llamar hoy «dinero negro» o «economía de la delincuencia»:

MERINO.- ... muchas autoridades viven no del estipendio de la república, sino del unto que facilitan los truhanes, que saben desprenderse de una parte para su tranquilidad.

BARTOLOMÉ.- O la añaden a la alcabala de los maltratados. Se encarece el gaje, y se empuerca la república con el caudal de podredumbre volteándole las venas.

Muy de actualidad, podría decirse, si no fuera porque la podredumbre de las economías de sana apariencia es cosa muy de antaño; como aquí puede verse.

Hay que decir que el autor ha hecho un auténtico encaje de bolillos con el lenguaje de esta obra. Como él muy bien dice, ha creado una «ilusión arcaica». Así, de forma simulada, las palabras tienen, como el buen vino, un regusto añejo y suenan extraordinariamente bien, algo tremendamente difícil. Pero si el lenguaje es excelente no se quedan atrás la construcción teatral y el espacio escénico.

Incluso hoy se escribe un teatro discursivo en el que los personajes disertan sobre la mar y los peces y no ocurre absolutamente nada. Este tipo de comedias suele ser muy del agrado de las señoras con visón y el tema preferido es, ¡cómo no!, el amor. Por cierto, doña Virginia Wolf, que era pelín pija, decía que el *Quijote* sólo les gustaba a señoras con abrigo de piel de mustélido, demostrando una incultura absoluta y un ánimo desaforado de «epatar».

Pues bien, todo autor dramático que se precie debe dejarse de discursos que son más antiguos que el premio Nobel de Echegaray y construir un espacio escénico y mover en él los personajes. Eso hace Santiago, y elige el lugar físico que da título a la obra, las Gradass de San Felipe y aledaños. Para que se ubiquen los lectores, las citadas Gradass estaban situadas entre la Puerta del Sol, la calle del Correo, la plaza del Marqués Viudo de Pontejos, de tan grato recuerdo en encajes y pasamanerías, y la calle de Esparteros. En aquel entonces aquello era un hervidero y junto a las gradass había tiendas y, cómo no, un convento, y era lugar de confluencia de

muchísima gente que acudía a cotillear y a enterarse de cómo iba el reino. Es decir, se trataba de un mentidero.

Desde que en 1202 Madrid tuvo su Fuero Viejo, la charla comunitaria y el intercambio de información y de opiniones fue moneda de curso legal. Entre ocho y diez mil eran los vecinos del Madrid de aquel entonces y los ciudadanos de primera, que no eran todos, se reunían los domingos a la salida de misa y tras discutir tomaban decisiones. Por sorprendente que parezca, aquello era lo que los politólogos llaman ahora democracia directa, que enseguida se vería truncada. El Rey Sabio, que no tenía un pelo de tonto, decidió que un conjunto de Fueros, Privilegios y Cartas Puebla daba todas las ventajas a los súbditos y ninguna al soberano. Así que dictó su Fuero Real, cosa que a los madrileños no les hizo ninguna gracia. Se inicia así un período de pérdida de capacidad de decisión de los burgos en el que sólo la nobleza le planta cara al rey, sobre todo cuando es debilucho, como Enrique IV. Hasta la reina doña Juana, la de *Locura de amor* (1948) versión Cifesa y Juan de Orduña y más recientemente, para mayor horror, Vicente Aranda, se las tuvo tiesas con las Cortes de Castilla. Pero Cisneros y luego Carlos V pusieron las cosas en claro: monarquía absoluta, y punto pelota. Como resultado, en las ciudades y sobre todo en Madrid, que muy pronto sería Villa y Corte, la democracia directa se convirtió en chismorreos y la información se abrió paso como pudo. Surgieron así los célebres mentideros y se profesionalizó, lamentablemente, el oficio de correveidile o tertuliano, de cuya actividad da noticia la famosa colección paremiológica del maestro Correas: «Tertuliano, villano, / habla por otro / y pone la mano». El mentidero de Madrid se hizo famoso con ocasión del asesinato alevoso del Conde de Villamediana, tema de los siguientes versos anónimos atribuidos principalmente a Góngora:

Mentidero de Madrid,
decidnos: ¿Quién mató al conde?
Ni se sabe ni se esconde:
sin discurso discurrid.
Dicen que le mató el Cid,
por ser el conde lozano.
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido,
y el impulso, soberano.

Villamediana murió, pues, porque por muy pasmado que sea un rey no le hace ninguna gracia que le coronen; y como todo el mundo sabe, el Conde, que era una belleza de hombre, salió a lanzar toros con la divisa «son mis amores reales». Como decía el gran Gila, fue su última gracia y es que don Juan de Tassis se perdía por unos versos. Acuñó el mejor epigrama de la literatura española dedicado a Vergel, un alguacil de la corte que era consentidor:

Qué galán entró Vergel
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes,
de amantes de su mujer.

Vamos, que madame Vergel ponía el trabajo y su marido, en la mejor tradición del *gigoló*, vestía de dulce. Pues en esta Villa y Corte y en estos mentideros se desarrolla la obra de Santiago. Confieso que al leer la relación de personajes sentí una especie de vértigo. ¡Madre mía, vaya cantidad!, me recordaba a una obra de Jardiel, *Carlo Monte en Montecarlo*, que tenía tantos personajes que, estrenada tras el final de la guerra civil, no volvió a subir a los escenarios hasta que hace poco se repuso en el Teatro Español con el apoyo inestimable del erario municipal. Santiago nos dice al inicio de su obra que los personajes pueden doblarse, triplicarse y más aún, pero me temo que un empresario actual se llevaría las manos a la cabeza. Bueno, dejemos eso, la creación es libre y cada cual pone los personajes que quiere. Algunos autores tienen dificultad para mover más de dos, pero Santiago mueve los que hagan falta.

Nuestro autor ha construido una comedia de enredo con una dama raptada, unos niños a veces mendigos a lo Oliverio Twist, unos amores cruzados, múltiples felonías, algunos heroísmos y bastantes gracias que no habían de faltar en esta estupenda comedia de capa y espada. Pero hay también mucho más. Santiago es un hombre de la cultura y gusta de transmitirla. El espectador o el lector conoce a través de la obra miles de cosas. Esa vocación didáctica de Santiago ya estaba presente en su *Garcilaso*, y así lo pusimos de manifiesto los que defendimos la obra en la discusión del Jurado del Premio Nacional. Cualquier espectador, sobre todo si es un estudiante que asiste a su representación, se va a su casa llevando en los bolsillos una espléndida lección magistral sobre Garcilaso y su época que probablemente no olvidará jamás.

Burla burlando, Santiago en esta su obra nos informa de cómo era Madrid y cómo eran sus gentes en el Siglo de Oro y de la doble vara de medir con que se trataba a sus vecinos. De una parte los burgueses o pecheros, que eran los que pagaban tributos y a poco tenían derecho, y de otra los nobles, que no los pagaban y tenían derecho a todo, incluso a las vidas, honras y haciendas de sus vecinos; nos habla también de las taifas o partidas de delincuentes, de ciegos más o menos videntes y rapadores de bolsas, de niños descuidados, de curas de sopa y olla y sotana remangada, de conventos y casas de malicia (que contrariamente a lo que pueda pensar algún malicioso, no eran de lenocinio sino bien honradas, pero construidas con las habitaciones justas para no tener que albergar a la tropa) en las que no se hacía ni el amor ni la guerra, de burdeles en los que sí se hacía, de mesones en los que se empinaba el codo, de mentideros donde se iba a escuchar y también a pescar información al vuelo, de guindillas corruptos conchabados con el delincuente, y de gente de bien que era la gran mayoría, de mujeres que tenían que disfrazarse de hombre para llevar a cabo sus hazañas, etc., etc. Todas y cada una de las

situaciones que están presentes en el mejor teatro español del Siglo de Oro.

El autor ha construido una gran comedia con dos eventos paralelos, asociada en cada uno de ellos al rapto, en un caso de una mujer y en el otro de un niño. Avanza por la comedia con paso firme y la rubrica a estocadas certeras sin que le tiemble la mano. El final sin duda es excelente. Pero para qué seguir hablando de una comedia que el lector puede leer a renglón seguido, o que si obvió el prólogo y ahora le da por leerlo ya conoce. Reconfórta leer obras como la que la Comunidad de Madrid y la AAT hoy publican. Adelante, querido lector y solázate con su lectura si aún no lo has hecho.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa.

Individuo de Número de los Institutos de
Filosofía del CSIC y del de Estudios Madrileños.
Ex concejal del Excmo. Ayuntamiento de
Madrid.

Jornada I

Esta jornada presenta una secuencia de escenas continua. Esta continuidad la garantiza el relato de COSME, desdoblado en el VIEJO COSME y en COSME el niño. Por ello, las escenas de esta jornada no se dividen en números, a diferencia de las siguientes.

Oscuro. Se ilumina la figura de un anciano. COSME, ya viejo, intenta recordar. Habla con decisión, pero lentamente, según recupera el sentido de sus recuerdos.

COSME EL VIEJO.- Nunca he sido valiente. Pero entonces fui valiente. [...]

Nunca he sido cobarde. Pero entonces tuve miedo. [...]

Desde muy pronto supe distinguir entre el bien y el mal.

Y desde muy pronto comprendí que esto puede obligarte a hacer lo que nunca hubieras pensado que serías capaz de hacer. [...]

Mi hermana María Esquivel y yo, Cosme Esquivel, tuvimos que hacerlo. Por amor y lealtad. Ahora quiero contar cómo lo hicimos, por qué lo hicimos. Qué sucedió.

(Se ilumina, no lejos, la figura de un niño. Es su nieto GASPAR, que escribe en unas hojas grandes lo que el anciano dicta. Escribe con pluma de ave, y a su lado hay un tintero. Mesa, pluma, tintero y papel parecen enormes para el pequeño escribano.)

GASPAR.- (Escribe.)- «Mi hermana María y yo, Cosme, tuvimos que hacerlo...» **(Se detiene.)** Abuelo, no puedo seguirle a vuestra merced. Tiene que hablar todavía más a paso si quiere que lo anote todo.

COSME EL VIEJO.- Escribid, pequeño Gaspar, escribid lo que recuerda vuestro abuelo de cuando tenía pocos años más que los que vos tenéis ahora. Escribidlo, que yo nunca supe gran cosa de letras, y tengo necesidad de mi buen nieto, que las apoca. Los recuerdos se resisten y se amontonan. Como si quisieran burlarse de mí. Como si dijeran: somos muchos, corre en pos nuestro, a ver si eres capaz de atraparnos. Son traviosos los recuerdos. Escribid, Gaspar, escribid. Decía... Sí... Ahora quisiera contar cómo. Cómo lo hicimos, y por qué lo hicimos. Y qué sucedió.

Todo empezó al desaparecer Alonsillo Ojeda, nuestro primo. Y todo se puso en marcha unos dos años después, días antes de la muerte de nuestro vecino, Juan Capillas...

(Se ilumina un rincón del escenario en el que un hombre muy ENFERMO recibe asistencia de un CONFESOR.)

EL CONFESOR.- Eso que me cuenta vuestra merced es muy grave, y precisa reparación. No es una falta contra Dios que Dios pueda perdonar, sino falta contra los hombres, que aún pudiera tener remedio. Vuestra merced tiene que decir quién cometió esa fechoría y dónde encontrarlo.

EL ENFERMO.- Lo haré, padre, lo haré, que necesito irme al otro mundo con la conciencia ligera, que aquel crimen me aplasta y me condena.

EL CONFESOR.- Yo mismo advertiré a la familia, que es conocida en el pueblo. Descárguese vuecé de la perfidia, y este cura le administrará el sacramento.

(Se sume EL CONFESOR en la oscuridad y queda solo

EL ENFERMO.)

EL ENFERMO.- (Entrecortadamente.) Yo, Juan Capillas, vecino de este lugar, confieso que vendí a un niño de cinco años, llamado Alonso, hijo de Ramiro Ojeda y de Aurelia Fernández. Se lo vendí a unos mendigos, cuyo principal era un pillastre conocido mío, Claudio Cabezas, que para casi siempre en Valladolid, en la Corte y en Sevilla, pero que puede estar en cualquier parte. ¡Ay de mí! Fue hace dos años, y aquellos dineros sólo han servido para traerme enfermedad y trastorno...

GASPAR.- (Escribe.) «... aquellos dineros sólo han servido para traerme enfermedad y trastorno...».

(GASPAR escribe y escribe. Se iluminan, lejos, otros dos personajes, venidos de tiempo atrás, MARÍA y una ANCIANA. Ésta espera a la joven. MARÍA es valiente, dispuesta a acometer. LA ANCIANA parece retadora, presta a agredir, maléfica. Y sin embargo...)

LA ANCIANA.- Sé lo que vienes a buscar.

MARÍA.- Yo no. Que si vengo, vengo porque me llamaron. Yo sólo sé que tenía que venir aquí, que alguien me lo dijo.

LA ANCIANA.- Yo te lo dije.

MARÍA.- Pues si tú lo dijiste, di lo que tengas que decirme.

LA ANCIANA.- Yo no te hice mal. Pero hice un mal. Tuve un hijo que hizo mal. Y ese mal es más que si yo lo hubiera hecho. ¿Sabes para qué tenemos hijos?

MARÍA.- No sé para qué tenemos hijos. Sé por qué los tenemos.

LA ANCIANA.- Entonces, dilo, jovencita sabihonda. ¿Por qué los tenemos?

MARÍA.- Porque lo manda Dios, y a Dios se le obedece sin saber. Porque lo manda natura. Y natura es soberana de las conciencias y del instinto.

LA ANCIANA.- No lo diría mejor un jurista salmantino

con dómine que le cuidara, pero ellos no han parido ni parirán. Ellos sólo saben engendrar, y eso sin duración, que lo que no dura no llama a industria.

MARÍA.- Me has llamado, y me lo han dicho. Me has llamado a mí, no a mi padre ni a mi tío, no a mis hermanos ni a los hombres de mi solar y de mi casa. A mí, muchacha. A mí, niña. A mí, rabiosa hembra que amaba al niño que desapareció, y sé que por eso me llamas. Por el niño. Que casi es mi hijo. Qué será el día en que tenga hijos propios, si ese que no tengo es como de mi entraña todavía sin hueco.

LA ANCIANA.- En cambio, yo sí tengo hijos. Los diablos me seducen con sus hazañas. Me hace gracia y me río al ver cómo se apoderan de lo ajeno, cómo pinchan pescuezos y hacen brotar fresca sangre. Mas todo tiene límite, y nunca debí reír la gracia de robar ese niño. Que no era el primero. Por eso sé que tengo que hablarte. A ti, no a los coléricos gañanes que forman esa familia tuya de gentes sin control, boquirrotos y acalorados. Tú eres mujer, y por mujer, benéfica. Eres mujer, y por mujer, con sentido de lo práctico. Sé que lo que mi hijo ha hecho le acarreará la perdición en este mundo. Quiero que no se la traiga en el otro. He recibido la visita del santo.

MARÍA.- No te entiendo. Di quién eres y si tratas de proteger a Juan Capillas. **(Cruel.)** Si es así, te diré que Capillas yace bajo tierra y que se pudre más aprisa que cualquier criatura de Dios, que así sucede con los que dañan la inocencia de los niños.

LA ANCIANA.- (Una sonrisa que quiere ser soberbia, y que es lastimera.) Qué se me da de Capillas, si mi alma y mi pecho sólo reclaman a Cabezas, el hijo de Cabezas, el nieto de Cabezas, mi hijo Cabezas por la eternidad. Sé que morirá, que el hierro, el garrote o la soga ya le están hechos. Y soy convicta como él, pues tuve en mi casa a Alonsillo, tu parientuco, inocente e infame como todo hombre, proyecto de indignidad como todo niño. Protegí robo, arropé fechoría. Mas quisiera que mi hijo, condenada su vida, no condene el alma. Halla al niño, y consigue perdón a Cabezas. Tal acomodo me da el santo: tú y otro niño podríais acaso ser instrumento de salvación para ese mandria.

MARÍA.- ¿Me estás proponiendo un trato?

LA ANCIANA.- Astuto entendimiento para gañana. De no ser por tal afán, de cuándo acá iba yo a llamar a tu entendimiento con brujería que ha de poner mi alma en peligro. Qué no sé hará por un hijo, aun caído bajo y en

maldición como mi Claudio.

MARÍA.- ¡Eres la madre de Cabezas, el que compró a mi primillo Ojeda...!

LA ANCIANA.- Si hubiera de maldecirte, te desearía tan sólo un hijo como mi hijo Claudio. Si quisiera tu amistad, te pediría que encontraras al niño, vivo o muerto mi hijo, y dieras sepultura sagrada a lo que quede de sus malhadados huesos. ¿Consientes?

MARÍA.- ¡¡Consiento!!

LA ANCIANA.- Pues bien, ve a la corte, como te dijo aquel vecino que no sabía lo que en marcha ponía. Y, allí, busca en la plazuela de Santo Domingo. Y allí, entre los sportilleros. Y, allí, que alguien que no seas tú y que tenga rostro de amenaza y de odio, persiga a un ciego; y busque confesión, como si se muriera, en el hábito repugnante de un mercedario, y espere a que se junten en el camposanto.

MARÍA.- Un ciego, un fraile, un camposanto... No te entiendo, bruja.

LA ANCIANA.- Pues vete entendiendo, que tiempo no queda.

(Cae desvanecida.)

MARÍA.- ¡Despierta, vieja! ¡Despierta, vieja!

LA ANCIANA.- (Boquea, agoniza con hipos, con espasmos.) Me muero. Has hecho un trato. O lo cumples o no hay niño que valga. Has hecho un trato. (Cierra el ojo.)

MARÍA.- ¡Bruja! ¡Bruja!

(LA ANCIANA muere, doliéndose pero también contenta de mortificar a la joven.

Quisiera ésta zarandearla, mas lo sabe inútil. No es MARÍA de sangre más caliente que su entendimiento.

Se oye una canción antigua sobre muertos. De las que se cantaban para helar la sangre de los inocentes. De las que no perturban a gente como MARÍA.)

GASPAR.- ¡Pero quién entiende esta confusión, abuelo!
¡Quién es esa bruja, quién ese santo, cuyo es ese maleficio!

COSME EL VIEJO.- (Sonríe.) Veo que te interesa el cuento, y que no se te cuece el pan por entrar en el sabor del misterio. Pues de eso se trata, precisamente...

GASPAR.- Pero qué misterio ni qué cura loco, abuelo. Que empieza vucé con mucho extremo, y a saber si mantendrá en la crónica tanto como promete el bullicio de partida. Por no hablar de la confusión que siembra en el ánimo desprevenido...

COSME EL VIEJO.- Hola, hola. Pues no vendrá ahora mi nieto a hacerme nueva glosa del arte viejo de hacer crónicas.

GASPAR.- No, abuelo, que no es mi intención, y que si soy parlero, no soy cultiparlo, como a veces lo es vuestra merced...

COSME EL VIEJO.- ¡Que me place el muy osado!

GASPAR.- ... y sólo soy lector de los libros que guarda vuestra merced, que me dan placer y enseñanza. Pero no se puede principiar un relato con tales fantasías.

COSME EL VIEJO.- No fueron fantasías, y sé atestiguarlo ante el Santo Oficio, si falta hiciese. La bruja, bruja fue. Y lo que se ha de ver y saber si no me interrumpís.

GASPAR.- Pues prosiga vuestra merced, que yo escribo, y yo me callo, que lo mío es callar y rascar pluma.

COSME EL VIEJO.- (Dicta.) María, mi hermana; y yo mismo, cuando era un niño, acudimos a la corte en busca de nuestro primillo. Solos, con acuerdo y dineros de parientes del pueblo, fiados en otro pariente en la corte, mas sin autoridad, ley o jurisdicción, que podrían resultar nocivos para hallarlo con vida, y ése era el empeño.

(Vemos a MARÍA y a COSME, cuando ella era una joven bella y alta y él un chiquillo de catorce años.

Nos van a decir dónde se hallan, y con unas luces y pocas apariencias nos lo sugerirá la escena. Montan dos mulos con alforjas -sencillas cabalgaduras de atrezzo-. Pero ella no viste de dama, ni de campesina, ¡sino de hombre!, y parece un caballero joven al que sólo le faltan pelos de barba para confundir a

cualquiera -y, aun así, confundirá a muchos, lo hemos de ver).

(Se han detenido en un punto que para su viaje guarda un sentido.)

MARÍA.- (Vestida de hombre, encima de su mulo.) Mira, Cosme. Eso que ves ahí enfrente, hacia arriba, es la Corte.

COSME.- (También encima de un mulo.) Hermana, llevas diciéndolo desde antes de verla, muy atrás. Lo dices con voz de miedo, y vas a acabar metiéndome susto.

MARÍA.- No te amedrentes, que necesito tu valentía como tú necesitas la mía.

COSME.- ¿Es ésta la Puente Segoviana?

MARÍA.- Esta es, y allá arriba tienes el Alcázar. No hemos de tirar por ahí, sino por este otro lado. Aquí abajo, en el río, tienes el Sotillo, que visité con los primos García, un día de fiesta de primavera, la otra ocasión que vine a la corte...

COSME.- Cuando no quisiste traerme contigo.

MARÍA.- No te quejes, que si querías ver la corte, la vas a ver muy de sobras.

COSME.- Nunca creí verla con el miedo en el cuerpo, que lo que venimos a hacer aquí no va a dejar lugar al gozo ni a los juegos.

MARÍA.- Ten confianza, que Dios nos ayudará. Y el primo García, que queda en la corte y ha de darnos ayuda, según prometió. Casi todo lo sabemos del destino de nuestro desdichado primillo Alonso. Faltan averiguaciones. Y un poco de maña.

COSME.- Y los dineros que para el caso tenemos prevenidos, que la ayuda de Dios no ablandará sola los corazones de quien lo tenga bajo su bota.

MARÍA.- Con ellos contaba. Ahora, antes de remontar esa Cuesta de Segovia, haz cuenta que nacemos de nuevo, porque entrar en la Corte del Rey Felipe es penetrar en una cueva en la que nada haremos sin la ayuda del Señor. Que es Babilonia esa villa y corte, y que ahí nadie te conocerá ni reconocerá, y si en la aldea siempre eras Cosme, aquí no serás nada, que todo es desconocerse y amontonarse.

(Desciende MARÍA de su cabalgadura y se arrodilla en el suelo. Lo mismo hace, a su ejemplo, su hermano COSME. Rezan.)

COSME EL VIEJO.- Llegamos mi hermana María y yo a Madrid, a la Corte, una mañana de finales de invierno de mil seiscientos treinta y tantos, hace ya cosa de cincuenta años. Vivimos para contarlo. Pero pudo ser de otro modo. Era mi hermana algo dada a rezos, y yo la imitaba en todo, porque sentía por ella un deslumbramiento que me la hacía creer la más sabia, la más fuerte, la más valiente. Y el caso lo requería.

GASPAR.- «... la más sabia, la más fuerte, la más valiente...».

COSME EL VIEJO.- Llegábamos a la Corte, ella como joven caballero castellano; yo, como su criado o escudero. Teníamos noticia cierta del paradero de un primillo nuestro que había sido robado a sus padres a una edad demasiado tierna para que él mismo pudiera reclamar libertad y regreso. Había desaparecido Alonso dos años antes, con poco más de cinco años de edad. Y por las señas que apuntó el desdichado Juan Capillas en su lecho de muerte, y también por la invocación de la bruja Cabezas, se hicieron averiguaciones discretas; que no era caso de poner pregones para no alertar las rapaces y provocar que desfiguraran al pobre niño si no lo habían hecho ya. Finalmente, por pruebas de sus ropas y una medalla que nadie le arrebató porque carecía de valor, supimos que servía de mendigo a una taifa de la Corte. Mas nadie nos supo decir si por allí paraba un tal Cabezas, que en cuanto a ciegos, frailes y camposantos, hartos había...

GASPAR.- (Que ha seguido escribiendo.) Abuelo, ¿qué es una taifa?

COSME EL VIEJO.- Bandidos, eso es una taifa, que creo es palabra mora, pues también entre moros hay bandidos, como entre los cristianos. Escribid, Gaspar, que lo que no sepáis habré de explicarlo muy luego.

GASPAR.- ¿Y cuando no sé cómo se escribe la palabra?

COSME EL VIEJO.- Mejor poner mala palabra que perder el recuerdo o el pensamiento, que son fugaces como los sueños.

GASPAR.- (Dispuesto en su menester.) Pues continúe

vuestra merced.

COSME EL VIEJO.- Nos dio aviso un vecino, que lo había visto con sus ojos pero que no lo reconoció sino por las ropas, o a lo menos por las calzas, y a raídas, que llevaba puestas un rapaz que pedía con él y que a él debían de quedarle ya chicas; eran las ropas hechas por su propia madre, tía Isabel, que tenían una estampa en el bordado.

GASPAR.- Habrá que decir lo que contó el vecino, que era Francisco de Campos, el del molino. Que se acercó a un rapaz que bien pudiera haber sido Alonsillo, pero que no lo era; y a otro, y a otro. Que entre toda aquella recua alguno tenía que serlo, pero que un año es mucho tiempo a edad tierna. Y en esto, llamó la atención de...

COSME EL VIEJO.- Calle el pequeño lenguaraz, que no respeta al abuelo ni a quien de veras tiene el recuerdo. ¿Quién vivía por entonces, vos o yo? Se ve que se acerca otro siglo, y que todo va a ponerse patas arriba. Ay, sí. El buen Francisquillo Campos se vio amenazado por un jaque de la caterva que cuidaba aquel ganado de gente menuda, mas él tuvo presencia de espíritu y disimuló. Y con desconfianza le dijeron que había niños en venta en Santo Domingo, en la ventilla de los esportilleros.

GASPAR.- Y en cuanto llegó a nuestro pueblo, le contó todo esto a la familia, que todavía hipaba de dolor por el niño perdido.

COSME EL VIEJO.- Mas qué podía hacer la familia. Mi padre era demasiado viejo, y no teníamos familia de la que valernos, por no ser sino pecheros, de los que pagan contribuciones, no hidalgos, de los que gozan exenciones y privilegios. Sólo los primos García, pero ya sólo había uno que viviera en la Corte. (**A GASPAR.**) Y por si no lo sabéis, pechero es el que paga tributos, y a poco tiene derecho; al contrario del noble, que no los paga y tiene derecho a todo.

GASPAR.- Eso bien me lo sabía, abuelo, que vuestra merced repite esa letanía todos los martes y todos los jueves.

COSME EL VIEJO.- (**Reprime un gruñido, por el descarado del nieto.**) Seguid escribiendo, señor impertinente. Y nada digáis de las letanías de vuestro abuelo, que bien pudieran traerle coraza. (**Continúa.**) Le escribimos y nos ofreció su casa, ahora grande, pues sus padres habían muerto ya y sus otros tres hermanos habían marchado como soldados al servicio del Rey, uno a Indias, otro a Italia y otro a Flandes. No quiso ninguno arrimarse a la comodidad y

holganza de la Santa Iglesia. Y decidiose entonces que María viajara a la corte en mi sola compañía, con la idea de un Claudio Cabezas, el tejido de unas calzas y el auxilio incierto de un pariente García. Mi hermana María hubo de vestirse de hombre, que las mujeres no pueden viajar solas en nuestros tiempos, que está mal visto, y quien ve mujer sola cree ver herejía o facilidad, y mejor es mirar por el virote y disimular. Así que fui de protector suyo, mas era ella la que me protegía a mí.

(MARÍA y el joven COSME terminan su rezo.)

MARÍA.- Y ahora correremos Madrid de poniente a levante, que la casa de nuestro primo está a la otra punta, pero no es cuestión de rodear los portillos, que son atajo aventurado. Y así verás por lo menos una parte de lo mejor que hay en la Corte.

COSME.- ¿Habremos de recorrer toda la Corte?

MARÍA.- No te hagas mucha ilusión, que por este lado sólo atravesamos la anchura, que Madrid es mucho más larga de sur a norte que ancha de este a oeste.

COSME.- Bien te la conoces, que a mí me dejaste en el pueblo.

MARÍA.- No es hora de pequeños pleitos familiares, pues que uno y grande tenemos. Vamos a casa del primo Bartolomé, que no nos espera tan pronto. Y antes, comer, que no está bien llegar a casa ajena, aunque de familia, enantes del almuerzo.

COSME.- (Se dirige al público.) Nunca antes había pisado la Corte. Pero siempre me la imaginé de esta o desta otra manera. Y aunque teníamos la preocupación de lo que habíamos de padecer con tal de recobrar al primo Alonsillo, me recreó mucho el trecho. Aunque nada tenía que ver con mis imaginaciones. Vivía mi primo en la calle que los vecinos llamaban de la Greda, una vía en cuesta no muy ancha (que en la corte nada es ancho), pero sí larga, aunque no tanto como las dos mayores que había a un lado y otro de la Greda, que eran la de Alcalá y la llamada Carrera de San Jerónimo. Supe yo por su calle, aunque la casa fuera de buen ver, que la prosperidad del oficio de mi primo no le daba para mejores barrios. Mas era muy cerca del Prado, del que tenía yo mucho oído y pretendía tener más visto.

Atravesamos la Puerta de la Vega, y subimos la Calle de la Puente Segoviana, que es un torrente desecado en medio de dos puntos del Madrid más viejo, que no se pueden recorrer de seguido si no media un buen rodeo, y así será hasta que algún día hagan una puente o un viaducto que los junte y acerque. Subimos aquella cuesta empinada y llegamos a unas plazuelas y callejas que ahora recuerdo porque más tarde las recorrí: Plaza de la Cruz Verde, Plazuela del Cordón, Plazuela de la Villa, para caer por fin en la calle ancha de la Corte, que por donde la cogimos se llamaba Platerías, y después Puerta de Guadalajara, y por fin Calle Mayor, hasta que esta misma calle, apenas si poco más ancha, se convertía en una llamada Puerta del Sol, nombre que le daban no sé por qué. Allí vi por vez primera las Gradas de San Felipe, todo gentío, todo abarrotos en sus bajos, un respiro en medio de las angosturas de la villa y corte. Llegado de la aldea, se me caía la baba con los bazares, con las ropas y las joyas, con tantos carruajes llenos de damas y caballeros que miraban hacia la calle para que la calle les mirara, mas también con los mendigos de toda especie...

(Se ilumina otra figura, ahora hostil, ajena, discordante. Es un CIEGO que avanza apoyado en un cayado y un niño que le sirve de LAZARILLO, pero cuya mano apartará en el momento en que le mire COSME. Ajena a esto, MARÍA, siempre de hombre, parte un pan y reparte comida que ha sacado de una alforja.)

COSME- Enantes, nos dimos una vuelta por la Plaza Mayor, nueva maravilla de la Corte que no ha mucho era laguna. Se juegan en ella toros y lanzas, y hasta se exponen herejes y otros presos; y allí comimos de nuestro pan y nuestro pernil, en una de sus callejas de entrada, llamada de la Amargura por algo que prefiero no decir. **(Mira al CIEGO.)** Allí me inquietó la presencia de un mendigo, que era ciego pero que parecía ver.

(EL CIEGO avanza hacia COSME, que sigue su charla con el público, pero ahora mirando al hombre que parece dispuesto a caer sobre él en su lenta marcha.)

Apenas pude apartarme.

(COSME, en efecto, intenta apartarse.)

El caso fue que...

(EL CIEGO choca con COSME, y reacciona con virulencia.)

EL CIEGO.- ¡Qué es esto! ¿No se respeta ya ni a los ciegos?

(Con destreza, agarra a COSME con violencia. Lo acerca a con brusquedad y lo huele.)

Tú no eres de aquí.

COSME.- Vuestra merced me disculpe, que no advertí la presencia de...

EL CIEGO.- ¡Calla! ¡Lo has hecho de intento! Hueles raro. Mucho polvo llevas.

COSME.- (Asustado.) Es el camino, que vengo de un lugar a muchas leguas...

EL CIEGO.- (Le empuja y le hace caer.) No quiero volverme a toparte contigo. Si te encuentro otra vez, te las habrás con éste.

(Muestra el cayado. COSME sigue en el suelo, fijo en EL CIEGO y muerto de miedo. EL LAZARILLO, ante una señal del CIEGO, vuelve a tomarle de la mano, sin un gesto, y lo conduce fuera de escena. Rezonga EL CIEGO contra COSME mientras hace el mutis.)

EL CIEGO.- Quiera el Señor que sepas lo que es el llanto sin lágrimas y el castigo de la ceguera.

(MARÍA acude en ayuda de COSME, al que ya echaba de menos para almuerzo improvisado.)

MARÍA.- ¿Qué haces ahí, en el suelo? Me figuré que te habías perdido por esas calles en tu ansia de curiosidades. Venga, que está todo dispuesto por tu santa hermana.

COSME- **(Se levanta y se limpia.)** Quiera el Señor que no tenga más castigos que los que merezco ni te vuelva a encontrar en todos los días de mi vida.

MARÍA.- ¿Pues no habla solo...? Bien que le ha empezado pronto a mi hermanico la locura de la Corte.

COSME- **(Al público.)** No podía yo saber que sí encontraría, y muy presto, a aquel temible mendigo. Y lo de temible sé ahora por qué lo digo, que ese día lo olvidé de seguida. Terminada la colación, llegamos a la Puerta del Sol, dejamos atrás el Buen Suceso y avanzamos por San Jerónimo, doblamos en Cedaceros y llegamos a la Greda. Era mi primo guadamacilero, esto es, artesano de la piel de cabrito, en la que se prensan figuras y a las figuras se les ponen colores. Trabajaban con él otros hombres, y uno de ellos le avisó que un caballero preguntaba por él.

GASPAR.- **(Sin dejar de escribir.)** Este abuelo debía de ser de joven muy parlero, como ahora lo es mesurado. Para mí que exagera el peine y pondera la mercancía.

(Se ha iluminado un nuevo personaje. Es BARTOLOMÉ García, el galán de este cuento. Se enfrenta a un caballero -por tal toma a MARÍA-, mas nada reconoce en él.)

BARTOLOMÉ.- ¿Pregunta vuestra merced por mí, hidalgo?

MARÍA.- **(Se ha quitado el sombrero, que sostiene en la mano; una colonia o una redecilla disimula sus cabellos femeninos.)** ¿No me reconoce vuestra merced?

BARTOLOMÉ.- No sabría decir, y espero que no se tome a descortesía.

MARÍA.- Es mejor así. Traigo un asunto de importancia que no debe ser tratado donde puedan oírnos. Me acompaña mi criado. **(A COSME.)** ¡Mateo!

COSME- **(Al público.)** Sabía que me llamaba a mí, pero en ese momento no podía imaginar que, en adelante, había de llamarme Mateo, y no Cosme, como me bautizaron allá

en mi pueblo. (**A MARÍA.**) Mande vuestra merced.

BARTOLOMÉ- Entren, en este lado hay estrado en que conversar sin recelo.

COSME- (**Mientras habla, juego de luces que sugiere el paso a otro cuarto de la misma casa.**) Y así pasamos a un aposento no muy grande ni muy chico, recoleto y fresco, que en nada se compadecía con el ruidoso taller que acabábamos de dejar.

MARÍA- Mucho debo de haber cambiado, primo, para que no me reconozca vuestra merced. Pero esta casa no ha cambiado, ni tampoco el que ahora es su dueño. Sólo que está más vacía de voces familiares; tanto la casa como el alma que la habita.

BARTOLOMÉ- (**Asombrado, mira a MARÍA y a COSME.**) No comprendo cuál es el enigma que se me propone. Si vuestra merced quisiera explicarse...

MARÍA- (**Se arranca la colonia o la redecilla.**) Y ahora, ¿no recuerda vuestra merced a aquella prima que tanto agasajaron en esta casa el padre y los cuatro primos varones hace sólo dos años? Porque yo lo recuerdo con gusto y con agradecimiento.

BARTOLOMÉ- ¡María! ¡Prima! ¡Y de esta guisa...!

MARÍA- No se me llame María sino cuando acaso vista de mujer. Ahora llámeme Luis, como hace este criado, que no es criado, sino mi hermano Cosme.

BARTOLOMÉ- El pequeño Cosme. Cuántos años hace que no lo veía, y cuánto ha podido hacerse grande.

(Se besan los tres, con gran alborozo.)

BARTOLOMÉ- Mucho me huelgo de ver aquí a mis primos. Y viene muy a propósito que vuestra merced vaya vestida de hombre, que ahora aposento aquí a dos oficiales, que es servicio que le debemos al rey los que no hacemos casa de malicia.

COSME- (**Al público.**) Ah, las casas de malicia. Eran aquéllas que se construían para que sólo cupiera una familia y no verse obligados a ceder cuarto a la tropa. En la Corte de Madrid había muchas de estas casas, porque nadie quería

milicia en su casa.

BARTOLOMÉ- Creo que son hombres de honor, pero si ambos sois mis huéspedes, mejor que nadie sepa que hay aquí mujer.

COSME EL VIEJO.- Mas no era aquella la única razón.

BARTOLOMÉ- (Añade, con turbación.) Y hay una dama que no comprendería la presencia de mi prima, por muy mi prima que sea, que basta con que sea mujer.

MARÍA.- No quiero quebrantar a mi buen primo. ¿Que tan celosa es la dama?

BARTOLOMÉ- Es buena, mas muy celosa. No hablemos de eso, que me trae recuerdo amargo de la promesa hecha a mi padre.

MARÍA.- ¿Esa promesa fue desposar a la dama?

BARTOLOMÉ- Lo fue. Mi padre, que murió hace más de un año, y con ello mis hermanos andan por los cuatro puntos del Imperio, empeñose en arrancarme esa promesa por los favores que al padre de Clara, mi dama, le debió en vida. Ya no viven ni uno ni otro, mas vivimos Clara y yo. Y nada de esto desdice mi compromiso con mis primos, a quienes ayudaré en la empresa que preparan.

MARÍA.- Primo, ¿puedo pedir ahora una primera merced?

BARTOLOMÉ- Claro que sí, prima.

MARÍA.- Dejemos de tratarnos como extraños. Prefiero llamaros Bartolomé, de vos, como a los parientes y a los amigos.

BARTOLOMÉ- Tenéis razón, que me apesadumbraba ya el tratamiento.

COSME.- (Mientras esto dice, MARÍA y BARTOLOMÉ se miran, turbados pero fijos; apartan la vista y vuelven a mirarse, confusos.) Tras unas cuantas palabras como ésta, nuevas de la familia y promesas de planear un buen ataque por nuestro objetivo, partió Bartolomé a su menester y regresó más luego. Cenamos con él a solas, que esa primer noche no hubo ni soldados ni dama, y sin mucha tardanza, y a pesar de mis deseos de bajar el Prado, que era cercano, nos retiramos por voluntad de mi hermana a unos cuartos que había hecho preparar nuestro primo, y allí descansamos la fatiga del viaje.

GASPAR.- (Escribe.) «... la fatiga del viaje». Yo sé cómo termina esta historia.

COSME EL VIEJO.- Claro. Pero el que esto lea, no ha de saberlo hasta el final.

GASPAR.- ¿Y por qué, abuelo? El que más y el que menos barruntará lo que va a pasar, que es ni más ni menos que lo que de pasar tiene.

COSME EL VIEJO.- ¿Y qué es lo que tiene que pasar, pillastre?

GASPAR.- Pues que la tía María y el tío Bartolomé se casaron, y tuvieron de hijos a tío Roque, a tía María la confitera, a tío Bartolomé el de Valladolid, a tía Bernarda, a tío Cosme el rubio y a tía Agustinilla la monja. Más alguno que se malogró.

COSME EL VIEJO.- Buen cronista habéis salido.

GASPAR.- No, abuelo, que yo tengo leídos algunos libros, y siempre que se me cuenta una historia que se ve venir, me parece como esos fulleros que se ponen una carta en la manga, y todo el mundo se la nota. Al fin, nadie quiere jugar con ellos, y se ganan fama de estafadores y de torpes. Diga vuestra merced que aquello terminó como terminó, y no le tenga a quien esto lea por lelo ni por blanco de alma.

COSME EL VIEJO.- Escribid, señor importuno.

**(GASPAR se pone a escribir a gran velocidad.
Continúa el VIEJO COSME como si refunfuñara, pero
convencido por aquellas sabias razones.)**

COSME EL VIEJO.- Mas algo he de decir ahora, antes de que nadie crea que trato de embaucar su blancura de alma. Y es que mi hermana María y mi primo Bartolomé García estaban hechos uno para otro, y nadie pudo impedirlo a la larga ni a la corta, y que no valió ni dama, ni promesa, ni soldados, que para eso estaban el amor y el destino. Y, si no, ahí los tienen, en el estrado de la casa de la calle la Greda, antes de irnos a descansar de nuestro largo viaje. Ahí, mirándose. Y es de ver cómo se miran.

(En efecto, MARÍA y BARTOLOMÉ se descubren el

uno al otro.

Abolido el tiempo, los contemplan COSME EL VIEJO, COSME el joven y GASPAR -que ha detenido su escritura-; con curiosidad, complacidos por lo que saben que ha de venir.

Se atenúan las luces, para un tránsito a nuevas acciones.)

Jornada II

De repente, noche. Y también rayos, truenos, electricidad, ruido. Una tormenta que debería agitar al público, que tras la nota de idilio no espera esta perturbación.

Así, se le conmueve y se le despierta. También se empieza a entrar en materia. Y en otras materias. De repente.

Escena I

Sugerirá el escenario, en escasa definición, unos aposentos de baja categoría y exteriores de calle. En uno de aquéllos, un FRAILE al que apenas si se le ve la barba, apalabra un servicio con unos soldados desgarrados, grupo de siete tornilleros al mando del valiente VARGAS. Susegundo, CAMPANO, escucha al FRAILE con irritación.

EL FRAILE- ¿Lo has entendido?

VARGAS.- Sí, hermano.

EL FRAILE- Entonces, repítelo.

VARGAS.- Ni un solo muerto, que son servidores de gente demasiado principal. Heridos, todos, a ser posible. Con arma blanca. Ni un solo tiro.

EL FRAILE- Todos, menos la dama.

VARGAS.- Desde luego, hermano. Todos, menos la dama.

EL FRAILE.- A estas alturas, al menos tú sabes de memoria las caras. La de la dama, que no es sino una muchacha; la del ayó, la de la dueña, la de los dos criados.

VARGAS.- Sí, hermano.

EL FRAILE.- Te va el pescuezo. Si no te ves capaz, lo dejamos. Que ya habrá quien lo haga, pues que la paga no es poca. Si lo malográis, te la juegas.

VARGAS.- Sí, hermano.

EL FRAILE.- Respondes por los tuyos. Como tu teniente, que tan mal me mira.

CAMPANO.- (Amedrentado, pese a todo.) Hermano, yo...

EL FRAILE.- ¡Basta! A qué tanto orgullo, teniente Campano. Necesitáis el dinero, y nosotros queremos intacta a la dama de don Lope de Encinas. Nada tengo contra la brava gente del Tornillo. Pero no se puede hacer a lo bruto. No quiero más sangre que la de los domésticos, mas sólo heridos, y sin saña. A la dama, ni tocarla. Sólo nos vale viva y completa. Vargas, tú me comprendes. Házselo entender a esa cabeza dura.

VARGAS.- Puede ir tranquilo, hermano. Son todos bravos y prudentes, y por sobre todos, Campano.

EL FRAILE.- ¿Prudencia y bravura juntas...? Esperad mi señal, que no tardará ni un par de horas. ¡Arrodillaos!

(Se arrodillan los siete. Saca un libro, lee unos latines.

Exclama: «Amen». Todos responden: «Amen», y se santiguan. Los bendice. Se marcha con un gesto que lo mismo puede ser de despedida que de amenaza.)

VARGAS.- ¿Lo habéis oído?

(Murmullos de asentimiento.)

CAMPANO.- Me pudre ese tono.

VARGAS.- Apea el orgullo, Juanito. El fraile quiere un servicio, pero bien hecho. Le entiendo la desconfianza, pues sé cómo trabaja la gente. Da asco. Por menos de nada, te rajan a la damita. El dómine no tiene por qué saber que tenemos a gala el trabajo exquisito. **(A todos.)** Ahora lo va a saber, ¿verdad?

(Murmullos de aprobación.)

CAMPANO.- Aun así, me pudre...

UN SOLDADO.- Me gusta entrar en campaña bendecido por la mano de Dios.

CAMPANO.- Calla, alma de cántaro. Que eres tan gigantesco como bruto.

Escena II

Sigue la tormenta. Se hace el oscuro, pasamos a otro aposento. EL CIEGO de antes, solo, bebe de un vaso junto a una jarrilla de barro. Entra EL FRAILE, capucha abatida: ahora se le ve bien el rostro enjuto, huesudo, aún joven. Va empapado.

EL FRAILE.- Maldita sea mi suerte. Está diluviando.

EL CIEGO.- Hermano, también la lluvia es hija del Señor.

EL FRAILE.- No es la primera hija del Señor que traba la vida a este hijo del diablo.

EL CIEGO.- No blasfeme vuestra merced, que deshonra ese hábito que no veo, y que huele igual de mal que siempre.

EL FRAILE.- Molina, no enseñe vucé rogativas a un dómine, y vayamos al cuento.

EL CIEGO.- ¿Comprometido está?

EL FRAILE.- Y tan comprometido. Si esos desalmados son tan serios como les reputa la mala vida, el lance es cosa hecha. ¿Está dispuesta la jaula para el pajarillo?

EL CIEGO.- Lo está. Y ahora, si vuestra merced quiere echar una cabezada, hágalo enhorabuena, que habrá quien le advierta antes de amanecido.

EL FRAILE.- No tengo nervio para sueño, que la tarea apenas empieza para mí. Estaré tranquilo cuando esos bandidos traigan la criatura que le prometí a vucé.

EL CIEGO.- Será el momento de que yo cumpla con llenar esa vacía faltriquera.

EL FRAILE.- Y tan vacía. Hay poca caridad, y es miserable la vida del fraile.

EL CIEGO.- Malos tiempos para el buen cristiano.

EL FRAILE.- Ya vendrán mejores, Molina.

EL CIEGO.- ¿Cuáles?

EL FRAILE.- Aquellos en que no le sea menester tanta industria a un tonsurado sólo para comida, bebida y compañía de mujer.

EL CIEGO.- Con poco se conforma, hermano.

EL FRAILE.- Es mucha mi humildad. Mas vuestra merced recordará que la promesa incluía algo más que óbolos de faltriquera.

EL CIEGO.- ¡El niño...!

EL FRAILE.- ¡Y tanto! Mi próximo trato depende de eso.

EL CIEGO.- Temo que me lo desvíe vuestra merced del buen camino. Aun siendo fraile, le enseñaréis cosas poco cristianas.

EL FRAILE.- Le espera conmigo buen porvenir, con abundancia de limosnas.

EL CIEGO.- Está muy mal la corte para limosnas, hermano, y vucé lo acaba de recordar. Conmigo tiene el rapaz mejor porvenir.

EL FRAILE.- ¿Qué le prepara vuestra merced?

EL CIEGO.- Le arrancaremos un ojo y pedirá por Dios por ser un pobre tuerto, que la gente es desalmada, pero se ablanda mucho en cuestión de ojos.

EL FRAILE.- ¿Por eso es ciego vuestra merced?

EL CIEGO.- No, mas me ayudó a descubrirlo. ¿No quiere otro niño que no sea ése?

EL FRAILE.- No me cambie los protocolos del trato, Molina, que el niño apalabrado es ése, el tal Alonsillo Ojeda...

EL CIEGO.- ¡Maldito sea yo por decir el nombre del rapaz! ¿No sabe que ahora le llamo Crispín? Nos lo trajimos tan tierno que tiene que haberse olvidado del nombre.

EL FRAILE.- Disimule vuestra merced, que queda entre nosotros y no sale del recinto. Crispín será. Dios le pague a vuestra merced su desvelo con el chiquillo, que así tendrá carrera en la vida y se habrá visto libre de la gañanía en tierras castellanas.

EL CIEGO.- Tampoco le miréis castellano. Diga que viene de la Extremadura.

EL FRAILE.- Como lo considere vuestra merced, que siempre será mejor su criterio en esto de la vida libre, pues yo no soy más que novicio en el empeño.

EL CIEGO.- Le echa entusiasmo al empeño. Tengo un jarro de lo caro para brindar por ello, y que coma, beba y huelgue vucé, que según parece son sus devociones.

EL FRAILE.- Lo probaremos. Es larga la noche y no me espera la italiana oronda.

EL CIEGO.- (**Escancia.**) Tenga cuidado vuestra merced con esa lagarta.

EL FRAILE.- Vamos, compadre, ya sé que a ella le hizo vuestra merced el mismo aviso: hija mía, ten cuidado con ese fraile.

EL CIEGO.- Claro, hermano. Y es que todos dos deberían tener cuidado el uno del otro, pues que no se convienen. Les quiero tanto, que les doy consejos de abuelo sabio.

EL FRAILE.- Sabía que vuestra merced quiere a la botijo con distinto amor que a mí. Qué importa, si hay provechosa permuta. Pelillos a la mar, y bebamos de ese caldo.

EL CIEGO.- Es de Esquivias.

EL FRAILE.- Eso cae por La Mancha. Confesé y perdoné algunas malas almas por allá. Pero un alma buena me hizo un hueco en el lecho. Noche silenciosa, mucho grillo y mucho secreteo. Si es buen vino, rezaré por su patria.

(Beben.)

EL CIEGO.- Dios perdone al moro, que se priva de este don del cielo.

EL FRAILE.- Hay moros y moros, Molina.

EL CIEGO.- Y que lo diga vuestra merced.

(Beben.)

Escena III

Nuevo cambio. Calle. Clarea el día. Dos personas heridas se mueven por el suelo, dolientes y a gritos: «Auxilio, Valedme, Confesión», etc. Entran en escena dos paisanos, que los socorren y que, a su vez, lanzan exclamaciones, horrorizados.

UNO DE LOS HERIDOS.- ¡Han robado al ama! ¡Han robado al ama!

OTRO.- De ésta, nos mata don Lope, por haberla perdido.

UNO.- ¿No ha de bastar con nuestras heridas?

UNO DE LOS PAISANOS.- ¿Quién os ha hecho estas heridas?

HERIDO.- Aspecto tenían de desgarrados. Se llevaron al ama y a la dueña.

OTRO HERIDO.- A la dueña le pasaron el filo por la cara, que iba hecha un Nazareno, pero bien que se la llevaron en la acémila.

PAISANO.- ¿Dónde hay aquí la justicia, que no se viene a estas voces y caso?

HERIDO.- Estará lejos, para chasco si advertida por los mismos que nos han clavado el hierro. Que algo habrán mordido los alguaciles de toda esta triquiñuela.

PAISANO.- ¡Habrased visto Madrid!

OTRO PAISANO.- ¡No hay día que no acuchillen y roben y asalten!

PAISANO.- No hay vida ni capa ni honra segura, todas tres te las pueden quitar.

OTRO PAISANO.- ¿Y los alguaciles?

HERIDO.- ¡Escondidos!

OTRO HERIDO.- ¡En las tabernas de Cantarranas!

(Cargan con los heridos como mejor han podido y los sacan de escena. Ayes y quejas de acuchillados y paisanos. Y llamadas de ayuda, que nadie más ha respondido.)

Escena IV

Pasamos a otro aposento. EL CIEGO y un secretario llamado SARABIA.

SARABIA.- ¿Y por qué no quieres tratarlo conmigo?

EL CIEGO.- No es por vuestra merced, mi señor Sarabia, sino por lo delicado del asunto. Que no es bueno que esto lo trate más que con el señor marqués.

SARABIA.- ¿Te crees que su Excelencia está a disposición de importunos?

EL CIEGO.- No me falte, Sarabia, que yo le guardo respeto. Reclamo ver al señor marqués, y sé por qué lo hago. El asunto es espinoso, sólo entre él y yo ha de tratarse.

SARABIA.- Sabrás que soy su primer secretario, sus pies y sus manos.

EL CIEGO.- Que nos conocemos, Sarabia...

SARABIA.- Sí, a ti te conozco yo mejor que cualquier alguacil. Ten cuidado. Te llaman Molina, pero eres Molina como yo molino de viento. Tu nombre es Canelo, y la fama es de lobo. No vas a ver al marqués, ni hoy, ni mañana, ni la semana que viene.

EL CIEGO.- Vuestra merced no sabe lo que dice ni lo que hace. Si su Excelencia supiera lo que tengo, estaría ahora mismo de plática con el lobo y se dejaría de mastines.

SARABIA.- ¿No me lo quieres decir? Soy mastín.

EL CIEGO.- Se lo diré al señor marqués. Hace tiempo que no soy canelo.

SARABIA.- Ya te digo que está fuera. No vendrá hasta esta noche.

EL CIEGO.- Pues el pajarillo que le guardo, seguirá en la jaula. Tenga cuidado, Sarabia, que puede vucé perderse por un darse aires.

SARABIA.- ¿Y si te dijera que sé qué pajarillo es ése?

EL CIEGO.- Qué ha de saber...

SARABIA.- Es la dama del caballero Lope de Encinas, que desquitará a mi amo y a ti aprovechará. Digo, si el tal don Lope no llega a saber quién echó la red.

EL CIEGO.- Mucho sabe. Todos podemos perder, no sólo el de la red. También el secretario, y el amo. No es don Lope un perdido, como yo, ni un mastín, como vucé.

SARABIA.- Su Excelencia está por encima de todo. Es un dios. Pero también hombre, y quiere venganza de un hombre y goce de su hembra, todo al tiempo. Se lo permite, para eso estamos tú y yo, para servirle. Y yo diré dónde hay que llevar al pájaro.

EL CIEGO.- No habrá que pasearla por esos caminos...

SARABIA.- No te amilanes, yo la acarreo. La niña estará en lugar seguro...

EL CIEGO.- Pasada la puerta de Valencia.

SARABIA.- ¡Imprudente!

EL CIEGO.- ¿Por qué dice eso vuestra merced?

SARABIA.- ¡Idiota, porque los alcaldes lo primero que decretarán es que se la busque en la parte de Lavapiés! Tienes casa en Tribulete y en el Campillo de Manuela.

EL CIEGO.- La pescamos en Maravillas, y está al otro extremo, lo más lejos.

SARABIA.- Precisamente, Molina, precisamente...

EL CIEGO.- ¡Y qué quería vucé! ¿Que la llevara a palacio por ponernos en salvo?

Escena V

Otro aposento. Discusión a voces entre DON LOPE de Encinas y un alguacil.

ALGUACIL.- ¡La corte se ha vuelto infierno! ¡Y vucé viene con prisas!

DON LOPE.- (**Encolerizado.**) ¡Y no he de venir! Asaltan el coche de mi amada, hieren a los criados y nadie da seña, nadie ha visto nada, no hay justicia que me ampare.

ALGUACIL.- ¡Paciencia, que no es vuestra merced el único agraviado, que todo son denuncias y quejas! Se hará justicia y se hallará a la dama.

DON LOPE.- ¡Si es que la hallan, y en qué estado! Ni tengo noticia de pago.

ALGUACIL.- ¡El alcalde del cuartel estará aquí a mediodía! ¡Hay asuntos graves que le llaman y no damos abasto de malhechores! ¿Cree vucé que es único?

DON LOPE.- (**Indignado.**) Señor alguacil, ¿creéis acaso que voy a contentarme con eso y que me consuela la espera el que mi caso no sea único? ¡Quiero ver al alcalde ahora mismo o no respondo de mí ni de los míos, que no son pocos ni cobardes!

ALGUACIL.- (**Amedrentado.**) Caballero es vuestra merced, y como tal será tratado. Que ya veo no es esto robo de capa ni deuda de juego.

DON LOPE.- ¡Majadero!

(**Llégase CHAMORRO, servidor de DON LOPE.**)

CHAMORRO.- ¡Don Lope! ¡Aprisa! Tenemos un indicio.

ALGUACIL.- Pues decidlo y de ello se hará cargo la justicia.

CHAMORRO.- Ni por asomo voy a contar lo que sé para que os enteréis y deis al traste con todo. (A DON LOPE.) Señor, vamos aprisa, tengo que referirle algo grave.

DON LOPE.- ¡Habla, Chamorro, no tengas temor! ¡Esta es la casa de la justicia!

CHAMORRO.- ¡Por vuestra vida, don Lope! Esto puede que de veces sea casa de justicia, mas nunca lo será si el ofensor resulta ser quien creemos la dueña y yo...

DON LOPE.- (Alarmado, como si de repente se iluminara todo y no viese sino cataclismo.) ¡Qué dices, Chamorro! ¿Se ha atrevido a tanto?

CHAMORRO.- No adelantemos el juicio, don Lope, que el juicio mismo nos faltará para adelantarnos al mal. Y no hablemos ante ese justicia, que acabará llegando al ofensor, y es malo que éste sepa, además, que conocemos el linaje del desafuero.

DON LOPE.- (Al alguacil con desprecio.) Desafuero sería, más qué sencillo quebrantamiento. Vuestra jurisdicción se pierde en eso como triste vereda en la sierra. Que allá donde decae justicia de la república, es fuerza echar mano de la propia tropa.

CHAMORRO.- Deje vucé la miseria del empleado, que por lo exasperado de la boca le va a sacar discursos aun sin arrimar su astucia, y ahora conviene apresurarse.

DON LOPE.- Sí, vamos presto, que no es aquí donde hallará amparo un cristiano ofendido por ese monstruo.

(Se van DON LOPE y CHAMORRO,
apresuradamente.)

EL ALGUACIL.- (Solo.) Reconozco bien ese género de ultraje, que no es la vez primera que sin comerlo ni beberlo me empapan con caudal tan inmundo. O mucho me equivoco, o entre un noble y un caballero tenemos pleito. ¡Mal remiendan esas controversias, que vide trances afines! Algún muerto, y trapisondas de corte para que el cuartelillo repose y sólo pesque con red en los corrinchos de San Ildefonso... No saben en mi aldea lo que he de trasquilar y lo que me trasquilan por mor de ganar la vida.

Escena VI

**Interior de una casa en el campo. VARGAS,
CAMPANO y la hueste.**

VARGAS.- ¿Quiénes son esos dos que vienen hacia acá con enseña blanca?

CAMPANO.- Me malicio un trastorno, que esto tenía mal cariz.

VARGAS.- A buen hora lo averiguas.

CAMPANO.- No se puede robar mujer como ésa a un caballero y sin resultas.

VARGAS.- No tiene por qué haberlas.

CAMPANO.- ¿Y esos a que vienen, qué anuncian? ¿Un premio por la virtud? Hermano, te digo que alguien nos ha vendido, y que esos vienen a darnos resquicio de poner pies en polvorosa si retornamos salva a la damita.

VARGAS.- Salva está, pero no creo que sea eso.

CAMPANO.- Nos ha vendido el fraile, te digo, hermano.

VARGAS.- Aborreces al mercedario. Eres muy quisquilloso con sus chanzas.

CAMPANO.- No eran chanzas, sino anuncio de lo que preparaba. Un encargo para pillarnos con las manos en la masa, y terminar con la compañía de Vargas, la más renombrada. ¿Y si están los alguaciles conchabados con la banda de Lorente? Lorente nos la tiene jurada a todos, y sobre todos, a ti, para dejarle libre el campo.

VARGAS.- ¡Qué embutido de racionios! Lo embrollas todo, Campano, y los dedos se te hacen avispones del cuartelillo. A ver si se te despeja el caletre... ¿Pues no dices que nos invitan a la huida para que dejemos la presa...? ¿En qué quedamos?

CAMPANO.- Sí, y una vez dejada, nos embosca la artillería en un recodo.

VARGAS.- Eres una maravilla de estrategia. No dejas un cabo suelto, y según tú nos tiene que pillar o el toro o la Santa Hermandad.

UNO DE LA TROPA.- ¿Disparo, Vargas?

VARGAS.- Calla, menguado. Vienen dos, con traza de caballeros y con una enseña blanca visible. Les cubren lo menos dos compañías. Si tiene razón Campano, mejor no resistirse y parlamentar mientras tengamos la paloma. Si no, a qué tanto susto.

UNO DE LA TROPA.- Pues ya se llegan, capitán. Habrá que abrir la puerta o darles en los morros.

VARGAS.- Abre, Campano, y encontrarán una mala cara si no son gente amiga.

CAMPANO.- Podrías morderte el escarnio, que yo no digo sino lo que creo prudente para ti, para mí y para la tropa.

VARGAS.- Está visto que tienes el vinagre en la sangre, y que no hay nada que hacer. No aguantas broma ni de tu capitán, que eso me debes siquiera por miramiento.

CAMPANO.- No es momento de broma, Vargas.

VARGAS.- (**Mira fijo por la ventana.**) Pues algo me dice que sí.

CAMPANO.- Tú sabrás. Por algo eres el capitán.

VARGAS.- Y tú deberías irlo sabiendo. Cualquiera día me revienta un mal acero o un mal vino, y te ves de capitán tú. Y para ser capitán, ya sabes...

CAMPANO.- Sí, las tres R: rabia, rugido y risa.

VARGAS.- Y una cuarta: un buen rejón. (**Va a decir algo CAMPANO, pero se adelanta VARGAS.**) De eso tesobra, ya lo sé. Además, te cautiva rejonear semejantes.

CAMPANO.- Soy buen segundo, por eso te gusto. Nunca ambicionaré el mando.

VARGAS.- Hasta en la guasa tienes vinagre, si serás singracia.

SARABIA.- (**Fuera.**) ¡Ah de la casa! (**Golpes fuertes en la puerta.**) ¡Ah de la casa! (**SARABIA insiste con dominio, con fuerza, con enfado. Dentro, no responden.**)

VARGAS.- Te lo dije. No son enemigos.

CAMPANO.- ¿Qué tendrían que hacer para mostrar enemistad? ¿Tirar la puerta abajo y hacernos salir de la madriguera a cañonazos?

VARGAS.- Mucho enfado, mucha prisa, mucho imperio. Pero no le tiembla la voz. Saldremos de dudas, aunque sólo una tengo, y no tiene que ver con la seguridad de nuestras pieles. **(Han seguido los golpes y voces de SARABIA. Por fin, VARGAS da orden de que se le abra.)** Abrid, que tenemos preparado el fierro Campano y yo.

CAMPANO.- ¿Más burla, socarrón? Genio y figura...

(Franqueada la puerta, entran SARABIA y un escudero, ambos bien armados, abatida ya la enseña blanca).

SARABIA.- (Demasiado bullanguero para el desahucio que propone.) ¡Dense todos presos! ¡Estáis rodeados por los alguaciles del Alcalde de este cuartel, por los tercios de Flandes y por la tropa de familiares del Santo Oficio!

CAMPANO.- (Con un pistolón.) ¡Moriré matando! ¡Todo, menos las galeras!

SARABIA.- (Que no comprende que el otro no haya cogido su chacota.) ¡Que alguien sujete a ese menguado. **(Masyase precipitaba VARGAS sobre su lugarteniente.)**

VARGAS.- Contento, infeliz, que es gente amiga.

CAMPANO.- Maldita sea la manera de amistarse...

VARGAS.- Disimule vuestra merced, pero no es la suya la mejor cabeza, aunque sí la mejor espada. Y tampoco se negocia con esa tropa y ademanes.

SARABIA.- Yo no negocio, capitán. Calculo que sois Vargas, ¿no es así?

VARGAS.- Lo soy, pero no reconozco a vuestra merced.

SARABIA.- Ya me reconocerás, que para todo hay tiempo. ¿Tenéis a la paloma?

VARGAS.- La paloma debe ser lo que hasta ahora era pajarillo. Pasan las horas y sube de especie. Ahí la tenemos, en ese traspatio.

SARABIA.- No es prudente. Si grita, se le oirá desde el barranco de Lavapiés.

VARGAS.- No, caballero, que para eso se ingeniaron los

bozales. De fina tela.

SARABIA.- (Sonríe, acepta la socarronería de VARGAS.) Por tu guasa y por el gesto hosco de ese teniente, veo legítimo tu mandato y feliz la división de cometidos. Mi paloma se llama Beatriz Torrijos, y es dama prometida a cierto caballero...

VARGAS.- Que se llama don Lope. Y cuyo apellido no recuerdo.

SARABIA.- (Satisfecho, VARGAS sigue la broma.) De Encinas. Algo por el estilo.

VARGAS.- Entonces, vuestra merced ha venido para que nos entendamos.

SARABIA.- Para que nos entendamos, pero antes he querido daros una lección.

VARGAS.- ¿Y para cuándo esa lección?

SARABIA.- ¿Acaso no os la he dado ya?

VARGAS.- (A sus hombres.) A ver, mis valientes, ¿os sentís muy aleccionados con las lecciones de este caballero maestro? Que yo, o soy corto, o tardo en aprender. Por algo tuve que dedicarme a la milicia y a la mala vida.

SARABIA.- No os riáis, bandolero, que bien que sabéis vuestra culpa. Metisteis la paloma en la jaula allá en Maravillas, ¿o me equivoco?

VARGAS.- No se equivoca vucé, que no es de éstos...

SARABIA.- Y la trajisteis aquí porque no hay más lejos en toda la villa y corte, ¿me equivoco?

VARGAS.- De seguir así, voy a ser yo el equivocado.

SARABIA.- Pero si hay un punto de la corte más cargado de gente proscrita que Maravillas, ése es Lavapiés.

VARGAS.- No diga eso, caballero, que en esas casas hay buena gente. Por alguna taberna, casa de conversación o trueque de capas robadas, no deben pagar todos los vecinos que dedican su vida a un duro trabajo.

SARABIA.- Y mira lo que he tardado en dar con Vargas, tropa y paloma...

VARGAS.- ¿No venía vuestra merced a tiro fijo?

SARABIA.- Vuestro agente, que es mi agente, dijo apenas dos palabras sin darse mucha cuenta, y yo ya sabía dónde buscar. Y hay pocas casas extramuros de la Puerta de Valencia como para no dar con la madriguera.

CAMPANO.- ¡El fraile se fue de la lengua!

VARGAS.- Y dale...

SARABIA.- Qué fraile, ni qué fraile... El ciego de los romances y las coplillas.

CAMPANO.- Aquí no sabemos de ciego. Sólo de un fraile mala sangre.

VARGAS.- Se ve que hay aquí más de un agente, y eso encarece la hechura. La próxima vez, ni fraile ni ciego, sino Su Excelencia, por derecho. Saldremos ganando.

SARABIA.- De momento, ha salido bien. Pero por culpa de ese ciego o ese fraile o la madre que los parió, esto podía haber sido un precipicio para todos.

VARGAS.- Para vuestra merced, menos, ya sabemos que los de palacio...

SARABIA.- (Al hombre que le acompaña.) Tú, di que preparen el coche y que descansen las armas. Son amigos.

(Sale el hombre.)

VARGAS.- Así que nos tenían encañonados, por si acaso...

CAMPANO.- El ciego me hizo sospechar. Y es mucho lo que tengo que cuidar en un negocio tan delicado. A ver, que salga la dama.

VARGAS.- Campano, que la traigan.

(CAMPANO hace un gesto y el tropillero pasa a un traspatio oculto tras un vano sin puerta, sólo con cortinilla mosquitera. SARABIA saca una máscara y oculta su rostro. Esto choca a los de la tropa, que le miran y se miran entre sí, extrañados, aunque un gesto burlón de VARGAS les tranquiliza. Expectación, que debe preparar la llegada de una mujer joven bellísima

y de elevada estatura, que ha despertado en la tropa no ya la sensualidad, sino la devoción, y no saben esos hombres si desearla o hinojarsele. La mujer está aterrorizada y es incapaz de pronunciar palabra. SARABIA se dirige a ella, enmascarado, con intención de tranquilizarla, aunque sabe ella cuál va a ser su destino.)

SARABIA.- Señora, he venido con encargo de ponerlos bajo mi custodia y llevar a vuestro a lugar digno y seguro.

(Sollozo de la dama.)

VARGAS.- ¿No os la querréis llevar, caballero?

SARABIA.- Desde luego que sí, capitán.

VARGAS.- Pues hay un inconveniente. ¿quién nos paga?

SARABIA.- ¿Quién va ser? El ciego.

CAMPANO.- (Pone un pistolón en la cabeza de la muchacha, que lanza un gemido.) Aquí no hay ciego, sino fraile. Y si no hay dineros, estropeamos la mercancía.

VARGAS.- Ya lo ve vuestra merced. Tiene razón mi lugarteniente. Esta dama es buena para reina, y vale sus dineros, y esos dineros no los hemos visto...

SARABIA.- Pero yo los he pagado, y bien pagado...

VARGAS.- La tropa ha hecho su trabajo y quiere su paga. Mi teniente se inquieta, pueden sublevarse y estropear el vuelo de la paloma. Reclamad a ese fraile.

SARABIA.- ¡No es un fraile! ¡Es un ciego!

VARGAS.- Ya sabe vuestro que no hay peor ciego que el que ver no quiere...

SARABIA.- Yo sé lo que quiere ver ese ciego.

VARGAS.- Le perjudica a vuestro, y a nosotros, que tenemos otros recados.

SARABIA.- Creo que sé lo que tenemos que hacer. Mas llevará su tiempo, caballeros.

VARGAS.- Ahora nos llama caballeros el caballero. Esto empieza a no gustarme, Campano...

**(Sollozo de la mujer, que va a desvanecerse.
CAMPANO y otro esbirro la sujetan.)**

Escena VII

(Otro interior. EL FRAILE, EL CIEGO y un NIÑO. Este niño es, precisamente, Alonsillo de Ojeda, objeto de la búsqueda de sus parientes.)

EL FRAILE.- Es de ver el picarón. Carita de querubín. Así me gusta trabajar, con ángeles, no con los demonios que cría vuestra merced.

EL CIEGO.- (Que tiene cogido al NIÑO de un brazo, y le acaricia el rostro y el cabello de vez en cuando.) Para dos años va que llevo criando a éste.

EL FRAILE.- ¿Y no es más cierto que lo tenía de su mano el tal Claudio Cabezas? No ha tenido vuecé tiempo de corromperlo. Me lo llevo.

EL CIEGO.- No era malo para corromper Cabezas, ruegue vuecé por su alma.

EL FRAILE.- Lo prefiero en el infierno. ¿Sabrá Satanás que cambió por Restrepo?

EL CIEGO.- Todo el mundo le conocía por tal. ¿Ha de ignorarlo el diablo? Pero no me enrede vuecé, que le tengo afición al niño ese. Ganas tengo que deshacer el trato.

EL FRAILE.- Basta de embrollar, Molina, que los tratos son los tratos. Ea, si no tiene más impedimenta, lo subo en la mula y arreando.

EL CIEGO.- Ese angelito vale más de lo que vuestra merced me da.

EL FRAILE.- Mucho le he dado, compadre, y lo sabe. ¿Quién iba a merchar tan por lo fino una virgencita como la de Maravillas? Sólo un bragado como Vargas. ¿Y quién iba a sacar negocio con Vargas, si no era yo? Vuestra merced no podría ni acercársele.

EL CIEGO.- Mucho ángel para tan poco fraile.

EL FRAILE.- Si viera vucé la carita de doña Beatriz. Eso sí que es un ángel. ¿Le dejan palpar la mercancía que vucé les granjea? Será su manera de verla.

EL CIEGO.- Veo la cara del niño con las manos mejor que otros con ojos vidriosos.

EL FRAILE.- ¿Qué sabrá cómo los tengo? Venga, que marchó, éste viene conmigo.

EL CIEGO.- (Sigue acariciando al NIÑO.) Ganas me dan de deshacer el trato.

EL FRAILE.- Calle, tarabilla. Que me da ya recelo verle tan devoto. ¿No le quería para tuerto? (**Murmullo del CIEGO. Al NIÑO.**) Dime, rapaz, ¿cuál es tu gracia? (**EL NIÑO mira al CIEGO, que le comunica algo con un toque en el brazo que le tiene sujeto.**)

EL NIÑO.- (Amedrentado.) Crispín, me llamo.

EL FRAILE.- (Mira al CIEGO, y le hace un gesto significativo al NIÑO.) Ah, sí, Crispín, me lo había dicho el bueno de Molina. Tú eres buen niño, ¿verdad? Y respetas a los viejos, y sobre todo a la gente de iglesia, que representa a Dios nuestro Señor.

EL NIÑO.- Sí, padre, y también a los ciegos, que Dios le mandó ceguera no como desgracia, sino para ver lo que otros no ven.

EL FRAILE.- (Mira de nuevo al CIEGO. Socarrón.) Mira qué sabiduría natural proclama este discípulo de Molina, el clarividente. Ahora veo que también se le pueden dar a aprender lecciones y catecismos. ¿Sabes que vas a trabajar conmigo enantes?

EL NIÑO.- Lo que diga el amo.

EL FRAILE.- El amo dice que te vengas conmigo.

EL CIEGO.- Lléveselo vuestra merced antes de que me arrepienta.

(Sin más palabras, EL FRAILE toma al NIÑO de la mano y se dispone a salir. Entra precipitadamente EL LAZARILLO.)

EL LAZARILLO.- ¡Amo, amo...! ¡Están aquí...!

(Pero es interrumpido por otros dos violentos personajes que irrumpen. Uno es el hombre que acompañaba a SARABIA. Otro es el tropillero que vigilaba la ventana en la madriguera de VARGAS.)

EL HOMBRE.-

(Golpea al LAZARILLO, que cae por tierra. Señala al CIEGO.)

¡Ese es! ¡Venga, Molina, vas a hacer un paseo en coche con nosotros!

(Cual si lo protegiera, EL FRAILE ha tomado en un abrazo al NIÑO, que ahora se muere de miedo. Poco menos que el propio FRAILE, por lo demás.)

EL DE LA TROPA.- **(Al ver al FRAILE.)** ¿Qué hace aquí, padre? Ponga pies en carril, que se le puede confundir con este tramoso.

(Mientras, él y el hombre de SARABIA levantan y empujan al CIEGO.)

EL FRAILE.- Tengan cuidado con él, que no está solo.

EL DE LA TROPA.- ¿Pero no sabe vuestra santidad lo que ha hecho?

EL FRAILE.- De un varón tan santo no puedo creer perfidia.

EL DE LA TROPA.- Miren las horas que son. Cae la tarde, y todavía no ha pagado el servicio de la puerta de Maravillas.

EL FRAILE.- ¿Eso has hecho, Molina?

EL CIEGO.- ¡Ojo, rufianes! Que tiene razón el fraile. Tengo hombres cerca.

EL HOMBRE.- Y yo te quito la vida. Pues no quería platicar con el amo...

EL FRAILE.- ¡Calla, calla, incauto! ¡Que ni yo ni nadie sabe quién sea el amo ese, y más vale seguir sin saberlo!

EL HOMBRE.- (Al CIEGO.) ¡Los dineros de la gente de Vargas!

(El hombre y el tropillero maltratan al CIEGO, que acude en busca de los dineros que se le reclaman. EL FRAILE aprovecha la confusión y el griterío para deslizarse fuera llevándose de la mano al NIÑO transado.)

Escena VIII

De nuevo, relámpagos, rayos, truenos, tormenta. Pasamos a otro interior, que no están los elementos para intemperies. DON LOPE y CHAMORRO.

DON LOPE.- Beatriz, mi Beatriz. ¡Malditos sean!

CHAMORRO.- Escúcheme vuestra merced. Esta mañana mismo lo han visto en el palacio del marqués.

DON LOPE.- ¡Esto es muy grave, Chamorro! Si hay que dar el paso, se da, pero esto puede meterle fuego a toda la corte.

CHAMORRO.- Bastará con meterle fuego al palacio. Ese fraile se informó de los pasos de doña Beatriz, y sabía que muy temprano iba a salir por la puerta de Maravillas hacia el camino de Fuencarral. Y allí la esperaron.

DON LOPE.- ¿Quién es ese secretario?

CHAMORRO.- Un tal Sarabia. El diablo. Mataría por el marqués y su parentela.

DON LOPE.- ¿Se le puede buscar cosquilla?

CHAMORRO.- Siempre va acompañado. Hay que

acuchillar a sus espadines.

DON LOPE.- Tú, yo y el gallego.

CHAMORRO.- Y alguno más, no por cobardía, mas por si traen refuerzos.

DON LOPE.- ¡Ay, alma mía! ¿Qué te habrán hecho?

CHAMORRO.- Nada de la vida. Pero perdone que le diga a vuestra merced que cualquier descalabro en la honra. Así que no hay más razón que vengar la honra, que es cosa del alma, y ya digo, de Dios. Que así lo tengo escuchado en las mejores casas.

DON LOPE.- Tú estás seguro de que ese ciego sirve al marqués.

CHAMORRO.- Ni una vez, ni dos. Cien veces le sirvió en trances turbulentos.

DON LOPE.- ¡Ninguno como éste, maldita sea mi vida!

CHAMORRO.- Nunca se atrevieron a tanto, don Lope. Pero el marqués es muy gran enemigo de vuestra merced y de casi todos los poetas de la corte.

DON LOPE.- ¿Y si dejamos al tal Sarabia y pinchamos al marqués?

CHAMORRO.- No diga eso, don Lope, ya será espinoso acercarse al secretario, como para ver ni de lejos al amo. Además, tiene bula, que es favorito en la Corte.

DON LOPE.- ¡Y esto es justicia!

CHAMORRO.- Esto es la España, don Lope. Los asesinos y los valentones se pasean por la calle y el ofendido, como vuestra merced, ha de taparse el rostro.

DON LOPE.- ¡Habrà que pinchar hondo a ese Sarabia!

CHAMORRO.- No tanto, hay de dejarle resuello para que cante lo que importa. Y, ahora, a buscarle. Si lo logramos antes de que pase un día, me doy por contento.

DON LOPE.- ¡Un día entero! Me arde la sangre, Chamorro.

CHAMORRO.- ¡Y a quién no! Pero hemos vigilado el palacio, y no ha vuelto el marqués ni parecido el secretario.

DON LOPE.- (**Enardecido.**) ¿Estáis todos dispuestos a

seguirme?

CHAMORRO.- ¡Y a morir por vuestra merced, como prometí a su buen padre!

(Amontonarse de nuevos relámpagos, ruidos y truenos, como si el cielo quisiera caerse. De lluvia, como si la corte, de sólito seca, fuera a humedecerse por siempre jamás y devenir o tremedal infranqueable o huerta natural.)

Jornada III

Desaparecidos los personajes de la segunda jornada, concluye ésta como empezó, con redoble de artillería celestial.

Para, de repente, resolverse en cosa de segundos tales ruidos, lo que nos permite transitar hacia el sosiego y la luminosidad propios del anciano y el nieto que trazan la crónica.

Escena I

GASPAR.- Favor, abuelo, favor. Deme vuestra merced un respiro, que no siento ya la mano de tanto rascar pluma de ganso sobre papel de culebrilla.

COSME EL VIEJO.- Si interrumpís, se secarán los recuerdos, y qué será de esta crónica.

GASPAR.- No sé qué será de ella si sigue vuestra merced por esos andurriales. Que se va en rayos y truenos; en tropelías, arrebatos, personas no presentadas, en extraños a la familia nuestra, que parece olvidar vuestra merced que era célula del cuento. ¿No habría que presentar a toda esa gente, al cuitado don Lope, a los tornilleros del tal Vargas, al mal fraile y al peor ciego, al avieso Sarabia...? Todo pasa a la prisa, sin pausa ni respiro, y tanto mi mano como la atención del pobre lector han de fatigarse.

COSME EL VIEJO.- ¡Cuánta ignorancia hay que soportar de los nietos modernos! Para qué he de presentar a todo ese tropel, si quedan tropeles nuevos y han de pasar por la novela como quien canta en una fiesta y se aparta y ya no

regresa. Habría de pasarme la vida presentando, y el lector de bostezos. Y ahora quieren los públicos secuencias prestas y relaciones apretadas, en que todo transcurra con celeridad y economía, mas con soltura y con sobresalto. Y que deje traza y emoción a su paso. Así que, a callar, escribano novicio, que vuestro abuelo se conoce el arte de marear y el arte poética.

GASPAR.- Poética será, abuelo, pero sobre todo lo es de marear, que a mí me tiene vuestra merced mareado. Y me ofusca que no aparezcan ya a nuestros parientes en una llamada novela que a ellos parecía dedicada, y tan sólo le deje resquicio al tío Ojeda, y apenas, con dos palabrejas de nada arrancadas de entre los dientes y el espanto.

COSME EL VIEJO.- ¡Lo que tiene que oír un buen cronista de quien tiene más insolencia que juicio, más desenvoltura que edad y que talla, y que ni vivió aquello ni comprenderlo puede! ¿Pues quiénes son esos nuestros parientes, sino lo que hicieron en la corte y con quien lo hicieron, sea por lo palmario o al sesgo, que tanto da? A callar, que lo vuestro es escribir y lo mío contar. ¡Y de ahora en más, silencio!

GASPAR.- Ya veo que no vale proclama de lo que previene el albedrío.

(Se difuminan las figuras de ambos porfiados, retrocedemos de nuevo al pasado en la corte, que posee otra luminosidad, y otro olor poseyera si olieran los teatros y los libros).

Escena II

Es en casa del primo BARTOLOMÉ, y platican en el estrado, además del propio anfitrión, su prima MARÍA -de hombre vestida y llamándose don Luis- y dos nuevos personajes, los capitanes ARANDA y MERINO, aposentados por BARTOLOMÉ.

Ayuda en el servicio el joven COSME, que no ve otra manera de estar a plato y a tajadas, que de todo quiere enterarse, y así lo postula también su hermanilla.

En la siguiente charla, es de ver -de oír- el vozarrón que finge la muchacha travestida y las valoraciones

hombrunas que abulta no sin conocimiento.

ARANDA.- No soy de los que lo dejan todo para mañana, sino que cerco la fiera no más sale de la espesura. Ahora habríamos de ir a ver al alcalde de casa y corte que conozco, que su jurisdicción abarca justamente la Cuesta y la Plaza de Santo Domingo.

MERINO.- Moderad el arrebato. A éstos, mejor acudir sólo in extremis.

ARANDA.- Aquí, mi cofrade, es dado a leyes, y pasó por Salamanca. De ahí los latines. Pero creo que nada más natural que acudir a la justicia para denunciar el hecho y advertir que se tiene la certeza de que el niño robado se encuentra en la corte. Si no he entendido mal, ese paso no se ha dado por parte vuestra (A MARÍA.)

MARÍA.- No, capitán Aranda. Que así fue decidido por el «consejo de familia».

MERINO.- (A MARÍA que, evidentemente, atiende ahora como «don Luis».) ¿Por qué no lo ha hecho vuestra merced, don Luis, ni lo ha hecho el resto de la familia? Por no levantar la caza, claro. Por falta de confianza en esa justicia, desde luego. Que bien pudiera ser que ni buscaran ni hallaran, sino que los justicias fueran con el que a quien le toca, que muchas autoridades viven no del estipendio de la república, sino del unto que facilitan los truhanes, que saben desprenderse de una parte para su tranquilidad.

BARTOLOMÉ.- O la añaden a la alcabala de los maltratados. Se encarece el gaje, y se empuerca la república con el caudal de podredumbre volteándole las venas.

ARANDA.- Me escandaliza lo poco que se fía aquí en la justicia de la corte.

MERINO.- Ni aun en la del Rey, amigo Aranda. Y que conste que esto no lo diría si no supiera que estoy entre amigos de honor. En estos tiempos, preciso es callar o decir en voz baja lo que todos ven claro como el sol de julio. Ha de escandalizaros la justicia, no la opinión de quien le otorga poca o ninguna honra, que será que lo merece.

ARANDA.- Razón tenéis, capitán Merino. Pero mirad a ese joven (Por MARÍA.) ¿No le damos más desazón que remedio a su pleito?

MERINO.- Contra el buen parecer del capitán Aranda, propongo que mañana a primera hora nos pongamos en marcha. Ahora, resumamos todos esos nombres.

BARTOLOMÉ- Primo Luis, repetid esos nombres a los capitanes.

MARÍA.- (Vozarrón.) El niño, Alonso Ojeda. **(Señala un papel.)** Ahí tienen vuestras mercedes dibujo de las ropas que en ese momento llevaba puestas y que alguien ha creído reconocer, acaso en otro niño que tuviera hoy la edad que él tenía entonces. Alonsillo pasa ahora de siete años, y habrá crecido, aunque sabido es que las gentes de la mala vida tratan a sus criaturas como bestias de carga, y no les dan sustento para que crezcan y estiren, sino sólo para que tiren y arreen, y sacarles provecho.

MERINO.- Como la monarquía del rey Felipe con cualquier cristiano sin titular.

(Risas de ARANDA, seguidas de las del propio MERINO. MARÍA y BARTOLOMÉ se miran, no muy firmes. Congoja, también, en el pequeño COSME.)

ARANDA.- (Restos de risa.) Seguid, don Luis, no hagáis caso de ese descreído.

MERINO.- No, sino bienmirado. ¿No miro bien si lo resumo todo de catecismo?

ARANDA.- Parecéis talmente como un niño de la doctrina. Sólo que al revés.

MERINO.- Al revés, sí. ¿Hay niño de la doctrina que salga de capitán? Salen galeotes y encorizados. Lo suyo es el patíbulo tras tanta procesión de Corpus.

BARTOLOMÉ.- (Inseguro.) Continúad, primo.

MARÍA.- Su robador parece que se llama Claudio Cabezas, y viene de Valladolid, aunque no es natural de allí. Sus viles menesteres de rapiña le llevaban a menudo a Sevilla, a Valencia y a la corte.

MERINO.- Pues bien, amigos. Ahora sí que entra la justicia.

ARANDA.- ¿Cómo así?

MERINO.- Habrá que preguntar en cárceles, cuarteles y sotanillos. Cabezas por aquí, Cabezas por allá. Sin decir por qué ni para qué. Y ya asomará Cabezas la cabeza o la asomará alguien que por él la exponga. De ese Cabezas me malicio toda una banda.

ARANDA.- ¿Y eso no será levantar la caza, como vos decís?

MERINO.- No, si se sabe hacer. No es lo mismo pregonar el delito que preguntar por alguien que debe de ser más conocido en el perchel que Lutero en los infiernos. Y no es lo mismo que vay an estos paisanos que estos dos capitanes.

MARÍA.- Mis capitanes, no sé cómo agradecerles...

MERINO.- No adelante vuestra merced agradecimientos, que antes habríamos nosotros de adelantar provechos. Falta por darle cometido a ese muchacho que nos remira y aparta la vista.

(Todos miran a COSME que, objeto repentino de atención tras lo que él creía anonimato, enrojece y no sabe dónde meterse.)

¿Cómo te llamas?

COSME.- Me... me llamo Mateo.

MERINO.- ¿Estás dispuesto a la tarea, Mateo?

COSME.- Como el que más, capitán.

MERINO.- Así me gusta. Vas a tener que visitar mucho la corte, Mateo, y bueno será que te la aprendas como si tu aldea fuese, o bien como tu mano. Yo te aleccionaré mañana, que no es hora ya de aprender lección. Pero tú pasarás más inadvertido que cualquiera de nosotros. Así, ya lo saben. Mañana, al ser de día. Y tú, conmigo, rapaz.

(Esto nos lleva a una repentina atención sobre el VIEJO COSME.)

Escena III

COSME EL VIEJO.- Y con el capitán Merino conocí la corte de cabo a rabo. Tardé en saber lo que era norte y sur, poniente y levante, mas pronto dominé calles, puertas y portillos de la corte, y era capaz de atravesarla corriendo de parte a parte por la ligereza de mis piernas, la fuerza de mis pocos años y por lo mucho de mi entusiasmo. Y así...

(El joven COSME, con ese entusiasmo invocado por EL VIEJO, interrumpe y eclipsa a éste, que al pronto no parece tomárselo bien, pero que al punto se conforma, conmovido ante lo que él fue.)

COSME. **(Interrumpe.)** Y así fue como recorrí la corte desde el Prado de Recoletos al de los Jerónimos, desde la Puerta de Fuencarral al Convento de la Encarnación, desde la Puerta de Santa Bárbara al Portillo de Valencia (cerca de donde me aguardaba el gran susto de toda mi vida). Supe lo que eran los Pozos de la Nieve, los Caños del Peral y la Red de San Luis. Recorrí calles principales: la gente sabía sus nombres y a veces los cambiaba, pues no había un letrero. San Miguel, muy importante, pero trucada de repente; y la de Jacome Trezo, más la del Caballero de Gracia, que son una y la misma, aunque de nombre cambien. Y también corrí a menudo junto a los corrales de comedias, mas no pude entrar en ninguno de ellos. Y vi...

MARÍA.- Despacio, hermanillo. Modera el recorrido, y no mezcles los tiempos, que para eso falta mucho. Enantes, fue la búsqueda del niño y los peligros que corrimos.

COSME.- Hermana, razón tienes, pero a la vez no. Supe de la corte sólo más tarde, sí. Pero peligros, sólo a medias. Mientras, tuve vivo aprendizaje con los capitanes.

Escena IV

Se eclipsa MARÍA.

MERINO, a primer plano.

Pasamos tenuemente al exterior.

MERINO.- Ahora tenemos que hablar con una buena pieza que vendrá a parar a esta taberna. Tú, disimulado, que nadie te advierta. No pierdas ripio, pero no te dejes ver. Mira con quién hablo y, cuando terminemos, le sigues donde vaya, sólo a salvo de tu propia integridad. Y después nos cuentas tus averiguaciones. Mira, ahí viene. Le hablaré por interés, y acabaré haciéndole una caridad. Tú has de hacer lo mismo, si se tercia. Sé misericordioso, pero que te guíe el provecho. Así serán dos los que saquen ganancia, y tú uno de ellos. Retírate, que empieza la pesquisa y el adiestramiento.

COSME.- (Continúa su entusiasmo de aprendiz aventajado. Mientras habla, vemos a MERINO abordar a Gamboa e iniciar plática con él.) Hubo de serme útil aquel consejo, como se verá, aunque yo lo hice al revés, siendo el mismo el resultado. En lo que me pongo a resguardo por mirar sin ser mirado, se acerca un mamarracho de aspecto escaso y ademán avieso. Le habla el capitán, él se rehúye. Pero Merino le aprieta alguna tuerca, porque el otro responde. Esto es, pide. Y pide se ve que dineros.

(Hemos transitado a una taberna de baja condición. MERINO y un parroquiano de muy dudoso aspecto llamado GAMBOA. Charlan, no dejamos de ver a COSME.)

MERINO.- Dineros hay, si hay alcance. Gamboa, codicioso, hay que ganárselo.

GAMBOA.- Mucho interés muestra vucé en el asunto.

MERINO.- Lo corriente. Quiero servir a un amigo que no es rico, pero sí generoso. Haría por él cualquier cosa, hasta avenirme a tratos con gente como tú.

GAMBOA.- A otro perro con el hueso. Si a mí ha venido, es porque sabe que sé.

MERINO.- Eso creía. Pero veo que voy a tener que ir a otra parte. **(Hace ademán de marcharse, asqueado.)**

GAMBOA.- Un adelanto, mi capitán, y mañana sabrá lo que saber quiera.

MERINO.- Si te doy un adelanto, no sabré nada. No sabré ni dónde encontrarte.

GAMBOA.- Habrá que untar a éste y a aquél.

MERINO.- Ojo con la tasa, que yo no tengo la plata de Indias. Venga, Gamboa, luego me cuentas. Yo lo taso, que soy de ley, y comes caliente de aquí a Nochebuena.

GAMBOA.- Así que Cabezas... No sé. ¿No tendría otro nombre el fulano? Cabezas y un niño morenillo de siete años. Y esa ropilla dibujada, nada me dice.

GAMBOA.- ¿No eres el rey de la Cuesta de Santo Domingo?

MERINO.- Y del Postigo de San Martín a San Felipe. Pero a nadie se le conoce por su nombre y apellidos, sino por uno o dos o más postizos, a ver si me entiende...

Escena V

Un aposento del palacio del marqués. En escena, el MARQUÉS y SARABIA.

EL MARQUÉS.- Buena ha sido la jugada, Sarabia. Has hecho bien en llevar la dama a la quinta. ¿Quién va a buscarla allí?

SARABIA.- Ni allí ni aquí, Excelencia. Tratándose de vuestra Excelencia, no hay miedo. El miedo puede venir de cualquier desaprensivo.

EL MARQUÉS.- ¿Don Lope? Quiero que se pudra por lo que me ha escrito y por lo que me ha hecho. Que ahora seré yo quien le quite honra, pluma y pan.

SARABIA.- Señor, con todo respeto... ¿No sería mejor quitarle... la vida?

EL MARQUÉS.- No, Sarabia, la vida que la guarde para dolerse de lo que le hago. Empiezo con la dama, que esta misma tarde será mía. Además, la vida es mucho...

SARABIA.- Es que don Lope es un desvergonzado, y tal vez no teme jerarquías. No sabe distinguir un rival que sea Grande de España de otro que porte pinceles. Es poeta, o cree serlo, y de ahí el atrevimiento. Se sentirá ofendido, y tramará venganza.

EL MARQUÉS.- Un enemigo demasiado pequeño.

SARABIA.- En casos así, no hay enemigo pequeño. Los nobles corren igual peligro que los demás mortales, pues también son mortales. Don Lope ha desaparecido. No está en su casa ni hay señas de él ni de su gente. Seguro que trama algo.

EL MARQUÉS.- ¿Y el ciego?

SARABIA.- Otro asunto. Ese aconsejó mal a vuestra Excelencia. Y quería tratar las cosas directamente sin mi intervención. Buena la hubiera armado. A estas horas toda la corte sabría el paradero de la dama... y el de todos nosotros.

EL MARQUÉS.- Me aseguró que la banda que contrataba era de confianza.

SARABIA.- Sólo que no la contrató él. Es delincuente de baja estofa, y churrullero por demás. Necesité un frailuco bien relacionado con los jiferos selectos. Retrasó la operación y la puso en peligro, sólo por puentearme con su Excelencia.

EL MARQUÉS.- ¿Me habrías aconsejado tú renunciar a la presa?

SARABIA.- Sí, Excelencia. Pero a lo hecho, pecho. Ahora tenéis un ofendido, y mejor será darle lo que él quiere para su Excelencia. No hay que ofender a un caballero, mas si se le ofende, matarle. Si hay alguien que no trama por su honra, es un muerto.

EL MARQUÉS.- Siempre me aconsejas bien, Sarabia. Eres único. ¿Y el ciego?

SARABIA.- Un escarmiento. Lo merece por querer pasar plaza de amigo de su Excelencia. Habrase visto... Si no fuera ciego, bastaría con arrancarle los ojos. Siéndolo, habrá que romperle las piernas.

EL MARQUÉS.- Rómpele una sola, Sarabia. Siento escrúpulos por ese desecho.

SARABIA.- Su Excelencia es muy bondadoso.

EL MARQUÉS.- Es mi natural. Lástima que no sepan verlo gentes malvadas como ese poetastro. ¿Cuántos hombres necesitas?

SARABIA.- Lo menos diez. Pero no para esos trámites, Excelencia, que serán encomendados a buenos facultativos,

como otras veces. Los quiero para andar por esas calles sin daño de barras. Que desanima el número, y más si es con armas recias.

EL MARQUÉS.- ¿Qué tal va de ánimo la dama?

SARABIA.- Doña Beatriz ni come ni deja de llorar. Hermosa cual escultura, pero viva de aliento y de sangre. Respira como poseída, y aunque virtuosa, se le adivina la calentura. Allá en la quinta, ligera de ropas y sin velones, está diciendo comedme.

EL MARQUÉS.- Calla, calla, que me enciendo con esa pintura.

SARABIA.- Es afortunado su Excelencia, pero ha de darse prisa, que si tarda la encontrará convertida en charco de lágrimas.

EL MARQUÉS.- La gozaré, pero no puedo ir a la quinta hasta esta tarde. Comeré con la Marquesa y oiré después misa con ella. Es día señalado, que a este santo le tengo mucha devoción. Te recordaré en mis oraciones, buen Sarabia.

SARABIA.- Mucho se lo agradece a su Excelencia este humilde servidor.

EL MARQUÉS.- Por cierto... Una vez que use de ella, ¿la querrías para tu empleo?

SARABIA.- Se lo agradezco a su Excelencia, y no es desprecio. Pero hay dos feligresas que suelen aguardarme en la calle Francos. Siempre las mismas.

EL MARQUÉS.- Haces bien. Hay que saber conservar las costumbres. Son salvaguardia de armonía. Yo no soy así, tiendo al desarreglo y lo lamento a menudo.

SARABIA.- Su Excelencia está más cerca del cielo que este servidor, y no tiene que obedecer las inercias que a los demás nos son impuestas. Sólo faltaría: sus leyes son otras, puesto que está consagrado al alto servicio de Dios y de la república.

EL MARQUÉS.- (Suspiro.) Terrible carga, Sarabia.

SARABIA.- Lo sé muy bien, Excelencia. Ha mucho que sirvo en esta casa.

Escena VI

Junto a la casa de BARTOLOMÉ. Éste es abordado en la calle por CLARA.

CLARA.- (Cáustica.) ¿Dónde vais tan apresurado, señor mío?

BARTOLOMÉ.- ¡Clara! Ah, Clara, mi amor, habéis de saber...

CLARA.- (Le interrumpe.) Tendría que saber muchas cosas, Bartolomé, pero no habéis tenido la delicadeza de decírmelas vos mismo en dos días enteros.

BARTOLOMÉ.- Ya os expliqué, Clara, que tengo parientes.

CLARA.- No me habéis presentado a esos parientes. Sé que, a más de los aposentados (a los que nunca vi por vuestros celos alocados), han venido dos primos. Uno tiene cara lampiña y ademanes afeminados, y con esto nada quiero decir. Y el otro es un chiquillo que anda para arriba y para abajo, y se le ha visto frecuentando lo mejor de la corte en los Caños del Peral. Buena familia, no es para voceada en el mercado.

BARTOLOMÉ.- Esta tarde quería veros, porque hay cosas muy graves que...

CLARA.- Claro que hay cosas graves, Bartolomé. ¡Las hay, y muy graves! Y vos las comprobaréis dentro de poco si no me dais satisfacción cumplida.

BARTOLOMÉ.- Precisamente era eso lo que...

CLARA.- ¡Basta! Necesitaba deciros esto, y os lo he dicho. No quiero ni una palabra más, ni una protesta más, ni un triquiñuela más, ni una mentira más...

BARTOLOMÉ.- ¡Alto ahí, señora Clara! Que yo no he dicho apenas palabras, y mucho menos mentira o triquiñuela. Os digo y os diré que tengo asuntos graves de familia, y que es de mi incumbencia y de la de mis parientes intentar resolverlos con mesura. Acepto que falté a mis deberes para con vos, mi bienamada, pero me pudre que no sepáis comprender mis quebrantos.

CLARA.- ¡Es todo lo que tenía que oír! ¡Atreverse a mentirme y a gritarme en medio de la calle, a mí, a Clara

Briones, hija de Celso Briones! ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que podéis seguir de francachelas y paseos por el Prado, de noche, con esos parientes, que yo sé qué hacer con mi vida y con mi palmito!

(Sale de escena, colérica.)

BARTOLOMÉ.- ¡Dios mío, Clara! ¿Dónde vais...?

(Entra MARÍA en escena, de hombre.)

MARÍA.- Primo, ¿qué os pasa? ¿Era Clara esa joven?

BARTOLOMÉ.- **(Se encoge de hombros.)** Sí que lo era, primo don Luis.

MARÍA.- Don Luis, sí, ese soy yo. Y vos sois prudente al llamarme así. Pero... creo, primo, que habéis tenido pendencia por culpa mía. Y no quisiera...

BARTOLOMÉ.- **(Le señala, como si tuviera la culpa de algo concreto.)** ¡Primo!

(MARÍA se detiene y mira a BARTOLOMÉ, que ostenta un gesto muy severo.)

Sabed una cosa, primo: tenéis cara lampiña y ademanes afeminados. Pero eso, ah, eso no quiere decir nada. No, nada.

(Se miran. Permanecen en silencio, pero no ríen. Al cabo, MARÍA abate la mirada.)

Primo, cuánto daría por veros en vuestro natural...

MARÍA.- **(Sonríe, turbada.)** Será pronto, Bartolomé... Pronto.

Escena VII

Oscuro interior. EL FRAILE y EL NIÑO Alonsillo Ojeda, ahora llamado Crispín.

EL FRAILE- Conmigo vas a vivir mejor, como un príncipe, que es lo que eres. ¿No sabes lo que te preparaba ese maldito ciego? ¿Eh, no lo sabes?

EL NIÑO.- (Receloso.) No, padre...

EL FRAILE- Un día te lo contaré, Crispín. Y también te diré cuál es tu verdadero nombre, que a lo mejor ni tú mismo lo sabes.

EL NIÑO.- Sí que lo sé.

EL FRAILE- ¿Sí? Era de recelar. No eras tan pequeño... ¿Recuerdas a tu madre?

EL NIÑO.- Sí, padre.

EL FRAILE- Hasta yo me acuerdo de la mía, mira lo que te digo. Pero ahora hay que cambiarte de ropa. ¿De dónde te sacaron esos andrajos?

EL NIÑO.- Eran de Roque Quiñones, que murió de repente al volver de la Romería.

EL FRAILE- ¿Del Trapillo? Bebería lo suyo, el zagal. ¿Qué edad tenía ese Roque?

EL NIÑO.- Nueve años ya, pero estaba muy chico.

EL FRAILE- Y a ti te dieron los harapos y a él la hoya, ¿no es eso? En mi tierra, a los niños malos se les dice «chica güesa tú hagas». Y a ese pobre Roque debieron de decírselo por lo menudo. ¿Era listo ese Roque?

EL NIÑO.- Mucho. Sabía de la uña como nadie. Era el mejor que entrujaba lienzos.

EL FRAILE- Bien te han aleccionado los del ciego y los del tal Cabezas. Pues yo tengo para ti mejor ropa que la de ese pobre bellaco. Mírala (**Le enseña unas ropas al niño.**) Ahora, quítate ese argamandel. (**EL NIÑO permanece quieto.**) Que te lo quites, te digo. ¿No ves que esto que te traigo es más bonito?

(EL NIÑO retrocede apenas, y EL FRAILE le toma de la muñeca.)

¿Te da vergüenza que te vea la colita? Pues de hoy en más, te la voy a ver muchas veces al día. Y a tú a mí.

(Ríe. EL NIÑO está atemorizado.)

Escena VIII

Luz sobre COSME EL VIEJO, y sobre GASPAR.

COSME EL VIEJO.- Era mi primillo una aguja en un pajar. Su carita y su alma las sepultaban las miles de caras y almas que por la corte hormigueaban. ¿No pasará a nuestro lado sin saberlo? ¿No lo tendrán oculto? ¿Y si ya no está en la corte? Madrid recorríamos María, primo Bartolomé, los capitanes y yo en pos de indicios que llegaban, siempre engañosos, de niños y mendigos, de calles y plazas en que la villa se convertía en aduar de olores y mezcla de gentes deshechas. Y con sumo cuidado, no se nos viese observar en exceso. Era yo más indicado para mirar sin provocar recelos.

GASPAR.- (Interrumpe, según su costumbre.)
Abuelo...

COSME EL VIEJO.- ¡A callar! **(Calla GASPAR, que sigue escribiendo.)** Y en una de esas, hube de ir a ojear un hatillo de chiquillos mendigos y ladrones que operaba por Barquillo y San Lucas. De nadie se ocultaban, mas ni rastro de Alonsillo en los días en que por allí aparecí. El segundo, retirábame por San Antón, y de pronto...

Escena IX

Una calle por la que camina el joven COSME. De una casa, un hombre saca a empujones a un chiquillo como nuestro COSME. El hombre le increpa. EL NIÑO deglute a toda prisa unas sobras. Con el corazón en un puño, COSME contempla la triste escena.

HOMBRE- ¡Fuera de aquí, que no quiero volver a verte!

CHIQUILLO- ¡Dejadme que termine de comer!

HOMBRE- ¡Ya has comido bastante! ¡El que no trabaja, no come!

CHIQUILLO- ¡Sí trabajé! ¡Corté leña y acarreeé la esportilla del Buen Suceso!

HOMBRE- ¿Y con eso crees que has de comer? Ya te basta con esa sopa.

CHIQUILLO- ¡Qué sopa! ¡Que pura agua era...!

HOMBRE- ¡Que no te vuelva a ver, te digo!

(Le amenaza con un garrote, y EL NIÑO se pone en salvo. Desaparece el hombre. El chiquillo se ovilla en un rincón. COSME no deja de mirarlo. Lo advierte el otro.)

CHIQUILLO- ¡Qué mira vuestra merced! ¿Le complace esta mojjanga?

COSME- No quiero ofenderle... ¿Le han engañado a vuestra merced?

CHIQUILLO- Y tanto. Trabajo para esos herejes, y ni para comer. Ese enjuague era lo primero que veían mis tripas en dos días. ¿Tiene vuestra merced un cacho de pan?

COSME- No llevo encima...

CHIQUILLO- Se le ve bien comido a vuestra merced, no va a llevar un mendrugo para hincarle el diente entre faenas. Maldita sea mi suerte.

COSME- Tengo alguna moneda.

CHIQUILLO- **(Pretexta un orgullo poco creíble.)**
Nunca pedí limosna.

COSME- No se ofenda. Quisiera una empanada, y no sé dónde tirar.

CHIQUILLO- **(Se levanta, excitado.)** Suba a San Ildefonso, y allí será servido.

COSME- Bien quisiera que vuestra merced se sirviera conmigo.

CHIQUILLO- En marcha, me agrada vuecé. Soy Pedro Bueno. **(Caminan.)**

COSME- Yo soy unas veces Mateo y otras Cosme Esquivel.

PEDRO- También yo uso de veces algotro nombre, es buena prudencia. Mas vuestra merced no es de aquí.

COSME- No, vine a la corte... en busca de unos familiares.

PEDRO- ¿Los buscaba vuestra merced ayer en el recodo de San Lucas?

COSME- ¿Me vio vuestra merced?

PEDRO- También la caterva de pillos que a pique si le asalta por la faltriquera. Les extravió otra bolsa que acabó en sus manos sin que el dueño se percatara.

COSME- Pues hoy volví por allí, y no advertí que me reconocieran.

PEDRO- Tenga vuestra merced certeza de que sí, mas es mucho su disimulo. Estos barrios altos son para aguiluchos más que para perdices, y no es por faltar. Por edad no, pero lo demás apunta que ignora embaucamientos y a que lleva algo apetitoso. Es la corte más peligrosa que la guerra contra los herejes de Alemania, aunque se dice que más alegre. Ahí está el de las empanadas.

(COSME compra dos empanadas. Comen.)

PEDRO- **(Come con feroz apetito.)** Si algo busca, pregúnteme, le cobraré afición.

COSME- Yo nada busco. Qué se figura...

PEDRO- No me disimule, que yo no soy del gremio que vuestra merced ojea, pero tal vez lo conozca por la cercanía de mi oficio. Soy sportillero las más veces, que es cargar con las compras de otros por una miseria o un plato de comida. O paje, si se necesita un mancebo que sirva a dama o caballero forasteros. También mozo, criado y algún otro menester con gentes de Santo Domingo y sitios peores, mas

prefiero callar, no se haga vucé mala idea de mí.

COSME- ¿Santo Domingo, dice vuestra merced...?

PEDRO- Y barrios peores. Mas ¿no tiene hambre vuestra merced?

COSME- No. Me basta lo que he comido.

PEDRO- Pero si no ha comido ni la mitad. Sí que es pena tener que arrojar esto al lodo. Pero no se pudra, que presto sacrifico lo que sea. ¿Nos decimos de miráis?

COSME- De acuerdo, amigo Pedro. Tomad esta empanada, si no os cansa.

PEDRO- ¡Qué ha de cansarme! Traed acá. **(Come.)** En fin, decid qué buscáis.

COSME- Un niño. Y un tal Cabezas.

PEDRO- ¿Ese Cabezas no se llamaba Restrepo?

COSME- No lo sé.

PEDRO- Si es el mismo, sabed que yo le he servido a menudo, y que ha tiempo que no se le ve en la corte. Hombre como él, no cierra covachuela ni tiene llano el traspaso a otros corrales. Una de dos: o ahogo en caponera, o sofoco de garrotillo.

COSME- No os entiendo.

PEDRO- Ya me iréis entendiendo. Y en uno y otro caso, sus bienes los mercó alguien, que aquí no hay herencias. Habéis dado con quien os hacía falta, con Pedro Bueno. No desmiento el apellido, aunque mi padre lo refutara. Hay que buscar ya.

COSME- El ciego...

PEDRO- Eso me complica el acertijo, Mateo. Mas quién sabe...

GASPAR- **(Escribe.)** Y así fue como conocí a Pedro Bueno, que fue pronto muy mi amigo. Le abordé por caridad, y acabó siendo de mi interés. Como ha de verse.

COSME EL VIEJO- ¡Y quién os dicta esas palabras, osado escribano!

GASPAR- El sentido común, abuelo. ¿Quién, si no? ¿Acaso queréis borrarlas?

COSME EL VIEJO.- (Reprime una sonrisa.) No tal. ¿Cómo he de oponerme yo, a mis años, al sentido común que sale de la pluma de un niño?

Intermedio: siete ariosos

**Siete personajes, cual si hablaran con el público,
aunque no es así.**

**Son (y ha de ser ésta la simetría, y tales las contiguas
disparidades): DON LOPE, MARÍA, EL NIÑO
Alonsillo, EL CIEGO Molina, el joven COSME,
BARTOLOMÉ y doña BEATRIZ.**

DON LOPE.- Dichoso aquél cuya dicha es débil y no encela al poderoso. Feliz era yo, feliz mi dama, nuestros esponsales prontos, todo brillaba en demasía para estos tiempos de oscuridad en la república. Fui poeta -que todo lo quise-, de los que señalan vicio y abuso en quien habría de dar protección por su dignidad y misión. Uno de los viciosos me señaló para desdichado. Lo soy, y a ti te arrastré, Beatriz, luz que me diste luz y ahora te apagas, prisionera del demonio. Al demonio he de arrancarte y devolverte vida, honra y sueño. ¿Quién tal desafuero sufra? No soy pechero, no artesano, no con las manos trabajo. ¡Maldito marqués de lacra, caballero soy, y tengo sede y mando grey!

MARÍA.- ¿Qué tienes, primo Bartolomé? ¿Qué tienes que no atiendes a lo que de comer te da, ni a la pesquisa de los buenos capitanes en busca del niño, aguja en un pajar? Por no atender, ni atiendes a la que ha de ser tu esposa. **(Mira a uno y otro lado.)** Sea ésta quien sea, y sea quien vaya a ser, que yo nada digo, primo Bartolomé.

EL NIÑO.- Crispín me llamo y Crispín no soy. Recuerdo llamarme no sé si Alfonso, o Alonso, o Ambrosio... Me acuerdo de mi madre, cual dice el padre fraile, que se pone contento al tocarme volviendo de con la italiana. De veces, me confiesa, y me hace rezar penitencias por mis pecados, y rezo además por mi madre sin cara. Él sí sabe cuyo soy, mas de decirlo se guarda. Puedo desertar de su dominio, que no es de gusto para otros mendigar, murciar o terciar en engaños. Y a él le temo menos que al ciego, y menos que a los muchos amos que tuve desde que me trajeron de la aldea que imagino con pena. Mas para qué desgarrarme, si aquí y

allá todo es miedo y, cuando no, pura hambre. Y si nadie vino en mi busca, es que nadie soy. Y ya que no Alfonso, Crispín y Crispín seré.

EL CIEGO.- (Iracundo.) ¡Si levantarás la cabeza, Claudio Cabezas! Eso dije a poco de morir tú, mas por muy otra alcance, cuando con lo tuyo me quedé, y a buen precio. Valentones, niños, casas, armas y atavíos. Tu ganancia. La mía y la tuya juntas: yo iba a ser el más grande de Arroyo Leganitos a la Puerta de Vallecas. Lo soy, pero ya lo ves, no puedo responder a una ofensa como el ofensor merece. Un mísero secretario. Yo soy hombre del marqués. Yo hablo con él. No con un secretario. Soy el bravo Molina. Y de Molina dependen quince valientes, treinta coimas y otros tantos niños de hurto y deleite. Molina no habla con secretarios. Ríe, Cabezas. Ríe de ver que no sé si echar mano de esos hombres para lavar esa ofensa que me pudre y me está pudriendo.

COSME- Soy Cosme. Cosme Esquivel. Y aquí lo sé. He venido a la corte para saber que soy Cosme Esquivel. Ayer no era Cosme. Aquí sabré lo que es ser Cosme Esquivel. Soy Cosme, y ese Cosme es más Cosme en busca de su primillo Ojeda. Soy Cosme Esquivel, que esquivalea y cosmea cada vez más, cerca (el corazón lo dice) de hallar salvo al pequeño Ojeda. Soy Cosme Esquivel. Cosme Esquivel. Cosme Esquivel.

BARTOLOMÉ- Prima, mi prima -prima mía de entonces- mi prima de ahora -prima en busca del robado niño- prima mía de las miradas perdidas -mi prima del disfraz y la altanería de fingido caballero- prima mujer y caballero prima -mi prima y mi primo- prima mía, prima niña -prima novia, prima madre- prima amiga, prima amor. **(Pausa. Grita.)** ¡¡Prima, amor!!

BEATRIZ- Tanto me amaste, Lope, que Dios castigó tu idolatría y mi pasar plaza de soberbia. Tanto me amaste, que la atención llamé, y me lanzaste bendición que se tornó condena. Tanto me amaste, que amaste a la Beatriz que fue, no la que es ahora. Que siendo, voy sintiendo que soy menos Beatriz. Tanto me amaste, que amaste a la que se fue, y ya no podrás amar a la que está siendo, y siéndolo está sintiendo que quiere su muerte ver. Pues si muerte es no ser, yo quiero no ser ahora, antes que no ser señora del amor de mi don Lope. Soy la triste paloma que aguarda al cruel gavilán. No, mas buitres, que arrebatan honra, vida, sueño y fe. Si me amaste, Lope, ahora recuérdame.

Jornada IV

Escena I

Una calle. Hablan una sirvienta y un galán, JUSTINA y MARCELO.

MARCELO.- Justina mía, seguro estoy de que es vuecé dama disfrazada. ¿A qué estas burlas, señora, en un pobre caballero que llega a la corte de pretendiente del rey?

JUSTINA.- ¿Y qué pretende vuestra merced en la corte, don Marcelo?

MARCELO.- Un empleo en palacio que se me debe y que ya va a resolverse. Sólo me falta dama a quien amar e instalarme en la Encarnación, o ahí cerca. Y me agrada la sencillez con que simula vuecé, que mi amada ha de resplandecer en modestia.

JUSTINA.- (Halagada.) Le digo y repito a vuestra merced que soy del servicio de ese palacio, y no más que eso. Bien quisiera ser dama, pero se ve que no puedo serlo ni que nazca otra media docena de veces.

MARCELO.- Muchas quisieran ese refinamiento, la dulzura de ese cutis, el ángel de ese rostro, la frescura de esos labios. Muchas, siendo damas. No siéndolo, bella Justina, se os ve elegida de Dios para sacaros de la condición servil.

JUSTINA.- Ah, cómo sabe dar cordelejo, señor caballero.

MARCELO.- Hablar quisiera con vuestros padres, que habríamos de vernos de hoy en más como algo más serio que una plática de calle.

JUSTINA.- Ay, mis padres. Están muy lejos, en una aldea que recordar no quiero. Hablar tendría con el ama de casa del marqués. Pero yo no he dicho sí a nada, ni gana tengo, ni dejo de tenerla. Bueno sería palabra de novio tras dos tumbos en la calle.

MARCELO.- Verla quiero esta tarde a vuestra merced.

JUSTINA.- Tendrá que aguardar a mañana.

MARCELO.- Ay de mí, Justina, ¿por qué tanta crueldad?

¿Qué tiene vuestra merced para esta tarde?

JUSTINA.- No puedo decirlo. Avío de ropas y caprichos para quien nadie sabe.

MARCELO.- ¿Y dónde es eso, que tanto me daña?

JUSTINA.- En la Quinta de los Olmos, que allá he de trasponer con los carros de la casa. Mas, ay mi lengua. ¿Por qué contarle nada a vucé, si nos lo tienen prohibido?

MARCELO.- ¿Y qué se me va a mí esa quinta o ese olmo, señora de mis pensamientos, si lo que me importa se me va entre olmos? Que no se me cocerá el pan hasta verla mañana aquí mismo, o esta misma noche, si se terciara.

JUSTINA.- De noche se pierden las honras aún más fácil que de día. Habrá de esperar a mañana, don Marcelo. Que si vuestra merced es de ley, aquí estará.

MARCELO.- Aquí estaré, dueña mía. Sin sueño, y soñando con vuestra merced.

JUSTINA.- ¡Quitapelillos es don Marcelo! Veremos mañana, y al otro, si tiene cuerda tanta lisonja. Hasta mañana.

MARCELO.- **(En un suspiro.)** Hasta mañana.

(Vase la muchacha. Surge entonces CHAMORRO.)

CHAMORRO.- ¿Esta vez sí?

MARCELO.- **(Ríe, burlón de la escena que antes sostuvo.)** Ya lo creo. Ahora no hay duda. Es en lugar llamado Quinta de los Olmos. Pero no sé dónde pueda estar.

CHAMORRO.- Habrá quien lo sepa, pierde cuidado. Ha costado llegar al hilo, pero ya andamos cerca del ovillo. Muchacho, es el momento de la verdad.

MARCELO.- Lo siento por la mucama. No era manca, y habría que verla sin ese horror de vestido, cubierta sólo por los granos de la piel.

CHAMORRO.- Que no han de ser pocos. Y ojo, que si no manca de boca, sí parece coja de vista. No te envanezcas, que mujeres como ésa puedes lograr tres de una jugada. No hay quien le diga lindezas. ¿Cómo, si no, encandilarla con

cuatro palabras?

MARCELO.- El caso es que ella ha dicho el doble, sin avisarse de nada. De ahí enfrente saldrán unos carros camino de la tal quinta.

CHAMORRO.- Esto se calienta, galancillo. Apresta la espada y aprieta los dientes, tú que los tienes.

Escena II

MARÍA y BARTOLOMÉ visitan una prisión, y les atiende un OFICIAL.

OFICIAL.- Claro que sabemos quién es Claudio Cabezas. Yo le conocí hace tiempo, y siempre vile malquisto y taciturno. Hablaba y amenazaba poco, pero una señal suya con una uña larga servía para que un cristiano se despidiera de este mundo sin decir adiós. Se hacía llamar Restrepo, pero era fingimiento. Llegó a creerse intocable al servir a casas nobles, y sus gentes cercenaron pescuezos de cabezas que estorbaban a apellidos ilustres. Así es la corte, amigos míos. Los nobles vinculan a los rastreros y se valen de ellos. La rahez cree servirse del ilustre, y raras veces es así. Cabezas hizo matar a un caballero en nombre de quien no puedo nombrar, que es Grande de España y no se descubre ni ante el Rey Católico. Ese Grande dejó caer a Cabezas desde su poca altura, y el tacaño se estrelló como caído desde lo alto del sombrero que eternamente abriga la testa del noble. Cabezas perdió su cabeza y el Grande sigue con un sombrero en la suya.

(El OFICIAL, durante la charla siguiente, busca entre un montón de calaveras.)

BARTOLOMÉ.- **(Anonadado.)** ¿Hemos entendido lo que hemos entendido?

MARÍA.- Sí, no hay y a cabeza encima de Cabezas. Ni siquiera cabeza habrá.

OFICIAL.- Sí hay cabeza, que aún no ha venido hogaoño

la trituradora para hacer mortero con calaveras. Mas no se impacienten, que son muchas las cuencas vacías que llaman desde los anaqueles y una mitad las sonrisas crispadas que fingen alborozo.

BARTOLOMÉ- Turbia compañía del oficial y la tropa que esto cuida.

OFICIAL.- A todo se acostumbra un cristiano, y a todo un moro, y a todo un judío. Todos acabamos viendo el montón de calaveras como materia para ladrillos.

MARÍA.-¿Ladrillo serán Claudio Cabezas y su compañía del cadalso?

OFICIAL.- Ladrillo serán, mas no hubo cadalso. Hay tanto condenado, que no se puede solemnizar todo pescuezo que se rebana ni todo gazonate que se agarrota.

MARÍA.- ¡Desdichados!

OFICIAL.- Y que lo digáis, hermano. Es desdichado el que a otros procura desdichas. Es desdichado también el que, como éstos, sufrió desdichas. Matarlos no fue un acto de justicia, sino una rutina como la de cortar malas hierbas junto a los sembrados. Volverán a aparecer; pero éstas, hay que quitarlas.

BARTOLOMÉ- (**Impresionado. A MARÍA.**) Primo, y a que sabemos que Cabezas y toda la banda yacen en esos anaqueles, nada tenemos que hacer aquí.

OFICIAL.- Sí tienen. Se le ve a vuestro joven primo deseoso de ajustar cuentas. Ya sabrá volverse a cubierto cuando vea las melladuras del mal bicho.

MARÍA.- Perdonadme, primo Bartolomé. Nos marcharemos de seguida, que ahora debo soportar este trago después de buscarlo desde tan lejos.

OFICIAL.- (**Encuentra lo que busca.**) No había pérdida, ya sabía yo. Aquí está. Lo que él sabe, tal vez lo sepa otro, pero nadie más cerca para preguntar por lo que tanto preocupa a vuestras mercedes.

(**Toma una calavera, que lleva colgado un letrero, y se la pasa a MARÍA, que la toma con aprensión.**)

Dicen que quien mal anda, mal acaba. Y es así, salvo con

amistades en palacio, consejo o audiencia. Creyó él tenerlas, y erró.

MARÍA.- (Se sobrepone. Mira LA CALAVERA, que tiene en una mano, extendido el brazo.) Claudio Cabezas. Eres tú, ¿verdad?

LA CALAVERA.- Sí.

MARÍA.- Vengo buscando a mi primo Alonsillo Ojeda. Por la salvación de tu alma, dime dónde puedo encontrarlo.

LA CALAVERA.- En la plazuela de Santo Domingo.

MARÍA.- ¡Maldito seas, Cabezas! Eso lo sé yo. Dime dónde puedo encontrarlo.

LA CALAVERA.- En el Campillo de Manuela.

MARÍA.- En el Campillo de Manuela.

BARTOLOMÉ.- Callad, es escarnio gritar a los muertos, así fueran canallas.

OFICIAL.- (Con escarnio burlón.) Devuélvame eso vuestra merced, que es propiedad del Rey. (Recupera LA CALAVERA.) Talmente como si estuviera platicando con el malo de Cabezas. Habla vuestra merced del Campillo de Manuela, ¿sabe lo que es?

MARÍA.- Es la primera vez que lo oigo.

BARTOLOMÉ.- Primo, no os burléis.

OFICIAL.- (Mordaz.) No se burla. Son los humores y el nervio. Este primo castellano de vuestra merced está convencido de haber hablado con Cabezas. No le veo con fuste, ni edad ni barba como para burlarse de nosotros. Pero alguien le tiene que haber contado lo que se cuece por el Campillo de Manuela.

BARTOLOMÉ.- ¿Qué insinúa vuestra merced?

OFICIAL.- Nada, sino que yo les hacía favor por intermedio de un amigo, y no me gusta que queden dudas sobre el disimulo de mi honra. Así que abonen vuestras mercedes el montazgo, y cada mochuelo a su olivo.

(Deja LA CALAVERA en el montón del que la sacó.)

Incluido este mochuelo de tan escaso vuelo.

BARTOLOMÉ- Disimule, señor Oficial, nadie ha querido ofenderlo.

OFICIAL- Eso creo, visto el pasmo del joven primo. ¿No le dio un aire?

MARÍA- **(Desazonada, continúa hablando a LA CALAVERA, ahora situada en lo alto de la pila de cráneos mundos.)** ¿Quién ha de darme razón de mi primo?

LA CALAVERA- Nadie. Habrás de granjeártela tú con tus mañas.

MARÍA- ¿De dónde he de partir, y de quién?

LA CALAVERA- Un ciego y un fraile y un camposanto. Lo dijo la buena anciana. Lo demás, tus mañas y las de quienes te presten concurso.

MARÍA- ¿Cuándo?

LA CALAVERA- Tú has de averiguar cuándo. Cualquier día, un atardecer.

MARÍA- ¿En el Campillo de Manuela?

LA CALAVERA- En lo que va de la plazuela de Santo Domingo al Campillo de Manuela. Cualquier día, un atardecer.

MARÍA- Un ciego, un fraile, un camposanto...

LA CALAVERA- Sí.

OFICIAL- **(A BARTOLOMÉ.)** Cuide vucé de este joven, que no sólo tiene aspecto de capón, sino que puede llamar la atención del Santo Oficio. La Santa Iglesia se arroga derecho exclusivo de plática con los muertos. Y excluye a los demás mortales.

BARTOLOMÉ- Razón de más tiene vuestra merced. Dios nos libre.

(MARÍA, ajena y en masculino atuendo, parece seguir charla con LA CALAVERA, sin gestos ni palabras. Curiosidad burlona del OFICIAL que, obtuso el gesto, podría convertirse en acerbo agraviado. Inquietud del primo, que lo advierte. Silencio rígido.)

Escena III

En la Quinta de los Olmos, una de las propiedades del MARQUÉS. Repasa éste una pequeña reserva de sevicias destinadas a la servidumbre más distinguida.

EL MARQUÉS.- Mal, Águeda. Error de Sarabia es confiaros asunto tan delicado.

ÁGUEDA.- Excelencia, la muy perversa no quiere comer y no para de llorar y suspirar. Tal como si quisiera darse muerte. Sé que lo hace porque me ha tomado ojeriza. Otra en su lugar comería y bebería, y ya se vería más tarde.

EL MARQUÉS.- Si os ha tomado ojeriza habrá que encargarle el asunto a otra persona. No habéis sabido serle simpática, y eso que aquí se le regala y homenaja.

ÁGUEDA.- Excelencia, soy la más fiel dueña de su casa desde mi infancia.

EL MARQUÉS.- Y de eso hace ya unos cuantos años, ¿verdad, doña Águeda? No os ofendáis. Sólo quiero que traigáis a esa arisca dama. Y que se haga como encargué.

ÁGUEDA.- ¿Cómo encargó su Excelencia...? Pues, sí, sin duda, así será, se habrán cumplido todas las órdenes de su Excelencia.

(Entra otra dueña, algo más joven. Aparte, a ésta.)

Doña Leonor, ¿qué órdenes se dieron para la enfermiza esa?

LEONOR.- Que comiera, y bebiera... Y no sé más...

ÁGUEDA.- **(Irritadísima, pero intentando que no lo advierta el MARQUÉS; que parece furioso, pero en realidad está muy divertido.)** ¡Maldición! ¡Ha de ser algo más.

LEONOR.- Ligeras de ropa, dijeron.

ÁGUEDA.- ¡Claro, torpe...! Traedla ahora mismo, ligeras de ropa.

(Vuelta hacia el MARQUÉS, vase doña LEONOR.)

Excelencia, ya llega la dama, según las instrucciones.

EL MARQUÉS.- No tembléis, doña Águeda. Ya os tiembla de sólo el papo como para que ahora os tiemble también la magnitud toda de vuestro pandero.

ÁGUEDA.- ¿Pandero...? **(Intenta esforzarse en sonreír, sin conseguirlo.)** Oh, qué cosas tiene vuestra Excelencia. Precisamente, le decía a doña Leonor...

EL MARQUÉS.- **(Desabrido.)** ¡Basta! Como sabéis, he traído la guardia. Si antes de un minuto no está aquí esa dama, y en las condiciones requeridas, y sin derramar una lágrima, vuestro pandero apreciará el sabor de la pólvora de los mosquetones.

ÁGUEDA.- **(Tiembla más aún.)** ¡Lo que diga vuestra Excelencia...! ¡Yo...!

(Se echa a llorar, y sale de escena apresuradamente.)

EL MARQUÉS.- **(De repente, se le evapora la ira. Razona como lo más natural, en tono ecuánime.)** Está bien que las mujeres lloren y tiemblen ante los hombres. Tiembla la marquesa, que es una santa; tiemblan las damas de la corte, que dicen que soy un diablo (y lo soy, a qué negarlo); tiemblan las mujerucas de la mancebía, tiemblan las gañanas de mis fincas, tiemblan las monjitas del Convento y tiemblan estas dueñas de mi casa. ¿Es esa Beatriz la primera que llora y tiembla por mí sin haberme visto nunca?

(Regresan las dueñas. Traen a doña BEATRIZ, que lleva algunas ropas encima. Asombro del MARQUÉS ante la insólita belleza de la prisionera. La dama casi tiene los ojos cerrados. Sin lágrimas, pero con trazas en toda ella de enorme sufrimiento. Temerosas, las dueñas intentan sonreír ante el logro probable de su comisión.)

EL MARQUÉS.- **(En un suspiro.)** ¡Cuán bella sois...!

BEATRIZ.- **(Tras breve silencio.)** Cuán desdichada...

(Alarma de las dueñas.)

EL MARQUÉS.- (Fulminado todavía, no sabe qué decir.) ¿Os llamáis Beatriz?

BEATRIZ.- (Niega. Reprime el llanto. Con dignidad.)
¡Me llamo Lucrecia!

EL MARQUÉS.- (Desconcertado.) ¡Cómo!

BEATRIZ.- ¡Y tú te llamas Tarquino! (Abrió los ojos del todo. Mira con dureza, digna, víctima bella de rostro y de alma.)

EL MARQUÉS.- (Tarda en recuperarse.) Creo... Creo que sé lo que queréis decir... (Pero la verdad es que no lo sabe. Reacciona con ira. A las dueñas.) ¡¿Es que voy a tener que quitarle yo toda esa ropa?!

(Reacción convulsa de las sicarias.)

Escena IV

Gentío en la Plaza Mayor, tarde de otoño.

El sol traspone por la Puerta de la Vega y la sombra aún radiante arrulla el jolgorio del coso.

EL FRAILE termina un parlamento, o sermón, o curación milagrosa. Una parte del gentío le presta atención al brillante charlatán. EL NIÑO Alonsillo Ojeda pide caridades para el sermoneador.

EL FRAILE.- Y ahora, hijos, id a vuestras casas y advertid siempre que paséis por iglesia o convento que allí las cosas son santas y que poco esfuerzo os llevaría a igual santidad a vosotros. Pensad al pasar en una acción buena que pudiese agrandar a las almas que pueblan esos sitios de silencio y oración en medio de la Babilonia de la corte. Un acto de pureza, como renunciar a una promiscuidad que tuvierais acomodada y que os pudiera acarrear condena del alma. O una renuncia a la gula, que quien come sin pequeño sacrificio pagano es. Y no olvidéis la caridad para con las necesidades de la iglesia. Y si todavía os queda una pequeña voluntad, la caridad para ese niño que os pide por mí, mas no para mí, sino para una causa que está por encima de todos y

sólo los niños pueden mirar de frente sin cegarse. Podéis ir en paz, amados hijos y hermanos.

(Alonsillo recogía limosnas. Suelta de paisanos. Recoge trastos EL FRAILE. Los dos capitanes miraban, disimulando burla. Al pasar ante ellos EL NIÑO, ARANDA le acaricia pero no le da. EL NIÑO, baqueano en lides limosneras, se une al FRAILE.)

EL FRAILE- (Está contento por la recaudación, y en las palabras que siguen muestra alborozo.) No ha sido mal día. Hijo, a casa derecho, no me esperes para cenar. Hoy me sirve la Renata, que será mi perdición por el estómago y por la lujuria. No seas nunca como yo, pequeño Crispín. Sigue mi palabra y mi consejo, mas no mi ejemplo.

EL NIÑO.- Lo que diga vuestra merced.

(Salen de escena, cada uno por un lado.)

ARANDA.- Atrevimiento tiene el fraile. No tardará en sacar trabacuentas con la justicia y el Santo Oficio. No se quebranta en vano la regalía de la iglesia en limosnas.

MERINO.- No pequéis de ingenuo, Aranda, que todo será más enmarañado. Siempre que paro en la corte, veo a ese fraile en granjerías que a otro le habrían valido la corozca. Sé que es amigo de soldados tornilleros, pues algunos sirvieron conmigo. Y que sólo de él y pocos más fían para sus fechorías, selectas y de gran ruido. Es cercano a los grandes, aunque haya salido rana y no valga para empuñar pluma y sellar cartas, que su natural debe de ser vagabundo. No es la autoridad, que le usa, quien ha de litigar con él, sea eclesiástica o del rey o del municipio; sino un espontáneo que se cruce en su camino por eso de la mala suerte. Que es la suerte que se cruza agotado el caudal de la otra.

ARANDA.- Y éste ha tenido buen caudal, según vos.

MERINO.- Sí, hasta ahora. Mañana, Dios lo sabe.

ARANDA.- ¿Dios se ocupa de esas cosas?

MERINO.- Para mí, que no, mi capitán.

ARANDA.- Ahí viene nuestro muchacho, capitán mío.

(Entra en escena COSME, apresurado.)

No es preciso que corras, Mateo, que no hemos visto a nuestro hombre.

COSME.- Disculpen vuestras mercedes.

MERINO.- No te arreboles, somos milicia del rey, no confesores de parroquia.

COSME.- Busqué con Pedro Bueno al ciego de marras. Sin provecho, mas divisamos hombres suyos y alguno de sus niños de rapiña; ninguno era Alonsillo.

MERINO.- No es mal camino el que seguís. Veamos, el resultado es ...

ARANDA.- Que vuestro Gamboa nos llevó a Cortina. Dos reales.

MERINO.- Y aún cinco quería.

ARANDA.- Que el tal Cortina nos llevó a Requejo. Cuatro reales.

MERINO.- Negose a regatear.

ARANDA.- Y de Requejo pasamos a un mal punto del juego, que fue perdernos en los andurriales sin recuperar la calle Mayor.

MERINO.- Lo que no impidió que perdiéramos cinco reales más.

ARANDA.- Mas pronto se engarzó todo. Vino don Luis con la milagrosa revelación del Campillo de Manuela, y ahí...

MERINO.- Ahí se acabó de extraviar todo, compadre. No abulta ese Campillo, y no se sabe qué sea Campillo ni qué calleja, mas bulle con paisanos de mal aire.

COSME.- Disculpen vuestras mercedes. Que ahí entró el relato de mi buen amigo Pedro Bueno, que allí cerca me llevó.

MERINO.- En la calle Primavera, sí, donde ni vos ni él tendrían que extraviarse, que va en ello la perdición del alma

y quién sabe si la salud, que es lo que importa.

ARANDA.- No atemorices al muchacho, que no es para tanto. El mujerío de la calle Primavera asquea a cualquiera que se haya arrancado las suciedades dos veces en una tina, y más un niño lozano como éste, que se atreve con el agua del río que acaricia su aldea. No va a caer él en esas tentaciones, habiendo otras.

MERINO.- No divaguemos, capitán, que hay que terminar esto antes de que toquen movilización, que entendido tengo que en dos o tres semanas nos vamos para Alemania a arreglar la Cristiandad, que está descompuesta y nos requiere sin consuelo.

ARANDA.- También yo lo tengo oído. Veamos. El bueno de Pedro Bueno nos puso en carril del ciego, con lo que coincidió con las revelaciones milagrosas. Mas he aquí que los ciegos del Campillo se llamaban Legión, como en las Sagradas Escrituras.

COSME.- Y Pedro no podía allegarse de nuevo allá, por no sufrir enconos graves de las malas huestes de aquellos cuarteles.

MERINO.- Con lo que, por fin, nos engañamos de ciego, y le aplicamos jubón a quien no iba en la guerra nuestra.

ARANDA.- Y ahí fue nuestra buena estrella, porque del inocente azotado...

MERINO.- No aventuremos inocencia, que no parecía. Digamos sólo que sus culpas, sin duda abundantes, eran de escaramuzas ajenas a la nuestra y al perdido niño.

ARANDA.- Talmente, cofrade. Mas ese otro ciego, de cuyo nombre no logro acordarme, sufrió dos o tres desconciertos de este verdugo (**Se señala a sí mismo.**), que apretó cordeles, propinó mosqueos y sacó revelaciones, y no eran éstas milagrosas. De ahí sacamos lo más importante. Nuestro ciego, el verdadero, debe de llamarse Molina...

COSME.- Nuestro niño debe de llamarse Crispín...

ARANDA.- Y no ha de ser muy distinto al que ahorita mendigaba para el fraile.

MERINO.- Y yo he perdido la cuenta de los gastos.

ARANDA.- Mejor: nada anima menos a la lucha que menoscabo en la hacienda.

MERINO.- Pues aquí estamos...

ARANDA.- Y estamos para dejarnos ver. En la Plaza Mayor, punto taurino, de fiesta grande y de solemnidades contra la herejía.

MERINO.- Esperando que acuda a nosotros...

ARANDA.- No recuerdo su nombre.

MERINO.- Ni yo tampoco.

COSME.- Un Ramón Maside, que sabrá reconocernos.

MERINO.- Y sacarnos monedas de la faltriquera.

(Llega hasta los tres un desconocido. Es un tipo delgado y apajarado, de mala envoltura, que lo mismo parecería dañino que manso. Es, sin duda, el tal Ramón MASIDE, que acaso aguardaba con finísima oreja oír su nombre para darse a conocer.)

MASIDE.- Dos capitanes y un niño buscan a un ciego.

(Se le vuelven los tres.)

MERINO.- ¿Su gracia?

MASIDE.- Maside.

MERINO.- ¿Y la del ciego?

MASIDE.- Si el ciego tiene alguna gracia, la tiene oculta. Sí debe de tener nombre, y hay quien le llama Molina.

MERINO.- Cuadra todo.

MASIDE.- No me conviene palique, y menos en lugar tan expuesto. Mi compadre tendría que haberles señalado a vuestras mercedes paraje más cauto. La corte abunda en ellos. Caminaré hacia aquel hueco de la plaza, en que se precipita la calle de Toledo. Que me siga el niño, no vuestras mercedes (que habrían de desatar recelos), y que me aborde cuando me detenga, en el recodo de la Compañía. De allí le llevaré a una taberna en la que suele parar un hombre del ciego Molina. Si la fortuna acompaña, lo habremos pronto.

Si no, ha de caer a una hora u otra. O al siguiente día. El niño no tendrá sino seguirle, discreto, hasta que le lleve al ciego. Todo por cantidad juiciosa.

MERINO.- ¿Y cuál es esa cantidad?

MASIDE.- Juiciosa, ya digo. Y advierto a vuestras mercedes que yo también soy juicioso. Por eso no pienso enjuiciarla más. Que está muy en su juicio. ¿Conformes?

Escena V

En casa de BARTOLOMÉ. Lee MARÍA, vestida aún de ambigua manera, por si fuera menester mudarse a lo masculino. Llega BARTOLOMÉ, con el gesto contrito.

BARTOLOMÉ.- Veo que estáis en vuestras oraciones. No quiero importunaros.

MARÍA.- No son oraciones, primo. Lectura son. ¿Creéis que libro y mujer juntos tan sólo dan para rezos?

BARTOLOMÉ.- No debería. Pero esta corte no da mucho en esas materias.

MARÍA.- No os quejéis. Mi pueblo es cosa peor. Mas ¿qué queráis decirme?

BARTOLOMÉ.- Nada, sino pidiros perdón. Humildemente.

MARÍA.- Os comprendo, primo. Estáis perdonado.

BARTOLOMÉ.- No se repetirá ya nunca. Fue un arrebató.

MARÍA.- ¿Querréis glosarlo?

BARTOLOMÉ.- ¿Glosarlo? Me veja el pleito, fuera su glosa azote de verdugo.

MARÍA.- ¿Pleito es? Pues si sentencia hubo contra vos, justo es el azote.

BARTOLOMÉ.- No os burléis, prima. Que yo mismo me arranco las barbas.

MARÍA.- Fue intención aviesa. Entrasteis en mi aposento

con ánimo de amores.

BARTOLOMÉ.- Con ánimo confuso, prima. Mas con ímpetu encendido. Os veía, os sabía cerca, os amaba.

MARÍA.- No amor. Deseo fue.

BARTOLOMÉ.- Yo creo que esto es amor.

MARÍA.- Y yo desorden de mancebo calenturiento. Sois novio de dama que no os enamora, pero que os hace saltar la cuerda aunque os place holgar encima del escaño.

BARTOLOMÉ.- Sois sagaz.

MARÍA.- No me halaguéis, que eso no descarga vuestra conciencia ni mejora nuestra sociedad para encontrar al primillo. No hay que ser sagaz para ver lo irrecusable. Mas qué importa eso, sois vos quien lo ha de resolver y lo resolveréis pronto. Ahora quiero, sí, glosar el ánimo que os llevó hasta mi alcoba a comprobar si dormía, si soñaba y si mis cabellos (recogidos en oculto moño y en mi asidua colonia) se esparcían por lecho, almohada y tablado. Ya visteis, mi caballera no es larga. No mereció la pena ponerlos en evidencia por ver una melenilla y unos hombros desnudos.

BARTOLOMÉ.- ¡Callad! Esos hombros...

MARÍA.- Mejores no son que los de Clara. Vuestro capricho los transfigura.

BARTOLOMÉ.- No es capricho. Amor es.

MARÍA.- Si amor fuera, amor yo viera, y anoche vi sólo fiebre.

BARTOLOMÉ.- Es la fiebre del amor.

MARÍA.- Una fiebre que es posible que se calme en pocas horas, después del hombro palpado, el pecho bien recorrido, los labios humedecidos y todo por fin gozado. ¿No es así, Bartolomé? ¿No podríais despertaros, ver a la prima al lado vuestro y decir: buen día prima, ya podéis decirme adiós, que yo os digo adiós prima?

BARTOLOMÉ.- (Baja la cabeza.) Bien que ser así pudiera. Y no sé como convenceros de que deseo de corazón que esa madrugada, mañana o vigilia yo os dijera: buen día, prima, es este nuestro primer despertar, y nos quedan muchos miles.

MARÍA.- ¿Quién sabe? De uno a mil hay mucho en días y en tiempo. De mil a uno, poco, de entendimiento hasta olvido. ¿Y si os admito en mi lecho y mi sueño? Mañana diréis adiós. Y presto, un adiós parecido al dedicado a la Clara regañona.

BARTOLOMÉ.- Comprendo esos escrúpulos. Por eso, Diana anoche fuisteis.

MARÍA.- Diana fui, primo. Y vos Acteón osado.

BARTOLOMÉ.- Que ahora se come por dentro, falto de perros que le devoren.

MARÍA.- Acercaos, primo.

BARTOLOMÉ.- ¿Decís, María...?

MARÍA.- Que os acerquéis. Que me toméis en vuestros brazos. Que me abracéis. Que soy una descarada, una insolente. Y que lo pagaré, porque los hombres no desean mujeres que se dejan besar, pues robados prefieren los besos, o pagados en mancebías. Que besar es ofender a Dios. Que amar y dejarse amar es mancillar la pureza de Nuestra Señora. Todo eso os digo con deciros que os acerquéis. Y vos... vos me dejáis hablar, y os quedáis cual estatua de sal o busto de nieve.

BARTOLOMÉ.- Sólo es pasmo. Dejadme acercar mi mano a vuestro rostro.

MARÍA.- (**Irritada.**)¿Acaso no es eso lo que pidiendo estoy? Venid y besarme, que se me va la paciencia.

**(Es ella la que se acerca a él y le toma en sus brazos.
Mas recapacita.)**

Ay, primo que me temo que sois hombre a regañar. Si yo también os regaño, y apenas empieza el cuento, es que llamáis al regaño y es el regaño lo vuestro.

BARTOLOMÉ.- Dejad esos pensamientos, prima, dejadlos. (**Beso prolongado.**) Oh, prima, bendiga Dios que Diana y a no sois.

MARÍA.- Esta noche cambio el nombre. O ahora. Sabed que me llamo Venus.

Escena VI

Campo, de noche. Disparos, gritos femeninos. Entran CHAMORRO y MARCELO, enmascarados; encañonan a un hombre -MANSILLA- y a las dueñas, despavoridas. Por otro lado, DON LOPE, también enmascarado, con doña BEATRIZ en brazos, desmayada.

CHAMORRO.- ¿Hay más tropa en el hormazo?

MANSILLA.- No, la guardia se la llevó el marqués esta tarde.

CHAMORRO.- Eso les ha librado a ellos, y quién sabe si a ti, que a todo veníamos dispuestos. Concluye la toma de la plaza sin bajas por ninguna de las partes.

(MARCELO hace callar a las mujeres. DON LOPE deposita a BEATRIZ en el suelo.)

DON LOPE.- ¡Rápido, mi caballo! **(A BEATRIZ.)** Beatriz, alma mía, despierta.

CHAMORRO.- Capitán, este carnicero guardaba la mazmorra.

MANSILLA.- Cuando se entere el marqués, dejaréis de ser hombres.

(MARCELO golpea a MANSILLA, que se dobla en dos y cae de rodillas.)

DON LOPE.- ¡Levanta, sicario, que tienes trabajo! Ve ahora mismo al palacio de ese sayón que tienes por amo y dile lo que aquí ha pasado.

MANSILLA.- (Doliéndose del golpe.) ¿Y no quieres enterarte de lo que ha hecho mi amo con esa fina hembra durante dos días?

(MARCELO golpea a MANSILLA de nuevo, que cae al suelo, gimiendo. Las dueñas redoblan sus quejidos.)

DON LOPE.- Déjale, será todo tuyo cuando haya cumplido su embajada.

MARCELO.- De mañana, no pasa.

DON LOPE.- ¡Quitadle las botas!

(CHAMORRO y MARCELO, que aprovechan de paso para golpear a MANSILLA, le despojan del calzado. DON LOPE se quita la máscara y muestra su rostro.)

¡Levántate, siervo de la gangrena! ¡Ve a esa carroña de marqués, y dile que hay hombres para rescatar mujeres que para él otros secuestran. Y que de hoy en más no dormirá tranquilo, por vida de este caballero.

(Va a hablar MANSILLA, pero le detiene un bofetón de MARCELO. Éste y CHAMORRO le sacan de escena, junto con las dueñas. A solas DON LOPE y doña BEATRIZ, ésta comienza a volver en sí.)

¡Beatriz!

BEATRIZ.- Don Lope, sois vos... No era un sueño. (Encendida.) Mas, no. Tenéis que abandonarme. Ya no soy vuestra Beatriz, y a no soy nada sino desperdicio.

DON LOPE.- Lo sois todo. Mi dama, mi amada, mi esposa. Y hemos de casarnos pronto, en la misma corte, a la vista de aquellos que nos han ofendido, esperando su provocación para hundirles en el infierno con la espada y con la razón.

BEATRIZ.- ¡Perdéis vuestra honra por mí!

DON LOPE.- ¡No, que es sin vos como la perdería! Victoria fuera de cualquier canalla que fuerza la debilidad de una hija de Dios y consigue con ello borrarle la vida a ella y a quien con ella había de dibujarla. No, vive Dios, que vos sois y a mi esposa...

BEATRIZ.- ¡Don Lope! ¿Me perdonáis acaso?

DON LOPE.- Nada he de perdonarnos, que sois pura,

inocente, casta y, ahora, también víctima, como fue Dios nuestro Señor. Vos sois la que a mí debéis perdonarme, que no supe escoltaros y defenderos aquella horrible mañana junto al portillo de Maravillas, que ya no habrá de maravillarnos, sino de espantarnos por siempre.

BEATRIZ.- ¡Lope!

DON LOPE.- ¡Beatriz!

Escena VII

Mentidero. Y no de poetas, ni aun de avisadores.

Calleja y fuente, paisanaje malencarado, frascas de peleón, menaje descompuesto y bisunto.

A la puerta de un ventorro hacia las afueras, en la calle del Tribulete.

EL CIEGO, resoplón -es la ira peor que un achaque-, conspira con tres de sus valentones. Uno de ellos llamase ROMERO.

EL CIEGO.- ¿Me habéis entendido? (**No responden. Con ira.**) ¡Que si me habéis entendido, badulaques!

(Se miran los tres, confusos y compadecidos del inválido.)

UN VALIENTE.- (**Miradas cómplices.**) Habla por todos, Romero.

(Asiente el otro, y hace ROMERO gesto de admitir que no hay otro remedio. Los tres están bebidos.)

ROMERO.- Molina, creo que estás algo cegado...

(Ante esta entrada, los otros dos se echan las manos a la cabeza. La reacción del CIEGO no se hace esperar.)

EL CIEGO.- ¡No estoy cegado! ¡Soy ciego, malnacido!
¡Dios te dé vida larga y memoria corta, vas a saber lo que es estar cegado!

ROMERO.- (Mira a los otros dos, apacigua a sus representados.) Molina, no quería ofenderte. Te hablaba en sentido figurado, como los poetas cuando hacen metáforas. Te quiero decir, en nombre de todos, que la hazaña que propones es temeraria por demás. De ahí nadie sale vivo, y si sale, va a galeras o a algo peor.

EL CIEGO.- ¡Cobardes!

ROMERO.- Calla, Molina. Te conviene seguir a buenas con la casa del marqués, y al marqués le viene bien tenerte como agente en estos barrios. Que el rey Felipe, será rey en el Alcázar, mas tú lo eres aquí, en Ave María, la Fe, Primavera y Lavapiés.

EL CIEGO.- ¡No me deleites el oído, maldito embrollón, que lo que quiero es sangre! Quiero muerto a Sarabia, y quiero las orejas cortadas de Vargas y de Campano.

ROMERO.- Ahí es nada. Vértelas con la casa de un Grande de España y con la banda de desgarrados más temeraria de Valencia, Cataluña, Sevilla y la corte. A los de Vargas, no hay tocarles ni la ropilla. Y a Sarabia, mucho será si le atisbamos en escorzo.

EL CIEGO.- (Estalla.) ¿Para eso os pago y mantengo?
¡Torpes, blandos, bribones!

ROMERO.- Para el carro, Molina. Que me parece que la sociedad nuestra no se tiene ya en pie. Te hemos servido por la solidez de tu casa. Tienes alquileres, mancebía, niños, armas y amistades en palacio. Y ahora, a poco de heredar el bagaje de Restrepo y añadirlo al tuyo, se te hunde el negocio. Ya no eres el de hace dos semanas. La soberbia te pudo. Somos nosotros los que nos ponemos en salvo. Y no sin reclamarte deudas.

EL CIEGO.- ¡Romero, a mí no me habláis así! ¡Canallas!

ROMERO.- Disimulemos el trato de nuestro antiguo patrón por el menoscabo que sufre su entendimiento. ¿Estamos?

(Salen los tres valientes, ligeros refunfuños.)

EL CIEGO.- ¡Tengo dineros! ¡Tengo amigos! ¡Os mataré a todos, a Sarabia, a Vargas y a ti, Romero maldito! ¡Deudas...! ¡Qué deudas tengo yo, a ver, qué...!

(Vemos aparecer a COSME, que sin duda ha estado avizorándolo todo y ahora quisiera hacerse humo. EL CIEGO lo percibe mejor que su perro lazarillo que bosteza en el rincón.)

EL CIEGO.- ¡Qué es eso! ¡Lorencillo!

(Se levanta, tenso, furioso, presa de varias iras que va a pagar aquel intruso. COSME se detiene, aterrado. EL LAZARILLO se pone en pie y le acosa, secundado por EL CIEGO. Gritos, amenazas. COSME cae en las garras del CIEGO y su destrón. EL CIEGO le agarra, lo husmea, lo huele.)

EL CIEGO.- Yo te conozco. Te he tenido delante. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Responde! (COSME calla, aterrado. Grita EL CIEGO.) ¡Responde!

Jornada V

Escena I

Palacio del marqués. Éste, irritado. Le sosiega SARABIA. Resuella MANSILLA.

EL MARQUÉS.- ¡Una ofensa! ¡Una violencia así! ¡Nunca mi casa sufrió esto!

SARABIA.- Me preocupa pensar que alguien de esta casa le habló de la quinta a la gente de don Lope. ¿Cómo, si no, habían de saberlo?

MANSILLA.- Yo puedo enterarme. Vigilaré la

servidumbre.

SARABIA.- Mejor, no. Pudo ser sólo indiscreción, una imprudencia. No hay que propagar la peste que siembran los delatores sólo por averiguar de dónde viene un comadreo. Es curar malestar leve con grave enfermedad. Si un día se sabe, castigo. Ahora, que el tiempo eche olvido.

**(Retrocedió MANSILLA, herida su disposición
soplona.)**

EL MARQUÉS.- ¡Matarlo! ¡Levantaré un ejército, aplastaré a Lope de Encinas!

SARABIA.- Excelencia, por el momento hay que obrar poco a poco. ¿No sería mejor lance liquidarlo a la sorda?

EL MARQUÉS.- Habrá que encargárselo de nuevo a Vargas.

SARABIA.- Se niega. Creo que el extraño código de honor de esas bandas de malhechores impide el encarnizamiento. Lo sería atacar dos veces a la misma víctima. Hay que terminar sin que nadie sepa, mas que sepa quien ha de saber: las casas, la corte, la opinión sabrán cómo procede su Excelencia. Con la muerte de don Lope, se acaba el pleito y queda salva la honra y el nombre de la casa. ¿Para qué más ruido y saña?

EL MARQUÉS.- Bien hasta ahí, buen Sarabia. Mas ¿y doña Beatriz? Me pudre perder una beldad que me ha apretado el corazón.

SARABIA.- ¿Qué se le da a su Excelencia de una doña Beatriz por muy bella que sea, si hay muchas doñas Beatrices que os pueden proporcionar otras cuadrillas, como la que opera en la parte de Granada, tierra de hembras beatrices y por beatricicar?

EL MARQUÉS.- Sarabia, eres único. No es que tengas razón siempre. Es que siempre sabes iluminar lo que está a oscuras. No te envanezcas, de todas maneras. Recuerda que eres secretario, no marqués. **(Miradas. Humilla SARABIA el cogote.)** Sigamos con ese Lope de Encinas... Nuestro buen Mansilla se presta, estoy seguro de ello.

MANSILLA.- De todo corazón, Excelencia. Que yo también tengo ahora mi cuenta demorada con ese Encinas.

SARABIA.- Bravo por el entusiasmo y fidelidad de Mansilla. No se hallaría ser más fiel ni en las cuadras ni en la perrera de su Excelencia. (**Risa cruel del MARQUÉS, ira sorda de MANSILLA.**) Miradle, Excelencia. Mirad ese rostro bañado por la rabia. Es pronto Mansilla a la ofensa, y eso que sabe que yo no le quiero mal. En lances como éste, no dan juego los ardorosos de su faena, sino quienes la ejecutan fríos, con desapego. Que su Excelencia platique unos minutos con el ciego Molina, que tantos servicios ha prestado a esta casa y a otras casas como ésta. Su mano no está vinculada a este solar, y puede con más seguridad para nosotros empuñar el hierro que se hunda en Lope de Encinas. El ciego hará lo que se le diga sólo por merecer la atención de su Excelencia. Si el vacío de sus ojos le priva de la visión corriente, lo denso de su vanidad le oscurece cualquier luz interior, de esas que se atribuye a los ciegos sabios.

EL MARQUÉS.- ¿Y no teméis, Sarabia, que nuestro fiel ciego caiga en el lance?

SARABIA.- Es más que probable. Pero incluso sería conveniente. Ese hombrecillo rico en bilis ya no sabe estar a la altura de sí mismo. Si hasta ahora era un servidor eficaz a cambio de que se le permitiera mantener su turbio negocio, la cosa ha cambiado, y ahora sufre por ser quien nunca será. Pues los ciegos, salvo en el Evangelio, nunca recuperan la vista. Y, peor aún, los viles nunca serán caballeros.

EL MARQUÉS.- ¡Ah, Sarabia, cómo me regocijan tu agudeza y tu arte de ingenio!

SARABIA.- En cambio, Mansilla no participa de ese entusiasmo.

EL MARQUÉS.- Mi buen Mansilla, ¿quieres que se te permita participar en el encargo que ha de hacerse al ciego Molina?

MANSILLA.- (**Jadea. Talmente, un perro.**) Excelencia, yo seré auxiliar y servidor y ejecutor con ese buen ciego, si así lo dispone vuestra Excelencia.

EL MARQUÉS.- Has de saber que ese ciego es un loco, y que en este lance has de tener doble recámara. Serás avisado a tiempo. Ahora, vete, encomiéndate a Dios, reza tus oraciones, y espera a que tu señor natural te precise y requiera.

(MANSILLA casi babea. Se inclina ante ambos, una y otra vez, recula, mira y remira con los ojos muy abiertos. Huele sangre. Está contento; cuando prospere a animal de rabo, lo agitará. Sale de escena sin volverle la espalda a los otros dos.)

EL MARQUÉS.- Me dirás que esto tampoco es prudente.

SARABIA.- No sé... Sospecho alguna determinación en vuestra Excelencia.

EL MARQUÉS.- ¿Te imaginas, Sarabia, que desaparece don Lope a manos de esos dos, y don Lope mismo se los lleva a ellos por delante?

SARABIA.- Bella chiripa sería, por cierto.

Escena II

**Una calle. Alonsillo pide limosna. Se acerca a él
PEDRO Bueno.**

PEDRO.- ¿Quién eres, rapaz?

EL NIÑO.- ¿Y vuestra merced, quién es?

PEDRO.- Soy amigo de tu amo, no malicies. Y sé algo que a ti te gustaría saber, si eres quien yo me creo.

EL NIÑO.- Me llamo Crispín.

PEDRO.- Entonces, no. Lástima, que el bocado era bueno.

EL NIÑO.- El caso es que no sé cómo me llamo.

PEDRO.- Eso es otra cosa. Llevo preguntados mil niños, y tú eres el mil y uno. Por las señas que me dio el primo, concluí que eras tú. ¿Estuviste con Cabezas, al que parece que llamaban Restrepo?

EL NIÑO.- ¿Cómo sabe eso vuestra merced?

PEDRO.- Porque soy viejo, por eso lo sé. ¿Dónde fue a parar Restrepo?

EL NIÑO.- Lo prendió la justicia y no supe más.

PEDRO.- Le rezaremos por el alma, pero más tarde. ¿A quién sirves ahora?

EL NIÑO.- A un mercedario. Es bueno, me da de comer y me perdona pecados.

PEDRO.- Algo más te hará.

EL NIÑO.- Algo más, pero sin daño.

PEDRO.- Crispín, calla el pormenor. ¿Te pasó Restrepo al fraile?

EL NIÑO.- Enantes estuve con el ciego Molina, que era más inclemente.

PEDRO.- ¿Con Molina? Pues ahora empiezo a comprender... He oído cosas de ese Molina. Parece que ha enloquecido.

EL NIÑO.- No sé decirle a vuestra merced.

PEDRO.- ¿No te llamarás Alonso?

EL NIÑO.- (**Con repentino arrebató.**) ¡Sí, ese ha de ser mi nombre! Que siempre pensé en algo muy semejante, como Alfonso, Alonso o Ambrosio, que me lo recuerdo de mi aldea.

PEDRO.- ¿Y cuál es tu aldea?

EL NIÑO.- (**Desconsuelo.**) Allá lejos, no sabría decir...

PEDRO.- ¿Tienes primos?

EL NIÑO.- Muchos. Uno jugaba conmigo. Y su hermana, a ratos, pero ella ya era moza.

PEDRO.- ¿No recuerdas sus nombres?

EL NIÑO.- (**Desconsolado otra vez.**) No, no puedo acordarme...

PEDRO.- ¿No se llamaría Cristóbal?

EL NIÑO.- (**Duda.**) No, Cristóbal no...

PEDRO.- ¿Acaso Graciano?

EL NIÑO.- (**Extrañeza.**) ¿Graciano? No, eso sí que no.

PEDRO.- No sé. Vete a saber si no se llamaba Jacobo, o Miguel... o Cosme.

EL NIÑO.- (Ha ido negando. Pero, de repente.) ¿Cosme, dice vuestra merced? ¡Sí, era Cosme! Mi primo Cosme, que jugaba conmigo y me defendía de los niños que querían maltratarme, que él no se lo permitía. (Pausa, repentina inspiración.) ¡Y su hermana! ¡Sí, su hermana se llamaba María!

PEDRO.- Eres tú el niño que ando buscando. Sabrás que conozco a tu familia.

EL NIÑO.- ¿Y a mi amo también?

PEDRO.- No, a tu amo no lo conozco, ni me hace falta ninguna. Te lo dije para que no te desconfiaras tanto. Ellos te robaron, y ahora puedes volver con tu familia en cuanto se descuide tu verdugo y fraile.

EL NIÑO.- Verdugo no es. Es bueno, y reza conmigo. Me confiesa cuando vuelve de dormir con la Renata.

PEDRO.- ¿Pero es que no te alegraría volver con tu mamá?

EL NIÑO.- ¡Y no me habría de alegrar!

PEDRO.- Pues no tienes que hacer sino una cosa. Tus primos te buscan para regresarte con tu madre, que está muy triste sin ti, y a tu pueblo, donde todos te esperan. Parán tus primos en la calle la Greda, donde un guadamacilero. Está por Cedaceros, entre Alcalá y San Jerónimo, y allí tendrías que ir. Yo mismo te puedo guiar.

EL NIÑO.- No puedo ahora, que me avizora el fraile.

PEDRO.- Tiempo de esclavo tienes, no va a ser llano arrancártelo.

EL NIÑO.- (Atemorizado.) Viene mi amo, déjese de plática.

PEDRO.- ¿Dónde paras?

EL NIÑO.- (Urgido. Quiere irse, pero PEDRO le sujeta del brazo.) Delante de la fuente de Embajadores, en el rincón de San Juan.

PEDRO.- Sé muy bien dónde cae eso. Iré a verte.

EL NIÑO.- ¡No haga eso vuestra merced!

PEDRO.- No te amilanes, lo haré sin dejarme yo ver.

(Llega hasta ellos EL FRAILE, que los observaba receloso.)

EL FRAILE- ¿Quieres algo, rapaz?

PEDRO- Nada quiero, padre. Veo que este niño no es libre. Con Dios...

(Sale PEDRO.)

EL FRAILE- ¿Qué te ha dicho?

EL NIÑO- **(Asustado.)** Nada, me quería llevar... Para pedir con él...

EL FRAILE- **(Se pone en cuclillas para acariciar al NIÑO.)** No hagas eso nunca, Crispín. ¡Nunca! ¿No querrás que deje de ser bueno contigo...?

EL NIÑO- **(Abrumado, a punto de llorar.)** No, padre, no.

EL FRAILE- No me extraña que quieran llevarte. Qué carita, qué carrillos, qué piel tan suave...

Escena III

Escena múltiple. En una sola ubicación, muchas ubicaciones.

En una sola secuencia, diversos personajes separados entre sí. Alguno de ellos está solo, y entonces clama, o increpa, o maquina.

Se finge que el destinatario es el público, o que se está con él. También puede el personaje estar con otro, como en una escena convencional, mas estos destellos proceden de un ámbito distinto al de la realidad literal...

CHAMORRO- **(Solo.)** Don Lope, tiene razón doña Beatriz. Locura sería acudir a ese encuentro solo. Yo iré a la convocatoria de ese tal Molina, el ciego, y habré de ver cuán

cierto es que os propone un trato de venganza, o si es lo que temo, un anzuelo... Decidido, don Lope. Yo iré. Seguidme, que yo os señalaré con yeso la puerta de ese bandido, y con ello sabréis dónde encontrarme...

SARABIA.- Decididamente, mi amo no tiene seso. Ni mi amo ni toda su parentela, ni todos los duques, condes y marqueses de la corte. Demasiado orgullosos, sangre demasiado caliente, exceso de prontitud para el desquite, venganzas harto fáciles y muy pródigos ellos en ellas... Lo tiene todo para gozar las Españas todas y ser el más venturoso de los hombres, y se mete en pleitos. No se atropella a un caballero. ¿Para qué? Hay pueblo llano, y es más que suficiente para atropellar. ¡Mala cabeza!

CAMPANO.- (A VARGAS.) Te lo juro, Vargas, me lo han soplado y es de fiar. Ese fraile nos ha vendido, y ahora trabaja por su cuenta, sin darnos diezmo.

VARGAS.- (Molesto por lo obtuso de CAMPANO.) Desatinas en todo, Campano. No es el fraile, es el ciego. Y que lo sepas, vinieron del palacio ése para que siguiéramos el trato, y yo me negué. Tenemos faena, y les alegué que nuestro honor no permite ahogar por vez segunda al que se ha asfixiado por primera. Nadie nos desaira, entérate.

CAMPANO.- No te entiendo. ¿Cómo puedes permitir que ese frailuco...?

VARGAS.- Y vuelta al frailuco. Quien hará el trabajo es el ciego, y a él acuden porque yo, Vargas, así lo quiero. ¿Entra en tu pardo entendimiento, sargento Campano?

CAMPANO.- Te lo juro, Vargas. El soplo es de fiar...

(VARGAS se echa las manos a la cabeza, lanza una exclamación y sale de escena. No puede soportar más a su lugarteniente. Queda éste solo y perplejo.)

CAMPANO.- No te entiendo, Vargas. Hay que hacer algo. Mas yo sé dónde hay que hacerlo...

EL MARQUÉS.- (Al CIEGO. Delante de SARABIA, que ríe entre dientes ante la credulidad del CIEGO.) Ah, buen amigo Molina, qué disgusto me llevé cuando lo supe...

EL CIEGO.- ¡Excelencia, ese Sarabia ha sido culpable de todo!

EL MARQUÉS.- Lo sé, Molina. Ya ha sido castigado, y de manera ejemplar para que los demás servidores de esta casa sepan cómo hay que trataros a vos. Molina, esta casa reposa en servicios como los vuestros. ¿Qué haría mi casa si no hubiera Molinas?

EL CIEGO.- Cuánto me gustaría que algunos que yo sé oyeran lo que dice vuestra Excelencia. Sabrían con quién están hablando, sabrían lo que pierden por no seguir el camino sensato, el que pasa por la casa de vuestra Excelencia. **(EL CIEGO percibe algo en el aire, con su sextosentido dictado por la invidencia y por una recelosa penetración de adiestrado can.)** ¿Hay alguien con nosotros, Excelencia?

(No le inquieta al MARQUÉS la asombrosa perspicacia del CIEGO, y se prodiga en guiños cómplices con SARABIA, que se esfuerza en que no le venza la risa.)

EL MARQUÉS.- Hay un par de criados, como siempre cerca de mi persona. ¿Te molesta su presencia? Dilo, que al instante serán licenciados...

EL CIEGO.- No... No era eso lo que yo pretendía, Excelencia.

EL MARQUÉS.- Te espanta el palacio, o te conmueve mi presencia. Para evitarte malos tragos ¿no sería mejor que en adelante te vieras con Sarabia? Ahora será más prudente contigo...

EL CIEGO.- **(Sofocado.)** ¡Excelencia, no, eso no...! ¡Sarabia, no!

EL MARQUÉS.- **(Continúa la complicidad de gestos, se remata el escarnio.)** Ven, Molina, prosternarte.

(MOLINA acude a la voz del MARQUÉS, que le toca la cabeza.)

Veamos lo que importa, Molina. ¿Ya has dado aviso a ese don Lope de Encinas?

EL CIEGO.- Sí, Excelencia.

EL MARQUÉS.- Pues bien, tendrá la ayuda que le he

prometido. Vas a conocer a un fiel servidor mío, que te ayudará en el lance. Se llama Mansilla.

EL CIEGO.- (Arrodillado. Exaltado, complacido, enternecido de sí.) ¡Me ha tocado! ¡Me ha tocado su Excelencia!

(EL MARQUÉS y SARABIA agitan los hombros en su hilaridad insonora.)

MARÍA.- (Sola.) ¡Cosme, hermanillo mío! Nos robaron al primo y ahora te roban a ti. ¿Dónde te metieron?

BARTOLOMÉ- Calma, prima, calma. Ya lo buscan los capitanes.

MARÍA.- ¡Cosme, Cosme, hermanillo!

EL FRAILE- (Solo. Alarmado.) ¡Renata...! Fue mal sueño, pero no soñé. ¡Me he visto muerto! ¿No debería ponerme en paz de conciencia? Son muchos mis pecados (La visión de la mujer le cambia el talante.) No te rías, Renata, tú, la triste... Alégrame. ¿Sabes qué dice ese ciego...? Que serás mi perdición. ¿Qué dices a eso, Renata...?

Escena IV

Zaguán en lo del CIEGO Molina, en el Campillo de Manuela.

EL CIEGO ha encerrado a COSME en una angosta topera, atado y amordazado.

En esta escena veremos a COSME siempre así. No pueden verle los personajes que se hallan en el zaguán en que transcurre la acción, y él nada puede comunicarlos; tan sólo reaccionará ante lo que oye y no ve, pues apenas es capaz de revolverse.

Entran EL CIEGO y MANSILLA.

EL CIEGO.- Pasad por aquí, sin temor. Si ese don Lope llega según lo acordado, llamará a esa puerta, y no nos habrá visto venir por esta otra. Sólo hay que esperar.

MANSILLA.- ¿Y por qué le habéis dado cita aquí, y no en la casa en que hemos comido, que está más apartada y permitía cautela?

EL CIEGO.- No creáis eso, Mansilla. Aquella casa del Tribulete es más apartada, y nadie nos oye, ni para bien ni para mal. Aquí, en el Campillo de Manuela, nadie nos oye si estamos dentro, y nos oyen todos en cuanto asomemos a la calle. Me da ésta más confianza, por si menester fuera salir y gritar ayuda. A más, no quiero perder de vista un pequeño huésped que aquí tengo. Mirad.

(Se dirige a la topera en que está encerrado COSME. Abre, y allí está el chiquillo, inmovilizado y mudo.)

¿Qué os parece?

MANSILLA.- **(Esto acaba de convencerle de la insensatez del CIEGO.)** Me parece un inconveniente. ¿Lo vais a dejar de testimonio?

EL CIEGO.- ¿Testimonio? ¿Qué decís?

MANSILLA.- ¿Aguardamos a don Lope, o no...?

EL CIEGO.- Lo aguardamos. Y saldrá de aquí privado de todo ánimo.

MANSILLA.- Entonces, habrá que librarse de ese chiquillo.

EL CIEGO.- El chiquillo es cosa mía, Mansilla, no os metáis en otro comercio, que ya tenemos uno en marcha.

MANSILLA.- Estáis loco, Molina. Razón tenía el marqués...

EL CIEGO.- **(Con ira repentina.)** ¡Qué decís! ¿El marqués...? ¡Dejad que me ría, mozo de mulas! Tendrías que haber visto. El marqués me ha tocado, aquí, en la cabeza, en el rostro... Me quiere, confía en mí, soy su mano derecha. Me ha dicho cosas que no podéis imaginaros siquiera, vos, que sois sólo su lacayo, y ni aun eso...

MANSILLA.- **(Picado, pero ha de calmar al CIEGO con vistas a lo que ahora importa.)** Sí, os creo una y todas las palabras. No fue el marqués. Tal vez era Sarabia.

EL CIEGO.- ¡Pobre Sarabia! ¡El castigo que le dieron! El

marqués me dice que no va a consentir que ningún Sarabia se interponga en entre él y yo. ¡Yo despacharé con su Excelencia! ¡Seré su mano derecha, no ese badulaque, ese boquirroto!

MANSILLA.- (Mueve la cabeza, convencido de que Molina no está en sus cabales.) Eso tengo entendido, sí. Pues vamos a lo nuestro.

EL CIEGO.- No cabe sino esperar a ese don Lope.

MANSILLA.- (Se enardece ante este nombre.) No sabéis cuánto lo deseo.

EL CIEGO.- Ya advierto que algo tenéis contra él. No sois fiel servidor, que su Excelencia os manda un servicio, no un resarcimiento propio. No se os paga por eso...

MANSILLA.- (No deja de sonreírse.) Y qué sabéis vos qué, cómo y por qué me paga el marqués, qué sabéis del marqués y yo, si llevo en esa casa años y años...

EL CIEGO.- ¡Porque yo he estado donde vos no! ¡Ante su despacho!

MANSILLA.- ¡Me abrumáis, Molina! Si al menos no tuviéramos delante a ese muchacho, que ha de verlo todo...

EL CIEGO.- Ese muchacho está aquí para un canje, y no os atañe.

MANSILLA.- (Saca un cuchillo grande y afilado. Lo mira y remira.) Tengo entre manos algo que sí os atañe. Y también al chico, mas es pronto. Mejor terminar antes nuestro negocio, si es que no nos da plantón don Lope.

(Golpes a la puerta.)

EL CIEGO.- (Murmura.) Ocultaos ahí, yo le abro, y vos sabéis qué hacer. Diré dos veces «ay de mí», y le tendréis de espaldas. **(MANSILLA empuña el arma y se oculta tras unos aperos. Más golpes.)** ¡Ya va, ya va!

(Abre. Es CHAMORRO.)

¿Es don Lope?

CHAMORRO.- Sí.

EL CIEGO.- Entre vuestra merced.

(Entra CHAMORRO. EL CIEGO lo sienta de espaldas al oculto MANSILLA.)

Sentaos. Hemos de tratar lo que a los dos interesa. ¿Queréis vino?

CHAMORRO.- No he venido a beber, sino a hablar. Nuestro interés es conseguir por lo menos una cabeza y dar algún escarmiento.

(Ha sacado un cuchillo semejante al de MANSILLA, y lo tiene a mano. Mira de vez en cuando a uno y otro lado.)

EL CIEGO.- Deudas de honor, ya sé. Peor derribar una honra que cortar cien bolsas.

CHAMORRO.- Y vos me llamáis para dar un desengaño parejo, ¿no es así?

EL CIEGO.- ¿De veras sois don Lope?

CHAMORRO.- ¿Quién había de ser?

EL CIEGO.- Escuchadme alerta. Es grave lo que he de contaros. Dos personas trabaron vuestro infortunio. ¡Ay de mí, ay de mí! El marqués y su secretario, Sarabia...

(Deja MANSILLA el escondite; empuña el cuchillo, hacia CHAMORRO. Éste recela y no atiende el reclamo del CIEGO, y en uno de sus acechos ve a MANSILLA. Molina afecta sigilos en vana perorata, CHAMORRO replica, y acoge con mimo a MANSILLA, que vive postrer sobresalto. Gime el criado que no fue valentón, ruge victoria CHAMORRO.

Reacciona EL CIEGO, felino: con otro cuchillo, antes oculto, salta hacia los gemidos, sobrecoge la espalda de CHAMORRO, no extraído aún su filo del pecho pasmado de MANSILLA.

Otro clamar, derrumbarse de cuerpos.

Y silencio.

Husmea EL CIEGO. Sólo oye el quejido anonadado de COSME, maullido de quien parece a punto de un colapso. Se inclina sobre los cuerpos, los toca, palpa la sangre. Se yergue. Ruge, ríe.)

EL CIEGO.- (Gozoso.) ¡Mansilla, don Lope...! Dos pájaros de un tiro.

(Limpia su cuchillo, lo oculta. Despoja a los muertos de los suyos. Gemidos de fatiga y exaltación. Oculta los cadáveres donde puede.)

¡Ya recibiréis sepultura en una poza, que cristiana no ha de ser! (COSME **no para de gemir.**) No tengas pena, pronto te irás. Recuperaré a Crispín. Piel de ángel, espalda y piernecitas dulces ... ¡Lo quiera o no el fraile! (**Llaman a la puerta.**) ¿Ya estás ahí, maldito?

(Se acerca a la puerta.)

¿Quién es?

EL FRAILE.- (Fuera.) Gente de paz. Crispín y este pobre fraile.

(Alegría del CIEGO al saber que llega EL NIÑO. Abre. Entran EL FRAILE y Alonsillo.)

EL CIEGO.- Sed bienvenidos, sed bienvenidos.

EL FRAILE.- Dos veces bienvenidos, es ninguna bienhallados.

EL CIEGO.- ¿Por qué dice eso, padre?

EL FRAILE.- Que si en mi casa me llaman vucécé, o ya me han molido o me quieren moler. Eh, no cerréis esa puerta, que he dado en no fiar en vos.

EL CIEGO.- No cerraré, mas no hay razón de desconfiar. Bebed un vaso de lo caro.

EL FRAILE.- No he venido a beber, Molina.

EL CIEGO.- (Ironiza para sí.) ¿Tampoco vuestra merced?

EL FRAILE.- Vengo a saber cuál trato es ése que proponerme queréis, aquí, lejos.

EL CIEGO.- Modere la severidad, padre, que el trato es bueno. ¿Dónde está el niño?

(Alonsillo se ocultaba del CIEGO, que por fin consigue palparlo.)

EL FRAILE.- Dejad al niño, tenéis viscosas las manos de algún mal unto.

(EL FRAILE mira las manchas de sangre en el suelo. Le señala al NIÑO, que también mira y calla.)

EL CIEGO.- He de enjuagarlas, que a fe que era malo el unto. Mas venga vuestra merced a este rincón y verá algo notable.

(Le lleva al escondrijo de COSME. Alonsillo mira con extrema curiosidad. Asombro del FRAILE al ver a COSME.)

Mire la maravilla, padre. Un chiquillo avisado, fuerte, sano. Para que me devuelva vucé a Alonsillo.

EL FRAILE.- (Del asombro a la burla.) Calmad vuestra excitación, Molina. Este niño no es de lejos, y se nota. Perdéis condiciones. ¿Crispín por ese muchacho crecido cuyos parientes estarán a punto de dar con su escondrijo? **(Mordaz.)** Soñar despierto es dañino.

EL CIEGO.- Malo el escarnio, en un trato. Temple el tono vucé, que yo le respeto.

EL FRAILE- Si respeto demandas, has de saber merecer respeto, Molina.

EL CIEGO.- Mirad bien al muchacho.

EL FRAILE- Mirado está, y buen favor te hago con olvidarlo de mis sentidos. Con esa ropa, malo será que no venga de casa principal, por parentesco o por servicio...

EL CIEGO.- No hay temor. Es más del campo que la piara de Roque. Le apresé merodeando. Algo buscaba por mi casa en Tribulete. Lo traje aquí, por mejor resguardo.

(EL FRAILE ve los cuchillos. Se aparta uno de ellos. Siguen la charla los cofrades, más importunado el mercedario, todavía lisonjero EL CIEGO.)

Se ha acercado Alonsillo hasta COSME, al que lleva observando un buen rato y del que ha oído interesado.)

EL NIÑO.- (Sobrecogido. Vigilando si le miran. A COSME.) ¿Te llamas Cosme...? (Asiente el prisionero. Tiembla Alonsillo.) Somos primos... (Asiente de nuevo COSME. Se acerca a él.) Me lo dijo todo Pedro Bueno, que te conoce bien. (Le acaricia. Desolado.) Primo, ¿qué hacemos? (Amargos gestos de COSME, contenidos para que no los perciban los verdugos.) Buscaré a Pedro, que acaso no esté lejos, y sabrá de quien pueda sacarte. (Este «diálogo» era simultáneo al crecer de la trifulca de CIEGO y FRAILE.)

EL CIEGO.- (Se levanta. Violento.) ¡El niño se queda, maldición! Lo queráis o no...

EL FRAILE- (Alerta, con el cuchillo.) Calma, Molina, no os convienen arrebatos.

EL CIEGO.- (Se detiene.) Tenéis razón. (Se palpa. Sin duda, busca el cuchillo.) Venga vuestra merced, padre, y déme un abrazo. Sellemos en paz el trato, o su falta...

EL FRAILE- (Empuña el cuchillo.) Bella es la reconciliación, hermoso es el perdón...

(EL CIEGO extrae el cuchillo, mas se adelanta EL FRAILE y le apuñala. Bramido del CIEGO, que se derrumba. Terror de Alonsillo, que se abraza al

inmovilizado COSME.)

EL CIEGO.- (En un estertor.) ¡Confesión...!

EL FRAILE.- (En pie, contempla al caído. Rebosa satisfacción, pero se contiene. Melifluo.) Hijo mío, aquí me tienes para auxiliarte en el trance de la muerte...

EL CIEGO.- (Supremo esfuerzo.) ¡¡Maldito seas!!

EL FRAILE.- (Se acuclilla. Muerte del CIEGO, que EL FRAILE comprueba.) Todo terminó para vos, hermano. **(Se levanta. Le bendice.)** *Ego te absolvo in nomine Patris et Filii...* **(Reza unos latines con sonrisa complacida. Se vuelve a Alonsillo.)** Pobre Crispín, qué refugio has hallado. Ese chiquillo con tan mala estrella, y ahora... Pero antes... **(Mira el cuerpo del CIEGO; imperativa señal al niño.)** Hay que esconderlo... **(EL NIÑO, aterrado, se aprieta contra COSME. EL FRAILE, que empieza a flojear de nervios, le arranca de allí.)** ¡Ayúdame! **(EL FRAILE instruye, jadeante; arrastran EL CIEGO y lo ocultan en escondrijo aún desocupado. Respira EL FRAILE con dificultad. Empuña el cuchillo.)** Y, ahora, lo lamento por ese amigo tuyo, pero me he de llevar su lengua...

EL NIÑO.- (Llora, suplica.) ¡No, padre! ¡No le hagáis nada, no le hagáis nada...!

EL FRAILE.- Nada tengo contra él, Crispín, mas me obliga la prudencia.

(Se abre la puerta, que el propio FRAILE había insistido en mantener practicable, y aparece CAMPANO, armado con un pistolón.)

CAMPANO.- (Que esperaba otra presencia, queda gratamente sorprendido al ver al FRAILE.) ¡Mi buen padre...! Dice Vargas que no está complicado el frailuco, y le pesco conchabado con el ciego.

(EL FRAILE, mudo. Su soberbia evaporada, se le asienta un pavor temblón. Le acosa lento CAMPANO. A un lado, Alonsillo recomienda silencio a su primo y cierra el chiscón para que no se vea a COSME. Fascinado y contento al topar con su FRAILE,

CAMPANO no ha visto niños.)

¿Dónde está el ciego? **(Silencio.)** ¡Contesta!

(Retrocede EL FRAILE, que sale de escena, seguido por CAMPANO.

Alonsillo, solo. Mira al punto por el que han salido los dos, mira al cerrado tabuco de COSME, mira la puerta que lleva a la calle, a la libertad, lejos de la tumba en que se torna la casa. Se acerca a la puerta.

Se oye entonces el grito aterrado del FRAILE.)

EL FRAILE- **(Fuera.)** ¡No, Campano, no! ¡No!

(Suenan disparos. Grito de dolor del FRAILE. Un golpe. Se oye derrumbarse un cuerpo. Alonsillo, petrificado. En ese momento surge, raudo y ligero, PEDRO Bueno.)

PEDRO.- **(Toma de la mano a Alonsillo y lo arrastra fuera de escena.)** Vamos de aquí, niño del demonio, que bien hice en acecharos a ti y a tu amo. ¿Es que esperas que te permitan salir por tu pie?

(Mutis atropellado de ambos.

Regresa CAMPANO, sonriente, satisfecho.)

CAMPANO.- Vargas es crédulo y porfiado. Cuando le cuente... A lo mejor no me cree. Lo que yo decía. Ciego y fraile están de manga. Pero ¿dónde está ese ciego? Sí que ha callado el fraile. Tendría que haberle apretado más tornillos. Me dejó arrastrar por el brío del dedo, ¡y plomo para el dómine! Si no, canta el fondeadero del secuaz.

(En pleno monólogo, CAMPANO resulta sorprendido por la presencia deslumbrante de DON LOPE, que acude en busca de su fiel servidor a través de la puerta

aún franca.

Oculto un arma corta, pero CAMPANO no la advierte.

**Tampoco advierte DON LOPE el pistolón de
CAMPANO hasta que éste lo descubre.)**

DON LOPE.- Ah de la casa...

CAMPANO.- ¿A quién busca vuestra merced, hidalgo?

DON LOPE.- Al amo de esta casa.

CAMPANO.- Está ausente de la corte. Mas si se conforma vucé con su compadre el fraile, descansa ahora un sueño. Será largo, pero si hay paciencia ...

DON LOPE.- ¿Y quién es vuestra merced, que con esa chacota me habla ...?

CAMPANO.- Alguien que puede permitirse descaros. **(Descubre la mano en la que llevaba el pistolón.)** Me llamo Campano y éste es mi feligrés.

DON LOPE.- ¡Campano! ¿De la compañía de Vargas?

CAMPANO.- Así es, hidalgo. ¿Tenemos cuenta con vos?

DON LOPE.- ¿Os acordáis de doña Beatriz?

CAMPANO.- ¿No me he de acordar? Para mí la hubiese querido. Ahora comprendo... Debéis de ser don Lope, el caballero ofendido. Acabo de despachar de este mundo al fraile que os ofendió. Tendríais que agradecérmelo.

DON LOPE.- Me ha llamado un ciego. ¿También le aliviasteis de ansiedades?

CAMPANO.- Aún no, pero me daría gusto. Esperemos hasta que vuelva. Mas quién sabe si no emprendió igual viaje: no debo de ser el único que le tiene intención.

DON LOPE.- Puedo esperarle, pero no en vuestra compañía.

CAMPANO.- ¿Os desagrada?

DON LOPE.- Me repugna.

(CAMPANO va a levantar el pistolón. DON LOPE

descubre su arma y dispara. CAMPANO y su estupor dejan caer la suya. Se mira él la herida, la palpa... y se derrumba.)

DON LOPE- Por vos, doña Beatriz.

(Mira a la puerta. Cierra. Contempla el cadáver de CAMPANO y decide ocultarlo. Lo arrastra hasta el chiscón en que está encerrado COSME. Allí, encuentra al muchacho.)

DON LOPE- ¡Dios mío! ¿Quién eres...? **(Gestos angustiados de COSME. DON LOPE arranca la mordaza y corta las ligaduras.)** ¿Quién eres?

(COSME, en su sofoco, no emite palabra. Gimotea, hipa, y estalla por fin en sollozos convulsos. DON LOPE le estrecha en sus brazos, ajenos ya los dos al novillo muerto.)

Escena V

**Desaparece el cubil del Campo de Manuela.
Iluminación repentina sobre GASPAR.**

GASPAR.- **(Conmovido, exaltado.)** Casi se olvidan de vuestra merced.

COSME EL VIEJO.- No, que Alonsillo y Pedro Bueno ya iban camino de la Greda para que acudieran en mi rescate. Y así hubiera sido, de no adelantarse don Lope.

GASPAR.- Me muerdo las uñas de conocer el resultado.

COSME EL VIEJO.- Poco falta, impaciente. Fue don Lope en busca de doña Beatriz, que nos aguardaba cerca, y todos tres partimos hacia la casa del primo. Le urgí a salir de allí, con el achaque de que acudirían los matones del ciego Molina, pero le oculté aquel estrago de difuntos y la muerte del fiel Chamorro. Mientras, sucedían cosas en la Greda. Desesperaban mi hermana, mi primo y los capitanes por mi

desaparición. Que a un niño perdido, se le añadía otro, y era de ver el mayor desaliento.

(Iluminación sobre los cuatro mencionados que, congelados, forman un abatido cuadro viviente.)

COSME EL VIEJO.- Pero como el lector de esta historia sabe ahora sobre el inminente desenlace más que los personajes mismos, omitiré esos sentimientos. Y sacaré una parte más propia de comedia.

Escena VI

Gesto de tormento de los congelados.

En eso, entra CLARA, inflamada. Se los queda mirando, como si en rigor los viera estáticos y gesticulantes.

CLARA.- ¡Alto ahí, señores míos!

(Y ante este «alto», el grupo de los cuatro se anima, precisamente, y reacciona ante la presencia de CLARA como ante una intromisión inesperada.)

BARTOLOMÉ.- ¡Doña Clara! ¿Cómo os atrevéis...?

CLARA.- La puerta estaba abierta, y después de todo ésta iba a ser mi casa. Iba a ser mi casa, dije. Que ya no lo será. Y la culpa es de ese menguado y ... de esa mala bruja.

(Señala a MARÍA, que sigue vestida de hombre.

Exclamaciones, aunque los dos capitanes no perciben el repentino paso al femenino.)

CLARA.- (A BARTOLOMÉ.) En cuanto a vos, señor perjurado, podéis contar con que os devuelvo vuestra palabra, que no me quedaría con palabra de mentecato ni de falsario,

así tuviera que ingresar en un convento.

BARTOLOMÉ- ¡Doña Clara, yo...!

CLARA- ¡Vos, a callar, que sois débil de carácter y de mollera, moldeable como el barro, e inestable como una pluma, pues así son todos los hombres y lo serán siempre. (A MARÍA.) En cuanto a vos, dejadme veros en vuestro natural, por si de capón sacamos capona.

(Se lanza en pos de MARÍA, que intenta esquivarla o huir. Tras un par de vueltas alrededor de una mesa, y ante el estupor de todos, la alcanza y le arrea dos espléndidos guantazos.)

Cae MARÍA, pero no cesa ahí la despechada. Le arranca una disimulada colonia del pelo, y a tirones descubre la media melena que MARÍA ha conservado pese a su travestimento.)

CLARA- (Mordaz.) ¡No era primo, que era prima!

(Asombro que los capitanes, que exclaman: «¡oooh!».
MARÍA, por el suelo, intenta recomponerse.
BARTOLOMÉ, abochornado, no sabe dónde meterse.)

CLARA- (Altanera.) ¡Y ahora, señores, pido licencia...!

(Se alza la falda por lo sucio del suelo, y sale sin tiesa, digna y resarcida.)

ARANDA- ¡Brava mujer! también yo pido a vuestras mercedes licencia...

(Presuroso, sale detrás de CLARA.)

MERINO- Bien, don Luis, o doña Luisa... Y vuestra merced también, Bartolomé... (Tenue socarronería, profunda guasa.) Acaso quieran explicar esto, o tal vez aguardar el desenlace del trago en que nos vemos, con esos

niños extraviados. Quisiera saber si, al menos, es cierta la misión en la corte de... de doña Luisa, y si es verdad que vino en busca de un primo perdido, o acaso una primilla...

(Se recompone MARÍA, que ahora muestra su aspecto más femenino a pesar de su ropa... y estalla en un sordo llanto.)

BARTOLOMÉ- Ruego a vuecé tenga a bien perdonarnos a mi esposa y a mí...

MERINO- ¡Esposa!

BARTOLOMÉ- Esposa, sí, que lo será pronto. Ella urdió el disfraz, pues la desgracia familiar le obligó a ello. Mas ahora nos encontramos sin uno y sin otro niño.

MERINO- ¡Es eso ahora lo primero! Más tarde, explicaciones. No quisiera recibirlas sin Aranda presente, que bien puede reprocharme acaparar la primicia.

(Entran en ese momento PEDRO Bueno y Alonsillo, cogidos de la mano.)

PEDRO- ¿Es ésta la casa en que vive un niño llamado Cosme Esquivel? **(Sorpresa muda de los otros.)** La puerta estaba franca, y entré con este niño, que...

MARÍA- **(Angustiada.)** ¿Conoces tú a Cosme?

PEDRO- Sí le conozco, y que está perdido, y dónde se halla... **(Alboroto.)**

MARÍA- **(Sofocada.)** Dínoslo, niño querido. Soy María, hermana de Cosme.

PEDRO- **(A Alonsillo.)** Mira, Alonso, ésta es tu prima María. Ya le puedes dar buen abrazo.

(Estupor más intenso y fulminante. Mas, ajeno a ello, Alonsillo se lanza en brazos de su prima, que no puede sino acogerle y romper a llorar. Emoción de todos.)

PEDRO.- ¡En el Campillo de Manuela! Aquello está lleno de muertos, según me ha dicho el pequeño Alonso, y Cosme está en un mal paso. Además, pelagra su vida.

MERINO.- ¡A mi caballo! Monta conmigo, y guíame.

PEDRO.- A caballo, llegamos en un santiamén, mi capitán. Nosotros hemos demorado por extraviarnos dos veces.

(Todos se ponen en movimiento, dispuestos a recuperar a COSME. Y, en ese momento, entra en escena el propio COSME, seguido por DON LOPE y doña BEATRIZ.)

COSME- ¡María! ¡Hermana!

(Todos se vuelven. Se congela la escena, de nuevo todo es estatuaria, y si antes los gestos eran de dolor, ahora son de exaltado pasmo. Poco a poco, se hace el oscuro sobre ellos, y al mismo tiempo se ilumina la figura de COSME EL VIEJO.)

Escena final

También es múltiple esta escena, y no será menester darle más detalle del que se desprende de lo que hacen y dicen los personajes mismos.

COSME EL VIEJO.- Sí, Pedro Bueno avizó al fraile y a Alonsillo, violos entrar en una casuca de Lavapiés, en la que entraba gente y nadie salía. Y, en ésas, entró Pedro y sacó a Alonsillo, mas no podía saber que encerrado quedaba yo mismo. Feliz que concluí como y a dije. Evito referir encuentro, emociones, besos, apretones. La familia, reunida. Más tarde conté a don Lope los macabros sucedidos, y allí fue, afligido y con tropa, a rescatar el cuerpo de Chamorro. Dispuesto a todo, mas no hubo lance: no se atrevieron los valentones de ciego y marqués, y menos aún los alguaciles, a hostigar aquella piedad.

(Repentina iluminación sobre tres personajes, apartados: el valentón ROMERO, a un lado; EL MARQUÉS y SARABIA, a otro.)

EL MARQUÉS.- Lo que más me pudre es que se escapa vivo mi ofensor.

SARABIA.- Tiempo habrá, Excelencia, tiempo habrá.

ROMERO.- (Lo deplora.) Tú solo te lo buscaste, ciego Molina. Por atender más a tus pasiones de loco que a tus obligaciones de capitán de valientes. Lástima de legado, que después de la matanza del Campillo pasará al tesoro del rey, a la villa o a un convento.

SARABIA.- Mientras, el marqués olvidará. Son muchos sus intereses, sus juegos, su gozo de vida, hacienda, hembras, comilonas, holganzas. Sensato es que olvide. **(Cavila.)** Salvo que ese loco don Lope hurgue y rebañe en el puchero inagotable del encono...

COSME EL VIEJO.- (Mientras se sumen en la oscuridad las tres anteriores figuras.) Y ahora sólo queda por saber... lo que vuestras mercedes imaginan.

(Trompetería. Fanfarria. Celebración. Iluminaciones.

DON LOPE y BEATRIZ. MARÍA, de mujer, y BARTOLOMÉ. Los cuatro, con sus mejores galas.

Más, como ellos, ARANDA... y CLARA -pero mejor será no adelantar resultandos.

Están presentes también, de muy otra disposición, el capitán MERINO y los niños COSME, PEDRO y Alonsillo.

Brillantes, bizarros, bellos, los seis personajes visten hermosas galas y sus presencias destellan cual fuegos artificiales de una fiesta que concluye. No están en un lugar concreto, sino en el escenario como tal, en el teatro como punto en que ser vistos.

MERINO toma de la mano a los niños y contempla aquello con su poquito de guasa.)

ARANDA.- Aceptad, bella María, disculpas que doña Clara a presentarnos viene.

CLARA.- Me ofusqué, absolvedme. Daría el mundo por borrar el ridículo.

MARÍA.- No, doña Clara. Que razón tuvisteis para obrar así.

BARTOLOMÉ.- (**Bajo, a MARÍA.**) Calla, María, amada prima. No sea que lo recapacite y retorne a los bofetones.

MARÍA.- Y ahora que todos saben por qué vestí ropas de hombre, que no son la corte ni la España toda para hembras de empeño, dejadme acoger a estos amigos. Venid, doña Beatriz, don Lope, pues me complace esta amistad nueva, que ha de ser larga.

BEATRIZ.- Nuestras bodas celebremos, ahora que la paz se ha hecho en vuestra familia y son bienhallados los niños perdidos.

DON LOPE.- Todos cuatro nos casaremos en el mismo templo, día y hora...

ARANDA.- Si vuestras mercedes inconveniente no tienen, otra pareja hay por completar sexteto. (**Toma de la mano a CLARA.**) Es doña Clara elegida de mi corazón.

CLARA.- Y mi corazón ha elegido al capitán Aranda.

MARÍA.- (**Al VIEJO COSME, en medio de las carantoñas y el júbilo de los enamorados.**) Dime, hermanillo, si no tuvieron razón la bruja y la calavera de su hijo Cabezas, la misma calavera que yo enterré con responso y todo para cumplir mi trato con ella. Hubo un ciego, pues él retenía al primo Alonso cuando llegamos a la corte. Y un fraile. Y cementerio, el del Campillo de Manuela, aunque esto burla fue de calavera guasona.

COSME EL VIEJO.- Sí. Burláronse vieja y calavera, aun diciendo verdad. Mas cumplieron, que verdadero fue el remate de Santo Domingo al Campillo de Manuela, entre los que se movía el niño cautivo. En Santo Domingo conocí a Pedro, y en el Campillo estuve preso, y portantas si perezco. Y en ese Campillo fue libre el primo.

(**Cesa el bullicio en las tres parejas. Suena un laúd.**
Canta CLARA.)

CLARA.-

Mi penar fue mayor pena
Porque las penas perdí
Mas ahora peno por ti
Y ya no quiero más pena.

(Continúa el laúd, de fondo, pero cesa el canto de CLARA. De repente, iluminación sobre GASPAR y el VIEJO COSME.)

GASPAR.- Mas, ¿cómo así, abuelo? ¿Termina la historia tan incompleta?

COSME EL VIEJO.- ¿Y qué hay en ella de incompleto, a ver?

GASPAR.- ¿No ha de haberlo? Nada sabemos de las venganzas de don Lope y el marqués. Ni de la justicia que reclama el buen lector para Sarabia, que eso no es equidad. Ni tantas cosas.

(Va a responder EL VIEJO COSME, pero se adelanta impetuoso el joven COSME en defensa de su historia y de ese sí mismo que será él años más tarde.)

COSME.- ¿Qué sabréis de historias ni de desenlaces? Lo de don Lope y el marqués, ha de ser otra historia. Lo mismo que con Sarabia, al que no sólo vos quisierais ver encadenado. Las cosas eran así en la corte, y temo que no sólo en mi tiempo y edad. **(Va a replicar GASPAR.)** Silencio, ratón. Que soy vuestro abuelo.

(Estupor del pequeño GASPAR, risas de VIEJO COSME.)

Regresa el laúd, de fondo.

Iluminación sobre las tres parejas, MERINO y los niños.)

MERINO.- Y mientras esos se aman, suspiran y se derriten, alguno mirará por los chiquillos, que amparo y

ternura piden. ¿Y quién mejor que el capitán Merino? ¡A Platerías, con sus coches, lujo y embelecocos! Veremos allí las Gradass de San Felipe.

COSME.- (Al público.) Gradass de San Felipe, que dicen cuajadas de poetass, como la calle del León de cómicos... Allí nos llegamos, y qué vimos. Pues vimos en San Felipe gran gentío, y pródiga venta de cosas para jugar, amontonadas en cien tiendas que allí abren. Los juguetes aun me tiraban, y eso que iba para mocico. Con la experiencia de la corte, las desventuras por nuestro primo, las lecciones de mis capitanes y la amistad de Pedro Bueno, híceme hombre con presteza, antes de cumplir los debidos años. Mas supe honrar los regalos que a todos nos hizo el capitán, juguetes comprados allí, en los sotanillos de San Felipe.

MARÍA.- Y aquí concluye la historia de la búsqueda del niño perdido y de los empeños de la lealtad a que se obligaron sus parientes. Perdonadle sus faltas, mas también sus abundancias.

LAVS DEO

ALGUNAS PALABRAS DE LA COMEDIA

Por si fuera menester trabar sentidos

Argamandees: harapos.

Caponera: Cárcel (TV). La caponera era una jaula de madera para meter los capones y que pudieran sacar cabeza. De ahí pasó por extensión al habla del hampa.

Churrullero: Fanfarrón, charlatán (TV).

Cocer el pan: No se me cuece el pan: expresión de impaciencia.

Cordelejo, dar: Lo que hoy día diríamos «tomar el pelo».

Desgarrarse: Apartarse, abandonar la compañía; vale también por desertar si lo admite el contexto.

Entrujaba lienzos: Robaba pañuelos.

Esportillero: Ganapán, mozo del trabajo que anda acarreado, con una espuerta o esportón, lo que se le manda (DA). Este gremio no estaba lejos del hampa de la época.

Estrado: sala cubierta con alfombra (DA).

Garrotillo: Mal de garrotillo: morir en la horca (TV). El garrotillo era una enfermedad de hinchazón en la garganta, y de ahí pasó al habla del hampa.

Hormazo: Quinta, finca.

Jifero: Cuchillo de los matarifes; y por extensión, el que usa el cuchillo como arma.

Manga, ir de: Fase con que se significa convenirse dos o más para algún fin, y siempre se toma en mala parte (DA). Conchabarse, diríamos.

Niño de la doctrina: Después de los cien niños de los Desamparados, en la Procesión del Corpus desfilaban los cuarenta niños llamados de la Doctrina, del Colegio de San Ildefonso; se les llamaba de la Doctrina por su aprendizaje de la misma (ver José del Corral: *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVII*, Ediciones La Librería, pp. 109-110.).

Perchel: Conjunto de valentones y gentes de mala vida (TV).

Pudrir: Metafóricamente vale consumir, deshacer y molestar a otro, haciéndole llevar con impaciencia y demasiado sentimiento alguna cosa. Usase más frecuentemente como verbo recíproco, diciendo Pudrirse (DA).

Quitapelillos: Lisonjero y adulador, como que anda quitando las motas de la ropa (DA).

Sotillo, El: La fiesta de Santiago el Verde se celebraba «el 1 de mayo, con motivo de visitar una ermita consagrada a San Felipe y Santiago, que había más allá de la Puerta de Toledo, entre ésta y el portillo de Embajadores, en un lugar llamado El Sotillo.» (Ver José Deleito y Piñuela: *También se divierte el pueblo*, Alianza Ed., pp. 30-40.)

Tacaño: Pícaro, rufián (TV).

Taravilla: Metafóricamente se llama la persona que habla mucho y apriesa, sin orden ni concierto (DA).

Tornillo: Soldados de tornillo: desertores. Tornillero: Soldado desertor (TV).

Trapillo, Romería del: Fiesta popular, 25 de abril, en honor de San Marcos, pasada la Puerta de Fuencarral. Se cree que se llamaba del Trapillo por ir gente popular sin gran vestimenta. Como en todas estas fiestas, se bebía mucho (Ver José Deleito y Piñuela: *También se divierte el pueblo*, Alianza Ed., pp. 28-30.).

Uña, La: El robo.

Valiente: El que tiene por oficio ser valiente y comer de ello (TV). Esto es, matón a sueldo.

DA: *Diccionario de autoridades*.

TV: *Tesoro de villanos*, de María Inés Chamorro. Herder.